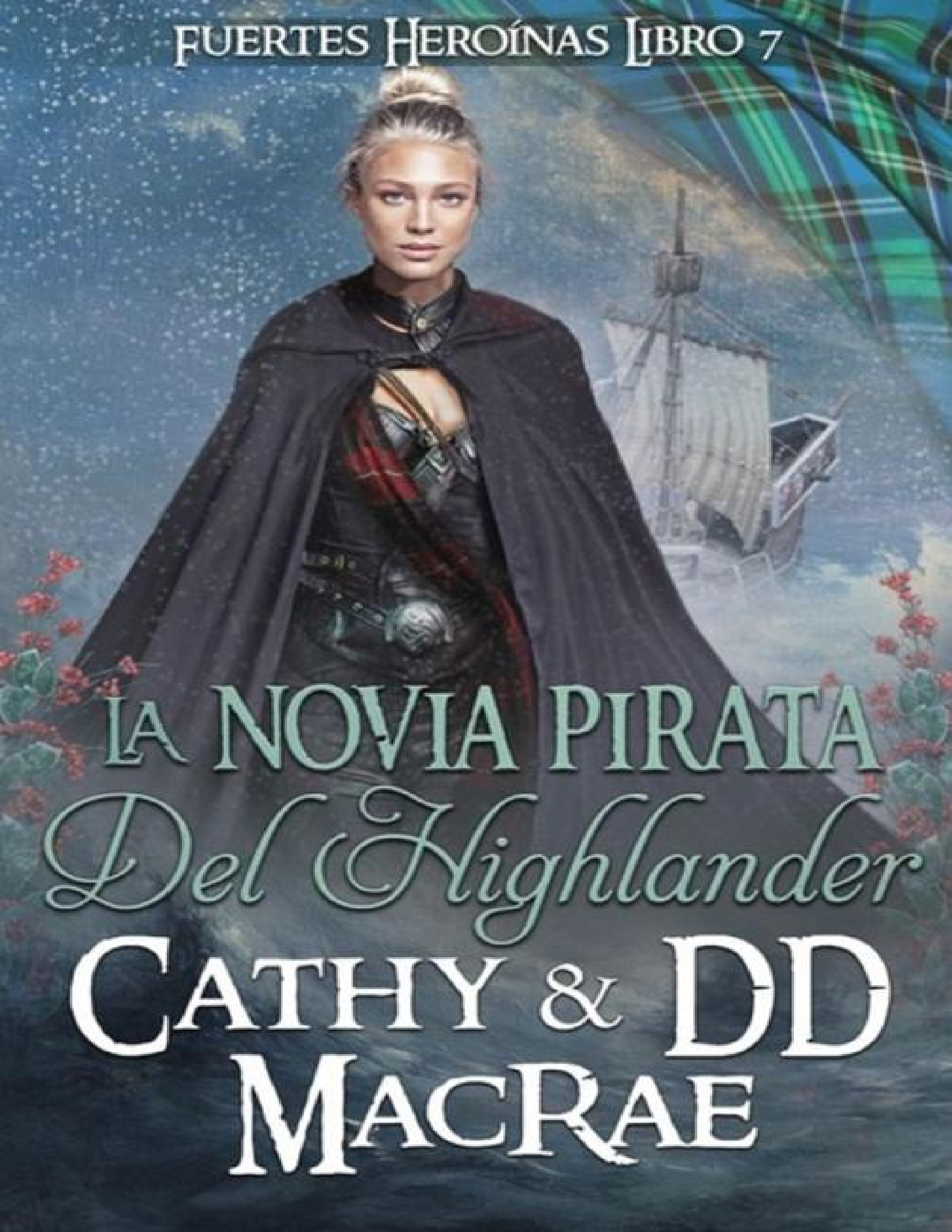
FUERTES HEROÍNAS LIBRO 7



LA NOVIA PIRATA *Del Highlander*

CATHY & DD MACRAE

LA NOVIA PIRATA DEL HIGHLANDER

Fuertes Heroínas
Libro 7

Por Cathy & DD MacRae

DEDICATORIA

A nuestros lectores que
nos han acompañado en este
maravilloso viaje.

Contenido

LA NOVIA PIRATA DEL HIGHLANDER
DEDICATORIA
Palabras de Interés
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Notas de las Autora
Agradecimientos
BIOGRAFÍAS Y ENLACES DE LAS AUTORAS

Palabras de Interés

Gaélico:

- **Banríon Laoch**: Reina Guerrera
- **cù beag**: perrito
- **Dùdach Mara**: Sirena del mar
- **mo leannan**: cariño, querida
- **mo chridhe**: mi corazón
- **Nyvaig**: barquito
- **Puthaid**: Frailecillo. Un barco también conocido como *Pèileag* (marsopa)
- **Seoladair**: marinero

Escocés:

- **Crabbit**: malhumorado
- **Gey wheen**: una cantidad considerable
- **Pitchkettled**: completamente desconcertado
- **Skellum**: bribón, canalla, granuja

Galés:

- **Enaid**: amigo, querido. Usado como término afectuoso
- **Wynn**: forma masculina de «Wen». El de piel clara

Nórdico:

- **A viking**: término que significa salir de incursión
- **Elskan mín**: mi amor, mi querido
- **Fífl** (FEEF-uhl): tonto, idiota
- **Megi tröllin taka þig**. se traduce como «¡Que os lleven los *trolls*!»
- **Skald**: cuentacuentos o bardo
- **Tyr**: un grito de batalla vikingo común, el nombre del dios de la guerra.

Árabe, Persa, Armenio:

- **Bari arravot**: buenos días
- **Bayt al'asdiqa'**: Casa de los Amigos
- **Bayt Alqatat**: Casa de los Gatos
- **be salâmati**: salud o «a tu salud»
- **Marhaba**: bienvenido. La respuesta común es *Marhaban bik* (a un hombre) o *Marhaban biki* (a una mujer)
- **Sabah al-khayr**: saludo. «Buenos días». La respuesta es *Sabah an-noor*

Capítulo 1

Maryport, Inglaterra
Fiordo de Soloway
A principios de diciembre del 1300

Rona MacNeill se persignó una vez y luego pasó de la barca al barco mercante más grande en el puerto, encajándose en el hueco entre la popa y el timón. La espesa niebla bloqueaba el cielo nocturno e impedía que la tripulación del barco detectase su acercamiento. El perezoso chapoteo del océano contra la embarcación hacía que los suaves ruidos que ella producía fueran indetectables. Rona sonrió ante la penumbra, sabiendo que las densas brumas creaban una cobertura perfecta.

—¿Estáis segura de esto, muchacha? —Su tío le pasó sus dos dagas y una cuerda anudada. Tras un susurro apenas llegó a sus oídos—. Aún no es tarde para que busquemos presas más seguras. Con esta niebla, tenemos a nuestra disposición a todos estos pájaros marinos.

—Oís el balido de las ovejas tan bien como yo, tío. No, esta gorda señora inglesa y su cargamento ayudarán a que nuestro clan pase el invierno. El barco nos dará una buena moneda cuando se lo vendamos a los MacDonnell. —Rona acarició el barco. Se echó la cuerda al hombro, luego se colocó un pañuelo negro sobre la cabeza y la cara, con las dagas desnudas en cada mano. Enseguida, alzó ambas manos y clavó las dagas a ambos lados del timón de madera. Usándolas como asideros, se impulsó hacia arriba, colocando su espalda contra la popa, con las botas empujando el timón. Repitió los movimientos hasta que escaló la barandilla superior, luego miró en la oscuridad en busca de señales de la tripulación en el castillo de popa. Un marinero solitario yacía desplomado contra el timón, dormido en su guardia. Pasando una pierna sobre la barandilla, rápidamente se ocultó en las sombras del castillo de popa, esperando alguna reacción. El tripulante no se movió. Rona giró su daga en la mano y luego golpeó con el pomo en la parte posterior de la cabeza del marinero, sumiéndolo en un sueño más profundo.

Tras atar un extremo de la cuerda anudada que había llevado a una gran cornamusa, bajó el otro extremo para Oran y sus hombres. Se agachó en la oscuridad y escuchó cualquier movimiento, ignorando el frío. La risa resonaba desde abajo, mientras las prostitutas que Rona había contratado ofrecían su compañía y *whisky* barato a los hombres que vigilaban el muelle. El *whisky* calentaría sus estómagos y embotaría sus sentidos, mientras las mujeres mantenían su atención distraída en esta gélida noche de invierno.

Una vez que Oran y tres más de sus hombres estuvieron en cubierta, le hizo una señal a Tomas para que devolviera la barca a su *birlinn*. Él y el resto de la tripulación del bote largo permanecieron cerca, listos para traer mar adentro al barco inglés. Si su misión fallaba, estaban lo suficientemente cerca para un chapuzón frío y una escapada rápida.

Con Rona a la cabeza, ella y sus hombres descendieron la escalera desde el castillo de popa hacia la cubierta, manteniéndose en las sombras. Dos marineros más estaban de pie en la banda de babor, mirando hacia el muelle, probablemente escuchando cómo las mujeres flirteaban con los guardias. Ella y Broc los dejaron inconscientes, atrapando a los desafortunados marineros antes de que cayeran al agua y delataran su presencia. Carr y Arlen localizaron a otro *seoladair* dormido en la proa, luego se deslizaron silenciosamente hasta una escalera que conducía bajo cubierta para asegurarse de que no hubiera más tripulantes. Por su parte, Arlen subió desde el

entrepuente momentos después y saludó con la mano. Carr le siguió, con otro marinero inconsciente colgado sobre su hombro. Rona asintió a Broc y Oran, y soltaron las cuerdas que aseguraban la coca al muelle.

Rona agarró una cuerda enrollada en la cubierta con un nudo de puño de mono en un extremo y regresó al castillo de popa. Desenrollando unos metros de cuerda, giró el puño de mono unas cuantas veces antes de lanzarlo hacia donde el resto de sus compañeros de clan habían colocado su *birlinn* cerca de la popa de la coca. La bola anudada voló a través de la niebla y aterrizó con un golpe sordo en la cubierta del barco más pequeño. Ató su extremo a la cornamusa de popa. Momentos después, Oran se unió a ella en el timón y le entregó su capa forrada de piel.

—La parte difícil ya está hecha, tío. Apuesto mi parte de la bebida de abajo a que nos deslizaremos como fantasmas, sin que nadie escuche nada de nada. —Lo miró con tranquilidad.

—No apostaré contra la negra MacNeill. —Oran sonrió, negó con la cabeza y señaló con la barbilla a los prisioneros—. ¿Cuáles son vuestras órdenes para los hombres capturados, muchacha?

—Atadlos y ponedlos en la barca una vez estemos lejos.

Oran descendió por la escalera para asegurarse de que todo estuviera hecho. Rona mantuvo firme el timón mientras el barco se alejaba del muelle. Los remos del *birlinn* trabajaban en tándem con las olas para ocultar cualquier sonido que pudieran hacer. Parecía que las celebraciones navideñas habían embotado los sentidos incluso del marinero más leal. Había elegido bien la fecha.

Una vez lejos del muelle, Rona lanzó la cuerda de remolque a Broc, quien la aseguró a la proa. Carr, Broc y Arlen bajaron a los marineros inconscientes a su vieja barca. Despertarían en unas horas con un dolor de cabeza, pero vivos. Dejar a todos con vida era la marca distintiva de la negra MacNeill.

Oran y los demás se dirigieron a la parte inferior del barco para manejar dos de los remos masivos, que normalmente requerían tres hombres cada uno. Aunque la niebla cubría su robo, también significaba que no había viento para navegar. Rona y sus hombres tenían una larga noche por delante, pero solo necesitaban despejar el estuario antes del amanecer. Una vez que entraran en la parte occidental del estuario, sabía que el viento del norte les encontraría. La pirata apuntó el timón hacia el *birlinn*, permitiendo que la tripulación navegara. Acurrucándose más en su capa para protegerse del frío amargo, sonrió al pensar en el tesoro guardado abajo. Las ovejas y el precio que obtendría por vender el barco valían el riesgo que todos habían tomado. Cualquier provisión llenaría la despensa del clan, y todos los demás bienes se venderían o intercambiarían por suministros muy necesarios.

La negra MacNeill la llamaban. Era algo irónico, ya que su cabello era tan brillante como el sol y sus ojos, del gris claro de la niebla matutina. Su color de piel y su altura hablaban bien de su herencia nórdica. Cubrir sus rasgos con un paño negro había sugerido el nombre, y este se había quedado así. El clan MacNeill era pequeño pero orgulloso, reclamando la Isla de Gigha como su territorio, junto con las diminutas islas vecinas de Gigalum y Cara. Disfrutaban de una larga historia de piratería, una que Rona y sus primos mantenían con gusto. Ignoraban en su mayoría a sus vecinos escoceses y en cambio atacaban a los ingleses, robando a Longshanks cada vez que podían. El robo de esta noche era el más audaz que había intentado. Se habían escapado sin ser detectados, y con suerte navegarían más allá de los Rhins de Galloway antes del amanecer.

Al amanecer, ya habían rodeado Cairngaan y los Rhins. Como era de esperar, el viento del

norte hizo una aparición contundente, obligándoles a virar de un lado a otro mientras viajaban hacia el noroeste. Ya no era necesario remar, así que su tripulación se dedicó a manejar la vela mientras Rona y Oran se turnaban para pilotar la coca.

—Voy a revisar la cabina a ver si tienen algo para llenar nuestros estómagos. Mantenedlo en curso recto. —Oran se estiró. Le dio una palmada en el hombro al pasar. Entre tanto, Rona fijó la vista en el horizonte, esperando que el sol trajese un poco de calor.

—¿Algo va mal, tío? —Un ladrido agudo y un grito de enfado la sacaron de sus pensamientos. Corrió hacia la barandilla y miró hacia la cubierta de abajo.

—¡Maldito perro! No sabía que el capitán tenía un guardián en su cabina. —Otro ladrido y un gruñido bajo respondieron en lugar de Oran.

—No parece muy grande. ¿Os da mucho problema?

La respuesta retumbante de Oran no llegó del todo a sus oídos. Ella se echó a reír. Unos momentos después, Oran subió tambaleándose los escalones, deteniéndose para sacudirse una pierna. Llegó al castillo de popa, con un perrito aferrado a su bota. El animal gruñía y tiraba, claramente con la intención de causar daño.

—¡Ay, tío, es apenas más grande que una rata! ¿Creéis que crecerá más? —Las risas de Rona aumentaron.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —gruñó Oran—. ¡Quitaos de en medio, perro! —Tiró de su bota para liberarla de las mandíbulas del can. Jadeando, el enano de pelo áspero miró a su presa antes de cambiar su atención hacia los dos intrusos en su barco. De pronto, se desató en una frenética serie de ladridos, chillidos agudos que sin duda se habrían oído a lo lejos en el agua si no fuera por la espesa niebla que lo envolvía todo.

—¡Callaos! —siseó Rona mientras intentaba agarrar al perro. Más rápido que una mordida de cobra, el perro saltó, dejando a Rona con apenas un mechón de pelo y un rasguño de dientes afilados.

—¡Maldito! —Sacudió la mano, con los ojos entrecerrados mirando al animal, que acababa de perder su estatus de adorable. El perro inclinó la cabeza, pero dejó de ladrar, con la lengua colgando de un lado de su boca.

—Un pequeño descarado, ¿verdad? —Oran se sentó en un barril y abrió un trozo de lino en el que había envuelto un poco de galleta de barco, que compartió con Rona.

—Chiquilla, ¿os has fijado en el nombre del barco?

—Seguramente nombrado por alguna hermosa moza. —Rona asintió en señal de agradecimiento mientras aceptaba la galleta, partiendo un trozo que lanzó al pequeño *terrier*. Le lanzó una mirada de soslayo. Un lado de la boca de Oran se curvó hacia arriba, como solía hacer cuando estaba preocupado.

—No por una moza hermosa, entonces. ¿Quizás una flor?

—No. —Oran negó con la cabeza.

El perro olfateó la galleta de barco y luego la lamió con cautela, con un brillo escéptico en los ojos mientras observaba a su nuevo benefactor con desconfianza.

—Sois un pequeño canalla. Os llamaré Murdo, por el terrible guerrero del mar que sois. —Rona se rio y Oran aclaró su garganta.

—¿Qué os tiene con esa cara de vieja arrugada? —Rona volvió su atención a su tío.

—Hemos robado el *Puthaid*.

—¿El *Puthaid*? —Le lanzó al perro otro trozo. Esta vez, él lo atrapó con entusiasmo y movió su rabo rechoncho pidiendo más—. Ningún inglés llamaría a su barco como el *Puffin*.

—No lo haría —Oran se frotó los bigotes en gesto de acuerdo—, os hace preguntaros de

quién es este barco.

—No importa. Ahora es nuestro. —Rona se encogió de hombros.

—Si. Pero, ¿por cuánto tiempo?

—Hasta que los MacDonnell nos den buenas monedas por él. Ellos se encargarán de cualquier problema después de eso. Ya no será nuestra preocupación. —Rona sonrió. Aunque Oran asintió, no parecía contento.

Dos días después, Rona entró en el salón principal del bastión MacNeill en el pueblo de Ardminish, con Oran y Murdo siguiéndola. Su padre estaba acurrucado en su silla frente a la gran chimenea, con una manta sobre las piernas. Levantó la vista y una sonrisa iluminó su rostro.

—Ay, la negra MacNeill y su secuaz regresan. —Señaló las sillas cerca del hogar—. Venid. Sentaos. Contadme las aventuras que habéis vivido. Parece que habéis añadido uno a vuestra tripulación.

Rona y Oran se sentaron cerca del fuego. Murdo trotaba por la habitación, con la nariz pegada al suelo mientras exploraba.

—Un *terrier*. Un bastión nunca puede tener demasiados cazadores de ratas. Se llama Murdo. —Rona se frotó el pulgar sobre la parte de piel raspada en su mano—. Muerde.

—Por supuesto que lo hace. —Lord Galen MacNeill observó al perro con recelo y luego hizo un gesto a un muchacho de la cocina.

—¿Tenéis hambre o sed, tal vez?

—Comimos antes de dejar el barco, pero un par de jarras de sidra caliente no vendrían mal —aceptó Rona.

El joven Hamish sonrió y salió corriendo hacia la cocina. Rona esperó para relatar su historia hasta que el muchacho regresó. Todos los muchachos de Gigha crecían escuchando historias como esta. Sabía que los detalles de su viaje pronto se contarían varias veces, ya que una veintena de hombres del clan se habían reunido con ellos anteriormente para descargar el *Puthaid*. Rona se preguntaba cuán exageradas serían las historias para cuando los hombres llegaran al bastión para la cena.

Hamish regresó, con la cara enrojecida y sin aliento, con una jarra y dos tazas vacías. Oran lo miró de forma burlona, luego tomó los objetos del joven y los colocó en la mesita junto a ellos. El muchacho se sentó en el suelo, con un silbido en los labios y un trozo de carne en la mano. En cuanto a Murdo, inclinó la cabeza y rápidamente se acercó al muchacho, aceptando tanto una caricia como el bocado.

Otros en el salón también se reunieron para escuchar la narración. Murdo evitó hábilmente más caricias y se deslizó bajo la silla de Rona, donde se acomodó, con la mirada fija en la multitud. Rona sirvió una taza para Oran y otra para ella antes de llenar la de su padre. Luego se acomodó para escuchar las últimas hazañas de la negra MacNeill. Oran era el mejor *skald* del clan, y la multitud pronto quedó embelesada con su relato. Ella se rio ante su intento de pintarla como una pirata despiadada. ¿Qué clase de pirata no derrama ni una gota de sangre y se asegura de que los guardias sean tratados con la mayor amabilidad posible? Este era solo su segundo relato ya que había escuchado el primero mientras descargaban la coca robada. Para esta noche, su tercer relato sería aún más dramático. Una vez que Oran terminó, la gente volvió a sus quehaceres y a los preparativos para la cena, con muchas sonrisas en los rostros emocionados.

—¿Está encallada en la bahía noroeste? —Lord Galen le entregó su taza para que se la rellenara.

—Si. Nadie la verá a menos que queramos que la vean. —Rona asintió. La bahía noroeste era una ensenada estrecha con rocas escarpadas a ambos lados que bloqueaban la vista a menos

que alguien navegara cerca de la boca. La bahía de aguas profundas terminaba repentinamente en una playa de arena, lo que la convertía en el lugar perfecto para esconder barcos. Desde allí, las mercancías descargadas se transportaban en carros hasta el bastión y las granjas circundantes.

—¿Qué traía el navío?

—La coca es bastante pequeña, pero llevaba cincuenta ovejas, barriles de vino y aguamiel, toneles de pescado seco, avena y algunas pieles. También había dos grandes tarros de algún tipo de mermelada dulce y espesa. No reconozco el sabor. Se los dimos al cocinero para ver qué podía hacer con ello. Espero que lo veáis en vuestra mesa por la mañana.

—Aunque he escuchado el relato de Oran, me pregunto si deberíamos esperar problemas. —Su padre sonrió al escuchar la mención de dulces, pero rápidamente se puso serio.

—No, lord. La negra MacNeill pagó a dos… eh… mujeres para que entretuvieran a los guardias con *whisky*. No nos oyeron abordar el barco y la tripulación nunca vio quién los dejó fuera de combate. —Oran hizo una pausa antes de responder, y luego sacudió la cabeza.

—Y, sin embargo, parecéis inseguros —replicó Galen.

—Vuestro hermano teme que hayamos robado un barco escocés en lugar de uno inglés —intervino Rona.

—¿Y por qué temería eso, hija? —Galen arqueó una ceja.

—Se llama *Puthaid*, no es un nombre inglés. —Rona se encogió de hombros.

—¿No pensasteis en tomar otro barco?

—La noche estaba oscura y la niebla muy espesa. No supe el nombre hasta que estábamos a medio camino a través del estuario.

—Deberíais haber sido más cuidadosa. No podemos permitirnos enfadar a un clan poderoso. —Galen negó con la cabeza y señaló hacia ella con un dedo nudoso. Por primera vez, un miedo le revoloteó en el estómago de la pirata.

—Me encargaré de que le cambien el nombre. Los parientes de Arlen por matrimonio viven en Islay. Le enviaré a Aonghus Og para negociar un precio y deshacernos de ella antes de las fiestas de Navidad. —Oran se rascó la barba.

—Sí. Es un buen plan —aceptó Galen. Su mirada se clavó en Rona—. Prestad atención a mis palabras, hija. Seréis responsable si nos viene algún problema por esto.

Estuvo tentada de negar que pudiera aparecer algún problema. ¿Acaso Oran no acababa de decir que la negra MacNeill siempre escapaba sin problemas? La risa se le quedó atrapada en los labios. ¿Cuándo empezó a creer en las altas historias de su tío? De algún modo se encargaría de que su clan sacase provecho de su incursión sin traer problemas a sus costas.

Se levantó y consideró lo que debía hacerse para deshacerse del *Puthaid*. Pensó en dejarlo a la deriva, pero sabía que su padre nunca aceptaría tal desperdicio. Con las festividades a la vuelta de la esquina, esperaba que los MacDonnell estuvieran de buen humor.

—Usaremos la moneda de la venta del barco para vuestra dote. —Galen bebió un sorbo de su copa.

Capítulo 2

La declaración de su padre le quitó la fuerza a las piernas de Rona, y se desplomó en su silla. Por su parte, Murdo gimió.

—¿Qué?

—Me habéis oído, muchacha. Es hora de que os cases. No podéis seguir jugando a ser pirata toda la vida. Un día de estos, incluso la buena fortuna de la negra MacNeill se agotará.

Rona intentó formular una respuesta, pero no surgió ningún pensamiento que no ofendiera a su padre.

—He oído de lord Hamilton de Arran. Necesita una esposa para criar a sus hijos.
—Galen apoyó un codo en su silla y la miró, pensativo.

—Sería su cuarta esposa, que yo sepa. Es un hombre viejo, padre. Algunos de sus hijos son mayores que yo. No necesita una esposa. Necesita una cuidadora. —Rona reaccionó con un resoplido.

—Sí, tiene algunos veranos más que yo. ¿Qué hay de lord MacDougall del Lago Ryan? Su hijo mayor, Boyd, es un buen muchacho. —Galen asintió con aire reflexivo.

—Padre, Boyd tal vez algún día se convierta en un buen líder y esposo, pero sigue siendo un niño. Está más adecuado como compañero de juegos para Murdo que como esposo para mí.

—Tendríais mano en su crianza. Podrías ayudar a moldearlo en el tipo de esposo que deseáis. —Su padre entrecerró los ojos.

Rona gimió y se cubrió la cara con las manos, esforzándose por recuperar la compostura. Sabía que no debía alzar la voz. Su padre elegiría la peor de las opciones solo para fastidiarla por discutir.

—No sé cuántos años me quedan. Una vez que vuestro tío Oran sea el jefe y forme su propia familia, ¿qué será de vos? —resopló el lord.

—Probablemente encontraría una granja cerca del mar y ayudaría con los barcos. —Rona consideró sus palabras. Las estancias en su viejo bastión eran limitadas. Tendría que mudarse de las habitaciones familiares del lord en el último piso. ¿Y a dónde iría?

—¿Ayudar cómo? El clan os permite subir a los barcos porque sois mi hija. No esperéis los mismos privilegios una vez que esté enterrado. —Su padre torció el labio.

—Esos privilegios trajeron cincuenta ovejas, comida para ayudarnos a pasar el invierno y muchos bienes secos para el comercio. —Las buenas intenciones de Rona se esfumaron ante su desprecio por sus esfuerzos.

—Si, y tal vez un clan poderoso a nuestra puerta. Preguntaré a ver si hay otras ofertas, pero escucha mis palabras. Os casaréis antes de la primavera. Si no hacéis una elección, se hará una por vos. Quiero que esa coca se venda y se vaya antes del año nuevo. —Su padre se inclinó hacia adelante, con los ojos llameantes ante su respuesta.

—Si, mi lord. Se hará como decís. —Rona se levantó y se irguió.

* * *

Castillo de MacLean
Morvern
Lago Aline

Pedr y Alejandro estaban sentados frente al escritorio del barón de Morvern -su lord y padre- Birk MacLean. Pedr miró a su hermano gemelo, esperando que tuviera alguna idea de por qué los habían convocado. El diminuto encogimiento de hombros de Alejandro le indicó que estaba tan a oscuras como él. Inclinó la cabeza en dirección a su padre, diciéndole a Alejandro, como el mayor y por lo tanto el heredero de los MacLean, que era su deber dirigirse a su padre. Alejandro frunció el ceño y luego carraspeó.

—Esperamos a vuestra madre. —El barón MacLean no le dejó hablar.

La mente de Pedr buscó algún asunto que pudiera requerir la presencia de ambos padres en un entorno tan formal y no se le ocurrió nada bueno. No recordaba ningún problema reciente que él o Alejandro hubieran causado, ni ninguno en el que su primo Brant -quien estaba aprendiendo a capitanear su propio barco algún día- hubiera participado. Era doblemente ominoso que Brant no hubiera sido convocado también al despacho de su padre. Suspiró. No serviría de nada cuestionar más a su padre y solo provocaría al oso.

—¿Queréis que mande a traer algo de beber? —Su necesidad de romper la tensión crecía.

—Si. A vuestra madre le gustaría vino caliente y tal vez un pequeño plato de dulces.

—Su padre frunció el ceño ante la pregunta, y luego asintió.

Pedr se levantó de su asiento y salió raudo hacia la puerta. Cualquier cosa para escapar de la creciente presión en la habitación.

—Volved inmediatamente —indicó el barón.

—Si, padre.

Pedr se tomó su tiempo, pasando de largo a dos sirvientes a quienes podría haber encargado la tarea. Brant MacCain salió de las sombras de un pilar, con preocupación en su semblante. Había heredado los ojos oscuros del clan MacLean, pero su cabello rubio rojizo era prueba del fuerte legado nórdico de su padre. Casi de la misma edad que Alejandro y Pedr, por menos de un mes, su naturaleza afable, a menudo traviesa, y su amor por el mar lo marcaban como más parecido a Pedr que a Alejandro.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó Brant.

—No. Esperamos a madre, pero me han enviado a buscar refrescos. —Pedr negó con la cabeza y miró a su alrededor—. Es una buena excusa para dejar que Alejandro maneje a padre por el momento.

—Si. Si alguien puede razonar con él, ese es Alejandro. —Brant asintió y se encogió de hombros—. Creo que me iré a los muelles. El *Dùdach Mara* está progresando bien y debería estar listo para zarpar en la próxima temporada de comercio. —Su rostro se suavizó al hablar del nuevo barco mercante de los MacLean.

—Esperando que os nombren capitán, ¿verdad? —Pedr le dio un golpe en el hombro.

—Me encantaría la oportunidad —afirmó Brant junto a sus rojas mejillas—. Navegué hasta Líbano una vez con vos y vi cosas que nunca habría soñado.

—Los MacLean reclamaron una gran porción de tierra allí. Mi tatarabuela era una princesa armenia.

—¿Qué pasó? Madre contó algunas historias, y he escuchado unas cuantas más desde que estoy aquí.

—Cuando mi tatarabuelo volvió a Escocia, dejó hombres para gestionar el castillo y ayudar a establecer su negocio de transporte marítimo. Mi abuelo todavía ostentaba el título de barón de Batroun, y lo visitaba a menudo. Pero poco después de que él y mi abuela Hanna se casaran, todo el estado cruzado de Líbano cayó ante los mongoles y el castillo de Mseilha fue destruido.

—¿Habéis visto el lugar?

—Oh, no queda mucho que ver. Los romanos construyeron la primera fortaleza allí, así que los cimientos son bastante sólidos. Algunos restos de muros aquí y allá. —Pedr respiró profundamente, recordando la admiración que sintió al estar donde sus antepasados habían vivido y luchado—. Os llevaré allí algún día. Donal MacLean es también vuestro tatarabuelo.

—Me gustaría eso. Estoy muy contento de unirme a Embarcaciones MacLean. Sería feliz si me nombraran primer oficial hasta que tenga unos años más en el mar y pueda ganarme mi propio barco.

—Puede que tengáis la oportunidad —respondió Pedr, una vez más melancólico—. Cualquiera que sea la razón por la que nos han convocado, no parece probable que papá nos esté entregando su último barco.

Brant lo miró con gesto de comprensión y luego salió apresurado del salón. Pedr lo observó con envidia mientras su primo ganaba la libertad del patio, y luego continuó con su recado. Se demoró en la cocina, alargando la tarea mientras esperaba a su madre. Ya no era un muchacho que necesitara esconderse tras sus faldas, pero tampoco tenía necesidad de aguantar el ceño fruncido de su padre. Probablemente diría algo tonto para intentar aliviar el ambiente. Su padre raramente apreciaba su sentido del humor. Ni él ni Alejandro compartían el temperamento feroz del padre. Ambos tendían más hacia la calma de su madre.

Pedr vio el cabello oscuro y ondulado de su madre y su paso seguro mientras bajaba las escaleras, y la esperó con el brazo extendido. Ella sonrió y le agarró el codo.

—Ah, mi caballeroso hijo. No penséis que os revelaré las intenciones de vuestro padre para esta reunión solo porque os comportáis como un caballero.

—Me hiere que mi noble madre piense que soy tan deshonesto. ¿Acaso no juré recientemente tratar a todas las damas con gran respeto al ganar mis espuelas? —Pedr se golpeó el pecho con el puño.

—Quizás sean los años de ver cómo usáis vuestro encanto con mujeres desprevenidas -desde vuestra nodriza cuando erais un niño hasta, más recientemente, las muchachas del pueblo- lo que me hace desconfiar. —Carys arqueó una ceja.

Pedr esbozó una sonrisa para ocultar su vergüenza ante la perspicaz observación de su madre. Abrió la puerta de la sala y se inclinó, permitiendo que su madre entrara primero. Enseguida, el barón MacLean y Alejandro se levantaron.

—Es como vivir entre gigantes. Mis hijos pueden compartir mi cabello y ojos oscuros, pero me superan en altura, al igual que mi marido. Incluso el joven Brant tiene la altura de los MacLean. —Carys miró a los hombres y sacudió la cabeza.

—Tía Gillian es más baja que vos —señaló Pedr mientras seguía a su madre dentro de la habitación.

—Si, lo es. —Carys le acarició la mejilla con cariño.

Los hombres se sentaron una vez que ella eligió su asiento. Un suave golpe en la puerta anunció la llegada de un sirviente con una bandeja de refrescos, seguido de otro con una jarra y tazas.

—Gracias a ambos. —Carys inclinó la cabeza. Los muchachos sirvieron y repartieron las bebidas antes de retirarse.

Pedr miró a Alejandro para ver si había averiguado algo más. Este último frunció los labios en señal negativa.

—Hijos, vuestra madre y yo hemos discutido sobre vuestro futuro. Ambos habéis hecho un buen trabajo este último año, Pedr con el negocio de transporte marítimo y Alejandro ayudándome a dirigir el clan. Es hora de dar el siguiente paso. —Birk sonrió.

—Lo que vuestro padre intenta decir es que hemos invitado a varias familias de clanes vecinos que tienen hijas en edad de casarse para que se unan a nosotros en las festividades. Ninguno de los dos tuvimos mucha voz en nuestros primeros matrimonios… —Carys se inclinó hacia adelante y luego miró a su marido. Tanto Alejandro como Pedr conocían la historia. Ella tampoco había tenido casi ninguna voz en su segundo matrimonio con su padre, aunque había resultado maravillosamente. ¿Quién no querría una madre que pudiera guiar a su familia y al clan con una mano gentil pero firme, y además derrotar a su padre en un duelo de espadas si necesitaba recordarle que no debía presionarla demasiado?

—Nos gustaría ofreceros la posibilidad de elegir. Las festividades nos brindan una oportunidad para recibir a visitantes y fortalecer alianzas. —La vacilación pasó.

—Entiendo por qué queréis que Alejandro se case y asegure la línea, pero ¿por qué yo? —Pedr se removió incómodo en su silla, pensando en cómo evitar la ira de su padre.

Los ojos de Birk se entrecerraron. Carys impidió su respuesta levantando una mano.

—Ambos tenéis veinte veranos. Es hora de pensar en formar vuestras propias familias. Los dos siempre habéis sido inseparables. Vuestro padre y yo pensamos que sería más fácil si os centráis en la tarea al mismo tiempo.

Pedr miró a su padre. La tormenta contenida que su madre mantenía a raya estaba lista para estallar si él o Alejandro ofrecían otra cosa que no fuera un «sí». Resignado a su destino, Pedr se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, y asintió.

—Adelante. —Un rasguño en la puerta interrumpió y Birk cambió su mirada severa.

—Disculpe, mi señor, mi señora, jóvenes señores. Es algo bastante urgente. —El jefe de puerto entró y se tocó el flequillo.

Birk le hizo un gesto para que se acercara. El hombre se acercó al escritorio, luego se inclinó y le entregó a Birk una pizarra.

—¿Alguien ha robado el *Puthaid*? ¿Mi… barco? ¿Mi barco más nuevo? —El rostro de Birk se enrojeció mientras leía lo escrito en su superficie.

—Sí, mi señor. El capitán y la tripulación acaban de llegar esta mañana desde Maryport. Alguien sometió a la tripulación que estaba de guardia y se escurrió en la noche. —El jefe de puerto se estremeció y asintió.

—¿Nadie vio nada?

—No, mi señor. El capitán dice que fue una noche tan brumosa como jamás había visto.

—¿Cuántos muertos? —Carys se levantó, se acercó al escritorio y recogió el mensaje.

—Bueno, ahora que lo pienso, es algo raro, mi señora. Quizás una bendición. Los cinco que quedaron a bordo fueron encontrados a la mañana siguiente, atados en un bote a remos que flotaba cerca de la orilla. Todos se quejaban de dolores de cabeza y algunos golpes y magulladuras, pero ninguno resultó gravemente herido. El capitán está desconcertado. —El jefe de puerto se rascó la cabeza.

—Suena como la negra MacNeill —comentó Alejandro.

Se rumoreaba que la negra MacNeill humillaba a quienes les robaba, pero los dejaba con vida. Una conducta extraña para un pirata. Seguramente era más leyenda que realidad.

—Tal vez, joven señor, pero todos saben que la negra MacNeill solo ataca barcos ingleses. —El jefe de puerto se encogió de hombros.

—Ella estaba en un puerto inglés. Tal vez lo confundió con un barco inglés. Padre, ¿por qué no hablo con el capitán y la tripulación, y luego me encargo de la búsqueda? Sea quien sea el ladrón, no podemos dejar que este insulto pase desapercibido. —Pedr aprovechó la oportunidad para estar lejos de Morvern en estas festividades.

—Si. Llevad con vos a Haldor y a vuestro tío Sten. Conocen al capitán Shaw desde que empezó a navegar para nosotros y sabrán de cualquier lugar probable donde se pueda encontrar un barco robado. —Sus padres intercambiaron una mirada. Birk hizo un gesto con la mano y sus labios se torcieron hacia un lado, claramente luchando con una decisión.

Carys levantó una ceja ante la elección de Birk. El mensaje implícito era que su tío Sten y su primo Haldor habían sido piratas antes de que Pedr y Alejandro nacieran. Sabrían mejor que nadie qué preguntas hacer y, tal vez, la mejor manera de recuperar un barco robado.

—Llevad también al joven Brant. Necesita pasar tiempo a bordo de un barco. Haldor está en casa por el invierno, y no creo que a Sten, como capitán de barco de los MacLean, le agrade que los piratas se lleven un barco que acaba de completar, especialmente en su viaje inaugural —continuó Birk.

Pedr asintió, esperanzado de haber encontrado una manera de escapar de la soga matrimonial que se estaba apretando alrededor de su cuello.

—No penséis en escapar de las diversiones de la noche. Ambos debéis estar presentables para la compañía cada noche en la cena. —Su padre señaló con un dedo en su dirección.

—Si, padre. —Pedr y Alejandro suspiraron.

* * *

Una semana después

—Si tengo que sentarme en otra conversación sobre los últimos cotilleos de la corte, puede que me lance desde la torre norte. —Pedr se colocó su mejor *leine* por sobre la cabeza.

—Ay, ¿quién iba a pensar que había tantas muchachas cabezas huecas en Escocia?

—Alejandro, ya vestido para la cena, le entregó a su hermano su tartán.

—Si —respondió Pedr, muy afligido—. Ninguna de ellas sabe navegar, disparar un arco, ni blandir una espada como nuestra madre o abuela.

—¿Buscáis una compañera de cama o una compañera de combate? —Alejandro se rio.

—¿Por qué no ambas? Padre tiene ambas, al igual que el abuelo Alejandro, si las historias sobre la abuela Hanna son de creer. —Pedr sonrió.

—Puede que sea una mujer mayor, pero la abuela es bastante feroz. Nosotros, los MacLean, tenemos fama de mujeres fuertes. Tía Gillian no es una flor mimada —admitió Alejandro.

—Nadie llamaría a mi madre mimada. —Brant soltó una carcajada.

—¿Veis? Estáis de acuerdo. —Alejandro señaló a su primo y le dirigió su atención a Brant —. Estáis contento porque sois primo, y el hijo menor, además, y feliz de no estar enfrentándote al matrimonio.

—Si. Madre no pensará en mí en mucho tiempo. Ya tiene dos hermanos mayores y una hermana ya casados y dándole nietos para cuidar. —Brant levantó una jarra de cerveza y sonrió —. Es bueno ser un hijo que mis padres nunca esperaron.

—No. Vuestra hermana ya fue bastante sorpresa, llegando doce años después de que pensaran que habían terminado con los niños. Vos, un año después, fue suficiente para hacer que tía Gillian y tío James se preguntaran si realmente sabían de dónde vienen los niños o no. —Alejandro hizo una graciosa mueca.

—Entonces, habéis elegido a Peigi Stewart —comentó Pedr, provocando la irritación de Alejandro.

—¿Qué hay de malo con Peigi? —exigió Alejandro.

—No me malinterpretéis. Es una muchacha dulce y agradable a la vista. —Pedr extendió las

manos.

—Y aporta una firme alianza —añadió Brant.

—Si, y posee un sentido del humor travieso. —Alejandro sonrió ampliamente, recuperando su buen humor.

—¿De verdad? —Pedr miró a su gemelo con sorpresa.

—Es poco probable que tome las armas para defender el castillo como mamá, pero es una compañía agradable. Ambos estamos contentos con el compromiso.

—Estoy muy contento por vos, hermano. —Pedr dio una palmadita en el hombro de Alejandro. Forzó una sonrisa para ocultar su consternación. Sabía que nunca se conformaría con una mujer que no igualara las fortalezas de su madre y su abuela. Pero, ¿dónde encontrar una muchacha que amara el mar y la lucha sin tener el temperamento y la apariencia de una porquera?

—Tenemos de sobra hombres de armas. Si necesito depender de mi esposa para defender el hogar, es que ya estamos perdidos. No os preocupéis. Puede que encontréis a una buena mujer esta noche. —Alejandro le dio un puñetazo juguetón en el brazo a Pedr.

—¿Sois un idiota? La mayoría me ignoran porque no soy el heredero.

—Una vez que Peigi y yo anunciemos nuestro compromiso esta noche, seréis el único hijo de los MacLean que no está comprometido. Sé que estamos acostumbrados a las ricas posesiones de padre desde que crecimos aquí, pero para muchos, Morvern es un palacio. —Alejandro se encogió de hombros.

—Si. Es peor. Todas las muchachas que desean lujos ahora dirigirán sus miradas hacia mí. —Pedr gimió y sacudió la cabeza. Enseguida, miró a su primo—. Quizás consideren a Brant un buen partido.

—Lo admito, ha habido unas cuantas que parecen tener un poquito de codicia en los ojos. —Alejandro se unió a las bromas de Pedr—. Podemos presumir de sus méritos. Se arregla bien y tiene esos hombros anchos que tanto parecen gustar a las muchachas.

—¡No hace falta eso! Me casaré cuando esté listo, y no será en mucho tiempo. Me contentaré con observar cómo las muchachas compiten por vuestra atención, y seré feliz quedándome en las sombras. —Brant se incorporó en su silla.

—Si —soltó Pedr—. Alesta MacDunn murmuraba por lo bajo entre bocado y bocado durante la cena la semana pasada. Creo que estaba haciendo una evaluación de todo lo que veía. No es exagerado decir, Avaricia, vuestro nombre es Alesta MacDunn.

—¿Eso era lo que decía? Pensé que la idea de casarse con alguno de nosotros la tenía rezando el rosario. —Alejandro soltó una carcajada.

—¿Y qué hay de Ghleana MacCraig? No es una cosa pequeña y delicada. Os daría hijos grandes y fuertes. Un poco callada, pero eso no es una mala cualidad en una mujer. —Brant se frotó la barbilla.

—Si, es callada, sí. ¿No entendéis por qué?

Brant negó con la cabeza.

—La muchacha es de mente débil. No digo que esté completamente ida, pero ¿cómo lleváis una conversación con una mujer que no puede juntar más de unas pocas palabras simples?

—Mmm. Entiendo. Ghleana no es una buena opción para vos. Vamos, primo. No todas son malas. ¿Qué tal Oona MacBrea? Es una muchacha encantadora —propuso Brant.

—Es bastante bonita, pero cada vez que le hacía una pregunta después de la cena, ponía una cara como si hubiera comido algo en mal estado. Sospecho que o bien tenía un poco de gases por la cena, o es una gruñona.

—Alejandro es el heredero. Yo no necesito casarme con una muchacha para satisfacer a padre. —Pedr suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—¿Cómo va la búsqueda del *Puthaid*? —Alejandro le alcanzó a su hermano su cinturón.

—Difícil de decir. Hemos ofrecido una recompensa por cualquier información y la hemos difundido entre nuestros capitanes y aliados. Hablamos con el capitán Shaw y la tripulación, pero no vieron ni oyeron nada. El primer oficial dijo que vio a los guardias del muelle retozando con un par de, eh, mujeres, esa noche. Según él, todos compartieron una o dos jarras. —Pedr se animó con el cambio de tema.

—Borrachos y distraídos. Eso es ingenioso. —Brant sonrió.

—Si. Demasiado ingenioso. ¿Habéis oído de algún pirata que sea tan cuidadoso y no deje cadáveres?

—No. Al principio era escéptico, pero creo que puede que tengáis razón al sospechar de la negra MacNeill. —Brant negó con la cabeza.

—El único problema es que nadie sabe quién es. —Pedr ajustó su cinturón y luego deslizó una pequeña daga con joyas en la funda de su cintura.

—Alguien lo sabe. Probablemente alguien del clan MacNeill. Podríais empezar por ahí. —Alejandro inclinó la cabeza.

Capítulo 3

Twin Harbors
Isla de Gigha

—La pintura está bien, tío, pero la forma de su castillo de popa y del mástil son inconfundibles. Sigue siendo el *Puthaid*. —Rona caminaba de un lado a otro por la arena, con la vista fija en las letras que adornaban la proa del barco. Murdo corría por la playa, ladrando ferozmente mientras las gaviotas huían delante de él.

—No, muchacha. Leéis mejor que eso. Es el *Pèileag*. —Oran sonrió.

—Me gusta el nombre. Las marsopas son elegantes, y el *Pèileag* es muy marinero. —Se encogió de hombros y se tocó el mentón con el pulgar y el índice—. ¿Creéis que podemos convencer a los MacDonnell de que lo compren?

—Rezaremos para que lo hagan y no cuestionen su procedencia. Arlen y yo partiremos por la mañana, viajaremos al Lago Indaal y veremos si Aonghus Og está en su residencia.
—Oran extendió las manos.

—Os deseo un viaje seguro, tío.

—Oh, no os preocupéis, Rona. Nos recibirá, haremos un buen trato por el barco y estaremos de vuelta en Ardminish antes de que se encienda el tronco de Yule. —Le dio una palmada en el hombro—. No os preocupéis por vuestro padre. Habéis traído suficientes provisiones para que nuestro clan tenga unas fiestas muy felices.

—Papá está furioso porque es un barco escocés, no inglés. Cuanto antes nos deshagamos de él, mejor. No quiero traer problemas a la Bahía de Ardminish. —Puso los ojos en blanco.

—Es un regalo que trajisteis al clan, sobrina. Comida y ovejas que nos llevarán durante el invierno. Podemos obtener una buena suma con la venta del barco, lo cual nos servirá hasta la primavera.

Rona apretó la mandíbula. Juro que no usaremos las ganancias como mi dote.

* * *

A bordo del *Banríon Laoch*
En el mar, entre la Isla de Jura y la Península de Kintyre

El viento fresco azotaba la capa de Pedr, y sus frías ráfagas acariciaban sus mejillas. Su posición en la proa invitaba a la caricia del viento, tan irresistible como la de una amante. Estaba en su mejor momento a bordo de un barco MacLean, incluso si era uno que capitaneaba su primo en lugar del *Puthaid*, que por ahora estaba fuera de su alcance.

Toda su familia debía su riqueza a la línea mercante que su bisabuelo había establecido más de ochenta años atrás, así como al considerable tesoro que Donal MacLean había traído tras años de exitoso comercio en Levante. La idea de renunciar a la vida en el mar por una esposa que poco le importaba perturbaba enormemente a Pedr, y dejó escapar una leve maldición por la intromisión de sus padres, que podría costarle gran parte de su libertad.

Hoy, sin embargo, cazaría a un pirata. Resistió la tentación de frotarse las manos con anticipación. En ese momento, se escucharon pasos acercándose en la cubierta.

—Es la Isla de Gigha, justo delante —dijo Brant, señalando la tierra en el horizonte.

—Navegaremos hacia el este, pasando por el extremo norte, y deberíamos llegar al puerto de Ardminish en una hora —añadió una segunda voz.

—Gracias, capitán Haldor. Estoy deseando que llegue el momento. —Pedr inhaló profundamente.

—Tenéis más que un poco de piratería en el corazón, joven Pedr. Es una suerte que vuestro padre os haya criado en la vida consciente de un mercader. Seríais un adversario temible si no fuera así. —Haldor se rio.

—Este es fiel a su familia nórdica. Su amor por el mar no se puede negar. Estoy seguro de que no haría falta mucho para convertirle en un vikingo. —Le dio una palmada en el hombro a Brant.

—Un poco de latrocinio no me suele atraer, pero perseguir al sinvergüenza que robó el *Puthaid* me da una sensación de… —Pedr hizo una mueca con gracia, recordando que él también tenía algo más que un poco de sangre nórdica. Entrecerró los ojos ante las nubes oscuras que se acumulaban, buscando la palabra correcta.

—¿De justa indignación? —intervino Haldor—. Seríais un buen pirata si no fuerais tan honesto. —Le dio una palmada en el hombro a Pedr—. Prestad atención. Estamos a punto de entrar en el puerto. Padre quería saber si deseáis que él hable con lord MacNeill, o si lo haréis vos.

—Tío Sten puede tener la misma edad que el MacNeill, pero yo me encargaré de esto. —Pedr no pudo contener la emoción que le recorría el cuerpo—. Oh, yo me encargaré de esto.

Los perros ladraban a los talones de Pedr mientras caminaba desde el puerto de Ardminish hacia el bastión de los MacNeill. Una ligera llovizna comenzó a caer, lo que hizo que Pedr se pusiera la capucha sobre la cabeza. Broc MacNeill, el hombre que los había recibido en el muelle -aunque con una hosca reticencia- condujo a Pedr, Sten y dos guardias silenciosos hacia el interior. Más MacNeill les seguían de cerca, con rostros severos y poco acogedores.

—Pensaríais que no ven nuestros mástiles llenos de soldados y armas, con la forma en que intentan intimidarnos con sus miradas —comentó Pedr en voz baja a su tío.

—Nuestra muestra de armas es lo que les ha impedido rechazarnos. Y puede que sea lo único que nos permita volver a nuestro barco. Hemos entrado en una guarida de piratas, muchacho. No penséis que tenemos la ventaja ahora que estamos fuera del alcance de nuestro barco. Estamos a su merced, y preferiría salir de aquí con vida que asegurarme de que nuestros hombres nos vengarán. —Sten, unos diez años mayor que el padre de Pedr, y que en su día él mismo fue pirata, sacudió su canosa cabeza. Por su parte, Pedr se puso serio. Una batalla sería costosa en vidas, y no deseaba que sus hombres ni él mismo se contaran entre los muertos.

Continuaron en silencio, excepto por el chapoteo de una llovizna que empeoraba, hasta que finalmente llegaron al bastión.

—Os pediré que dejéis vuestras armas aquí. —La dura mirada de Broc MacNeill detuvo la réplica en los labios de Pedr.

—Juraremos no desenvainar un arma salvo en defensa de nuestras vidas, pero no nos despojaremos de nuestras espadas. —Sten negó con la cabeza.

Broc consultó con uno de los otros hombres.

—Esperad aquí. —La orden tajante de Broc dejó a los MacLean agrupados bajo el dudoso refugio en las puertas, intercambiando miradas desafiantes con los MacNeill mientras la llovizna lentamente se convertía en aguanieve.

Pedr sacó una torta de avena de su zurrón y se entretuvo arrojando trozos de ella a un par de

gaviotas que desafiaban el clima para disputarse el bocado. Unos minutos más tarde, Broc regresó. El brillo en sus ojos le indicó a Pedr que al hombre no le había gustado lo que su lord había decidido.

—Seguidme.

—Un hombre de pocas palabras —opinó Pedr, sintiéndose como un cachorro provocando a un lobo. Y, por lo que parecía, uno hambriento.

Solo un puñado de adornos festivos de hiedra decoraban la repisa sobre la chimenea. La mayor parte de la luz en la habitación provenía del fuego y de dos estrechas aberturas en lo alto de la pared, aunque un par de candelabros -con velas de sebo humeando en la corriente de aire- estaban colocados sobre la mesa principal junto a una jarra de madera y una bandeja de *bannocks*. Una red de pesca desgastada, con trozos de conchas y piedras brillantes entrelazadas en sus hilos raídos, colgaba sobre la chimenea, y alguien había colocado algunas ramitas de hiedra entre los filamentos. Un hombre con una gran mata de cabello blanco estaba sentado en una silla junto al hogar, con una manta pesada sobre las piernas. Sus ojos brillaban en la tenue luz. Sus labios no se curvaron en señal de bienvenida.

—Venid. Sentaos junto al fuego y calentaos. —Sus palabras no transmitían amabilidad.

—Gracias por vuestra hospitalidad, lord MacNeill. Soy Pedr MacLean, aquí en nombre de mi padre, el barón MacLean. —Pedr se acercó al hogar. Señaló a Sten—. Mi tío, Sten de Hällstein.

Los ojos de lord MacNeill brillaron al mencionar a Sten. «Oh, así que los piratas tienen buena memoria. Tío Sten dejó de ser pirata hace años, cuando mi madre se casó con mi padre. Fascinante cómo su reputación perdura».

—Broc me dice que buscáis un barco. No tengo ninguno para vender —gruñó el MacNeill.

—No vengo a comprar. Busco uno que fue robado hace una semana. —Pedr esbozó una leve sonrisa.

—¿Y pensáis encontrarlo aquí?

—Oh, no. No pensaría que guardaseis tal cosa a la vista. —Pedr echó un vistazo alrededor de la sala—. Y no vi nada en vuestro puerto que se pareciera al barco que perdimos. —Fijó su mirada en el lord—. Pero esta isla tiene muchos puertos. Y se rumorea que la negra MacNeill vuelve a surcar los mares.

—¿Y pensáis que yo podría ser tal legendario pirata? —El lord hizo una mueca—. Es bien sabido que el naufragio que le costó la vida a mi esposa casi me deja sin piernas. —Extendió las manos para indicar la manta sobre su regazo—. No he caminado sin dolor en casi veinte años. La cubierta de un barco está fuera de mi alcance. —Entrecerró los ojos—. Os aseguro que no soy la negra MacNeill.

—Quizás podríais decirme quién lo es. —Pedr mantuvo su mirada firme.

El viento abrió la puerta del salón de golpe, estrellándola contra la pared. El agua salpicó el suelo mientras una figura vestida de negro entraba corriendo.

—¡Padre! Hay un barco extraño… —La joven se detuvo en seco sobre el suelo de piedra. Su mirada pasó del lord a Pedr y Sten—. Mis disculpas. No sabía que esperábamos visitas. — Su cabello, oscuro por la lluvia y el aguanieve, estaba pegado a su cabeza, con un mechón pesado cayendo sobre su frente. Su capa, hecha de suave y bien curtida piel de foca, goteaba agua en el suelo. Debajo del dobladillo, que quedaba varios centímetros por encima de sus dedos, se veían unas botas. De pronto, unos ojos grises y ahumados miraron intensamente a Pedr. Este último, sonrió.

—Buenas noches, mi señora. Soy Pedr MacLean.

Los ojos de la joven se agrandaron y lanzó otra mirada a su padre.

—Mi hija, Rona. Mi única descendiente —dijo lord MacNeill. Se recostó en su silla y le lanzó a Pedr una mirada especulativa—. ¿Decís que sois el hijo del barón MacLean? Tenéis un gemelo.

Pedr se sorprendió. Esto no tenía nada que ver con su barco perdido ni con piratas. Los vellos de la nuca se le erizaron en señal de advertencia.

—Si. Mi hermano Alejandro. Yo manejo el negocio de transporte marítimo.

—¿Vos manejáis el transporte, eh? ¿Eso significa que vuestro hermano es el heredero de vuestro padre? He oído un rumor de que ha habido bastantes muchachas desfilando por Morvern esta última semana. Él está buscando una novia, ¿no? —Una astuta sonrisa iluminó el rostro del lord.

—Padre. —La voz de Rona resonó en tono de advertencia.

Las cejas de Pedr se arquearon. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y su corazón dio un vuelco. ¿Cómo había pasado de cazador a presa? Reprimió firmemente el impulso de salir corriendo.

—Él ha elegido una novia —logró decir, con la voz más firme de lo que temía—. El compromiso se anunció ayer por la noche.

—¿Y vos? ¿Habéis tomado esposa? —Lord MacNeill se acarició la barbilla cubierta de barba.

Pedr miró con pánico a Sten. Su tío se encogió de hombros.

—Estoy aquí buscando un barco, no una esposa.

—Por supuesto que sí, muchacho.

—Sirve a nuestros invitados un poco de cerveza caliente y pide a Cook que prepare una bandeja. No debemos escatimar en hospitalidad, y la cena es dentro de una hora. —Lord MacNeill hizo un gesto a un muchacho que merodeaba en la puerta. El joven salió corriendo de la sala. En cuanto a Pedr, echó un vistazo a su alrededor, notando de nuevo la austeridad del salón. Probablemente no habría banquete en el bastión de los MacNeill esta temporada navideña.

Ante el gesto de MacNeill, Pedr y sus hombres se acomodaron en unas sillas. Rona se quitó la capa de los hombros y la colgó en un gancho cerca del hogar. Su esbelta figura se mostraba admirablemente en las mallas y la túnica. No se parecía en nada a las muchachas que habían ocupado espacio en las mesas de los MacLean la semana pasada. Su cabello, empezando a secarse alrededor de su rostro, se había aclarado y brillaba dorado a la luz del fuego. A Pedr le gustaba bastante ese efecto.

—Rona, estos caballeros están aquí por un barco. No sabéis nada acerca de un barco que no debería estar en nuestro puerto, ¿verdad? —El anciano clavó su mirada en su hija.

La mirada que ella le lanzó despertó la curiosidad de Pedr.

—No tenemos más que nuestros propios *birlinns*, padre.

—El joven Pedr MacLean preguntó por la negra MacNeill. ¿Sabéis algo del pirata?

—Lord MacNeill asintió lentamente.

—La negra MacNeill no es más que una leyenda. Una historia para asustar a los niños que se portan mal. —Sus ojos se abrieron de par en par, y luego frunció el ceño.

—La leyenda habla de un pirata que no deja un rastro de sangre y muerte. ¿Qué clase de pirata deja a los tripulantes y guardias con vida, aunque sea con un chichón en la cabeza del tamaño del puño de un labriego? —Pedr se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—Como ya dije, es una leyenda —replicó Rona y se volvió hacia el lord—. Padre, si me

disculpáis, quiero cambiarme de ropa. —Sin esperar su consentimiento, se lanzó escaleras arriba.

—Perdonad a mi hija. Ya no es una jovencita y tener a un hombre como vos en el salón le ha nublado el juicio. —Lord MacNeill agitó una mano.

—¿Tenéis algo que queráis decirme? —exigió Pedr. De nuevo, los vellos en su nuca se erizaron.

—Tengo una proposición para vos. A cambio de información sobre vuestro barco, os pediré que os caséis con mi hija. —Una sonrisa se extendió por el rostro del lord.

El muchacho que servía apareció y colocó su bandeja en la mesa baja junto al lord. Distribuyendo tazas de cerveza caliente, se inclinó y luego se marchó con una mirada aguda de MacNeill. Enseguida, Pedr sorbió la cerveza, con la mente confusa por la importancia de la oferta del jefe.

«Brant nunca dejaría de recordarme esto». No era la primera vez que reafirmaba su decisión de dejar a su primo a bordo del *Banríon Laoch* -a pesar de sus protestas, claro. Pero Pedr lo necesitaba para llevar noticias de vuelta a Morvern si las cosas salían mal en el bastión de los MacNeill- y no para molestarlo con propuestas de matrimonio de lord MacNeill.

—Dudo que tengáis suficiente información para justificar casarme con vuestra hija. —Suspiró mientras el calor de la cerveza se extendía por su vientre, agradecido por la interrupción que le permitió un momento para pensar.

Lord MacNeill untó una mermelada casi translúcida de color dorado sobre una gruesa rebanada de pan y se la entregó a Pedr. Este aceptó la ofrenda y abrió la boca, pero se detuvo con el pan a medio camino. El aroma de naranjas dulces llegó a su nariz. Dirigió la mirada al lord, que lo observaba, con una ceja levantada y una pequeña sonrisa desafiante en los labios.

El *Puthaid* llevaba mermelada.

Capítulo 4

Las botas de Rona susurraban sobre la piedra mientras subía apresuradamente las escaleras, con las suelas gastadas, suaves y flexibles.

¡Gracias a Santa Oda por sacar a Oran de las playas gemelas antes de que llegara el emisario de los MacLean! No lo había esperado. No, eso no era cierto. Había considerado la posibilidad, pero no había querido creer que realmente sucedería. De todos los clanes de los que robar, los MacLean no habrían sido su elección. Tampoco esperaba casi perder el juicio al ver la sonrisa sardónica de Pedr MacLean.

¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso la charla de su padre sobre matrimonio había hecho algo inexplicable en ella? ¿Nublado su hasta entonces competente juicio? Ni quería ni necesitaba la distracción de un esposo. Estaba bastante contenta con hacer el papel de la negra MacNeill y atender las necesidades de su clan. Un *Highlander* alto, de cabello oscuro y con la postura relajada de un capitán de mar no cambiaría sus planes. Entonces, ¿por qué el recuerdo de su sonrisa la atormentaba?

Rona tiró de la puerta de su habitación, maldiciendo en voz alta mientras la madera, hinchada por el clima húmedo, se resistía obstinadamente contra el suelo. Otro tirón la abrió de mala gana, aunque su quejido de protesta probablemente se oyó en el continente. Apoyó su hombro en el panel y la empujó firmemente para cerrarla. Al menos siempre tendría la advertencia de que alguien intentaba atravesar ese antiguo trozo de madera. ¡Ja! Como si tuviera algo que robar.

A pesar de su estado de agitación, se estremeció al quitarse las prendas húmedas y pasó un trozo de lino áspero por su piel para secar la humedad persistente. Tirando de una pesada manta de lana sobre sus hombros, se acurrucó frente al hogar. Un ruido de uñas sobre el suelo de madera desnuda le indicó que Murdo se había deslizado fuera de la cama.

—¿Dejando vuestro cómodo lecho para saludarme? —La idea la animó, y se aventuró a rascarle la cabeza. Su bajo gruñido de advertencia se vio arruinado por el movimiento de su rabo rechoncho.

—Todo ladrido, ¿eh, muchacho? —Le frotó detrás de las orejas. Murdo le mostró los dientes, pero se apretó contra ella cuando dejó de acariciarlo.

—No sabéis en quién confiar, ¿verdad? No os gusta que os hayan sacado de vuestro barco, pero os prometo que todo irá bien. Tenemos muchos ratones para que os deshagáis de ellos, y no seréis maltratado. El joven Hamish tiene debilidad por vos, si no me equivoco. —Sonrió mientras el animal inclinaba la cabeza, con su pelaje blanco y puntiagudo sobresaliendo en todas direcciones alrededor de su cara, y las orejas puntiagudas captando sus palabras.

—A mí también me agradáis.

Las débiles brasas en la chimenea apenas calentaban la habitación, pero la turba era valiosa y decidió añadir solo un bloque para animar un poco el calor. El humo se elevó, llenando la habitación con un perfume terroso que traía una calma bienvenida.

¿Qué sabía Pedr MacLean? Nadie, aparte de los miembros más cercanos de su clan, sabía del barco que había estado en el puerto hasta esta misma mañana, y solo ella y su tripulación conocían el nombre del barco. Nadie en Gigha traicionaría a la negra MacNeill.

No era probable que Pedr MacLean estuviera haciendo más que pescando información. Si

supiera que ella había robado el *Puthaid*, ciertamente no le habría sonreído. Soltó un suspiro de disgusto.

¿De dónde había sacado la impresión de que la negra MacNeill había robado su barco? Agh, dejó a la tripulación con vida, la tarjeta de presentación del legendario pirata. Mal momento para que ese gesto de buena voluntad volviera a atormentarla.

Ya abrigada, se levantó y se deshizo de la manta. Murdo olfateó la habitación mientras ella se vestía. En un intento por no revelar nada sobre su identidad secreta -mayormente secreta-Rona dejó de lado sus habituales pantalones y túnica, eligiendo en su lugar un discreto vestido de lana gris, cuyo color azul oscuro original solo se revelaba en las costuras donde el lavado aún no había desvanecido el tinte. Se pasó un peine por el cabello y lo ató con una cinta sacada de la pequeña caja tallada que había pertenecido a su madre. Hasta que Pedr MacLean y sus hombres se alejaran de Ardminish, la negra MacNeill seguiría siendo una leyenda. Para cuando Rona regresó al salón, los marineros de los MacLean ya no estaban, y Murdo la seguía de cerca, gruñendo a uno de los gatos del bastión que se acercó demasiado. Su paso animado lo mantenía casi debajo de sus pies. Casi tropezó con él dos veces, pero el perro no se separaría de su lado. Su padre levantó la vista desde su asiento cerca del hogar, y aunque habría sido una tarea fácil evitarlo, no podía, con buena conciencia, huir de la habitación otra vez. Aunque deseaba desesperadamente escaparse, temía la conversación que se avecinaba más que una extracción de muelas. La expresión tormentosa del hombre se oscureció más que las nubes que empañaban el cielo a medida que ella se acercaba. El escozor del aguanieve en el exterior no era nada comparado con el frío destello en sus ojos.

—¿Qué os dije? —siseó—. ¡Nada bueno saldría de robar el barco de un escocés! «Vendedlo a los MacDonnell», dijisteis. «No habrá problema», dijisteis. —Se desplomó contra el respaldo de su silla y la miró con furia a través de sus cejas espesas—. Habéis traído al hijo de los MacLean con más hombres de los que podemos defendernos hasta nuestra puerta con vuestra imprudencia.

—Mi *imprudencia* es lo único que nos mantendrá a este lado de la hambruna este invierno —le recordó. Murdo gimoteó con descontento, y Rona moderó su frustración—. Parece que salió por la puerta tan rápido como llegó. —Asintió hacia la habitación vacía.

—Él y sus hombres se quedarán esta noche. —Galen resopló, suavizando su humor.

—¿Qué? —Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—He llegado a un acuerdo con el joven Pedr.

—Padre, ¿qué hicisteis? —Sus ojos se entrecerraron.

La mirada del hombre se dirigió a la mesa baja junto a su silla. Rona observó el desorden de tazas, *bannocks* y… *mermelada*.

—¿Le servisteis su propia mermelada? ¿En qué estabais pensando? —El corazón de Rona se aceleró, pero la sangre parecía drenarse de su cabeza. Los bordes de su visión se oscurecieron y se agarró al respaldo de una silla para mantenerse en pie. Murdo se apretó contra su pierna. —Sabrá que el *Puthaid* estuvo aquí.

—Exactamente. Os lo advertí, muchacha, y ahora es el momento de pagar el precio por vuestra insensatez. Habéis jugado a ser pirata demasiado tiempo.

—Habéis sido lo suficientemente rápido para cosechar los frutos de mi insensatez —gruñó la joven.

—Sea como fuere, estoy poniendo en orden mis asuntos. —El mentón de su padre se alzó, sus ojos brillaron, desafiándola a discutir.

—¿Poniendo en orden vuestros asuntos? ¿Esperáis acordar con un montón de huesos

viejos?

El mentón del viejo se elevó un poco más y su mirada se desvió, pero no respondió.

—Padre, el tío Oran será un buen lord cuando finalmente busquéis vuestro descanso, pero sois un viejo terco y es probable que nos sobreviváis a todos.

—Lo dudo. —Bajó la mirada, jugueteando con la manta sobre su regazo. Rona notó la palidez alrededor de sus labios y las líneas que surcaban su frente. ¿Era el dolor o la obstinación lo que causaba su mueca? Seguidamente, la miró a los ojos—. Tengo ganas de tener un nieto sobre mis rodillas. —Su barbilla se elevó de nuevo—. Quiero conocer a mis nietos antes de morir. Sois mi única hija y es hora de que actuéis como tal.

—¿Así que me venderíais a un hombre que me dejará en casa para parirle hijos mientras él se dedica a lo único que yo he amado? ¿Atrapada en una vida de narices mocosas y pañales sucios cuando he vivido con el vaivén del mar bajo mis pies y el aire fresco de este en mis pulmones? —La furia se apoderó de ella. Sus manos se cerraron en puños. El dolor atravesó su enojo. Las lágrimas le picaban en los ojos. No aceptaría este matrimonio, sin importar lo que él le hubiera prometido a Pedr MacLean—. Padre, no quiero casarme. No necesito casarme. Mi corazón pertenece al mar y a nuestra gente. No sigáis adelante con esto. No aceptaré casarme con él. —Se arrodilló junto a su silla, colocando sus dedos sobre la mano nudosa de su padre.

—Quiero dejar este mundo sabiendo que estáis casada y con un techo sobre vuestra cabeza. El matrimonio con Pedr MacLean os dará mucho más que eso.

—No puedo vivir una vida encarcelada en tierra. No me lo pidáis. —Sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde. Las negociaciones ya han comenzado. —Su padre miró por encima de su hombro, con la mandíbula tensa.

—Pues podéis detenerlas. Deberíais haberme consultado primero. Si él se queja, será vuestra propia culpa. —Rona se levantó.

—Oh, no se quejará. Y os casaréis con él

—¿Por qué? —Sus manos se posaron en sus caderas para ocultar su temblor.

—Le he prometido información para encontrar su barco.

Pedr miraba a su alrededor en la habitación. No había fuego en la chimenea, y una capa de escarcha sellaba el postigo de madera que cerraba la estrecha ventana. Se acurrucó más en su capa forrada de piel.

—No es una gran bienvenida —comentó Sten con una mirada irónica a la habitación pobremente amueblada.

—Lamento que alguna familia viva así —respondió Pedr, su tono tranquilo transmitiendo compasión por las circunstancias de los MacNeill—. De haberlo sabido, les habría dado el maldito barco. O al menos su contenido —corrigió y pasó la yema de un dedo sobre el hielo del postigo.

—Me sorprende que hayáis aceptado la oferta de lord MacNeill de pasar la noche. —Sten entrecerró los ojos—. ¿No estaréis considerando seriamente casaros con su hija, verdad?

—Hay algo en ella. Algo intrigante. —Pedr se apartó de la ventana, con la cabeza inclinada pensativamente.

—¿Encontrasteis su cabello mojado y los pantalones intrigantes? —Su tío se rio—. Podríais haber elegido a cualquiera de las muchachas en el salón de vuestra familia esta última semana.

—Muchachas con un ojo puesto en la riqueza de mi familia o en la posición de mi hermano en el clan. No para mí. —Pedr agitó la mano como si alejara a las potenciales novias ofrecidas.

—Esta saldría ganando si se casara con vos. ¿Son vuestros bolsillos lo suficientemente profundos como para soportar la carga de mantener a vuestros parientes por matrimonio?

—Sten resopló.

—No podría dejarlos morir de hambre. Algo habría que hacer. A padre no le va a gustar tener que mantener al clan que robó su barco. —Los labios de Pedr se torcieron hacia un lado.

—Puede que vuestro padre se arrepienta de haberos insistido en que os caséis. Esto podría afectar bastante su semblante. —Sten se rio entre dientes.

—Sería lo justo por forzar la situación. Él y mamá desean que elija a la mujer que me complazca. —Pedr hizo un gesto jocoso.

—¿Y esta muchacha os complace? ¿Por qué? —Su tío levantó una ceja.

—Buena pregunta, tío. No puedo decirlo con certeza, pero me recuerda a alguien.

—No es mucho como para recomendar un matrimonio, Pedr. Quizás una noche en su presencia os ayude.

—Eso, tío mío, es la razón por la que nos quedamos —aceptó Pedr.

—Pensé que os quedabais para arrancarle una confesión al MacNeill, sin tener que ataros a su hija.

—De todos modos, quiero la información prometida para encontrar el barco. Me ganaría el favor de padre si regreso a casa antes de Yule con el *Puthaid* —gruñó Pedr.

—Lord MacNeill tenía bastante reputación en años pasados. No dejéis que os supere. No me sorprendería si llevó el nombre de la negra MacNeill cuando era joven.

—¿Creéis que lord MacNeill robó el *Puthaid*?

—No. Lo visteis. No es posible que haya tenido un papel en el robo en sí. Mi suposición es que hay alguien cercano a él, un hermano o un sobrino, tal vez, que llevó a cabo el acto, aunque es posible que el lord lo planeara. Si son inteligentes, el barco ya está lejos de aquí.

—¿Dónde?

—Tienen una alianza con los MacDonnell —añadió Sten, bajando un tono en las últimas palabras. El clan MacLean ciertamente no se alineaba con los MacDonnell. Más bien, todo lo contrario.

—Si. Es cierto. Se rumorea que los MacDonnell tienen una flota de barcos… no todos construidos en Escocia —reconoció Pedr.

—Apostaría a que son ingleses. —Una sonrisa sardónica se extendió por el rostro de Sten.

Capítulo 5

Pedr y Sten se reunieron con los demás en el salón. A los guardias MacLean se les había ofrecido un lugar en la abarrotada cámara junto con algunos miembros del clan MacNeill para dormir esa noche, pero en su lugar, ocuparían puestos en el pasillo frente a la pequeña habitación del piso superior que había sido despejada apresuradamente para acomodar a Pedr y Sten. Podrían ser invitados de los MacNeill, pero no convenía bajar la guardia.

El salón estaba lleno de gente, ocupando primero los bancos más cercanos al hogar, dejando a los rezagados reclamar asientos en el lado frío de la habitación. Un gran plato de pescado a la parrilla se encontraba en la mesa principal, y todos se servían filetes de bacalao y abadejo, junto con un trozo de pan. Los mozos servían las mesas, llenando jarras de sidra caliente. Hostilidad abierta, así como miradas furtivas, recibieron a Pedr y Sten. Las voces bajaron a murmullos y susurros. Lord MacNeill les hizo señas para que se sentaran a su lado.

—Venid. Sentaos. Mi hija se encargará de vuestra cena.

Pedr recorrió la sala con la mirada, pero no vio a Rona MacNeill. Una sensación de decepción lo invadió. Había algo en ella…

Una joven con un vestido azul descolorido, su brillante cabello asegurado con una cinta desgastada, colocó un plato delante de cada uno de ellos y luego llamó a un mozo. Un pequeño *terrier* blanco caminaba a su lado, evitando la multitud de pies a su alrededor. Pedr se sentó en la silla indicada, luego levantó la vista. De pronto, unos fríos ojos grises se encontraron con los suyos. Se sorprendió. ¿MacNeill tenía dos hijas?

No. Había dicho que solo tenía una. Pedr la miró, incrédulo. No podía ser la misma mujer que había irrumpido en el salón antes, trayendo vientos helados y una actitud decidida. Pero lo era. Aunque su cabello se había secado y ahora brillaba como oro a la luz del fuego, y había cambiado su túnica por un sencillo vestido con mangas ajustadas y un sobrevestido gastado de lana tosca, los pómulos altos y la mirada desafiante la delataban como Rona MacNeill. Ella frunció los labios y desvió la mirada.

«Así que la muchacha finge ser modesta. ¿Por qué?»

Pedr reprimió una sonrisa mientras su interés crecía. La mirada de la pirata volvió a encontrarse con la suya y, por un instante, pensó que un destello de miedo cruzó sus hermosos ojos. Las palabras de lord MacNeill resonaron. «Quiero que os caséis con mi hija».

¿Acaso no había habido pretendientes para la hermosa muchacha MacNeill? Incluso con el vestido desgastado, era una mujer impresionante. Su altura la pondría cerca de su hombro. Se movía con una gracia que lo cautivaba, con un andar que sugería que había pasado tiempo en el mar. Parecía tener la edad adecuada para estar casada y con uno o dos hijos en la cadera. ¿Sería viuda? ¿Podría ser que Rona tuviera alguna objeción al matrimonio? La observó, notando las finas líneas en las comisuras de sus ojos. La banda pálida de piel en la línea de su cabello, aunque sus mejillas y nariz estaban lo suficientemente rosadas. «Debe pasar tiempo al aire libre», pensó mientras se recostaba en su silla. Algo bueno a tener en cuenta, ya que había muchas tareas en la administración de un hogar que requerían actividad al aire libre. Probablemente era hábil en la jardinería, y posiblemente incluso ayudaba pescando en los bajíos, atrapando peces pequeños para los hombres. Esta Rona MacNeill no era una flor delicada.

Algo se agitó dentro de él, tirando de su corazón. Debía de ser difícil cuidar de su clan con

tan pocos recursos. La necesidad de protegerla lo sorprendió. ¿Estaba realmente listo para renunciar a gran parte de su libertad y tomar esposa? La demanda de su padre de que se casara golpeaba su fútil deseo de libertad. Sorprendentemente, el resentimiento hacia la idea del matrimonio había desaparecido. La razón de su cambio de opinión estaba al otro lado del salón, supervisando la alimentación de su clan.

Pedr la observó de nuevo, aunque ella había dado la espalda y parecía estar dando instrucciones a un muchacho sobre cómo servir la cerveza. Su vestido se ajustaba ceñidamente a lo ancho de sus hombros, y el dobladillo quedaba a casi veinte centímetros del suelo. ¿Acaso la hija del lord no merecía un vestido nuevo? La idea de poder vestirla con ricos terciopelos y brillantes brocados le arrancó una sonrisa. Se aseguraría de que tuviera todas las galas que una mujer pudiera desear. Cuando regresara de sus viajes, le traería relucientes joyas que seguramente la complacerían. Sí, sería una esposa excelente a la que regresar tras meses en el mar. Pensamientos de placeres carnales llenaron su mente.

—¿Qué os tiene con cara de zorro que acaba de comerse un buen gallo? —Sten le dio un codazo en el brazo.

—Contando los pollos antes de que nazcan, sin duda. —Pedr parpadeó y se encogió de hombros. *Lady* Rona había desaparecido. A continuación, estiró el cuello buscándola, pero fue en vano.

—¿Seguís pensando en casaros con la muchacha? —Sten sacudió la cabeza—. Nunca pensé que viviría para ver el día. Quedaos en el mar, muchacho. No necesitáis la distracción de una esposa.

—Padre espera que regrese con su barco antes de Yule. Nos quedan solo unos pocos días.

—También quiere que os caséis —señaló Sten—. Aunque podría llevar más tiempo encontrar el *Puthaid* sin la ayuda de los MacNeill, ¿de verdad queréis casaros con una mujer a la que no conocéis?

—Estoy reservando mi juicio —protestó Pedr, ansioso por mantener la buena opinión de su tío—. Además, la conozco tanto como a cualquiera de las muchachas que madre y padre han desfilado por el salón del castillo esta última semana. Rona MacNeill es la única que merece una segunda mirada. Necesitáis un año o más para conocer realmente a alguien. ¿Conocíais a vuestra esposa cuando os casasteis, tío?

—Si. Tenéis razón. Sois un capitán de barco, Pedr. Lo lleváis en la sangre. Haldor y yo fuimos piratas una vez, y aunque hemos enmendado nuestros caminos, siempre recorreremos las cubiertas. El mar es una amante exigente, muchacho. Hará falta una mujer poco común para sacaros de sus garras. —Sten se frotó la canosa barba.

—¿Intentáis advertirme sobre la muchacha?

—No. Sin embargo, ¿entenderá ella vuestro amor por los barcos y los lugares lejanos?

—Ha visto muchos barcos entrar y salir del puerto de Ardminish. No será nada nuevo para ella. De todas las muchachas que he conocido, Rona es la más probable de entender mi tiempo lejos. —Apoyó el extremo de su cuchillo de comer en la mesa, con el mango en su puño—. De hecho, cuanto más lo pienso, más creo que Rona MacNeill encaja con lo que necesito en una esposa. Es fuerte, lo suficientemente bonita, y no teme al trabajo.

—Tengo un caballo que cumple con esos requisitos, muchacho. No me casaría con vos si fuera esa muchacha. No puedo pensar en ninguna mujer que aprecie que la llamen fuerte, o que le digan que es lo *suficientemente bonita* —resopló Sten.

—Después de haber vivido su vida en este salón, estará agradecida de no tener que preocuparse por su próxima comida. Padre estará de acuerdo en ayudar a los MacNeill de alguna

manera si se convierten en familia. —Pedr frunció el ceño. Quizás esos no fueron los mejores argumentos.

—Si. Cualquier muchacha que llevéis a casa probablemente estará agradecida por lo que vuestra familia le ofrece.

Pedr asintió, aunque la incertidumbre luchaba con la anticipación. Había algo en ella que lo llamaba, y no dejaría la isla hasta haber aprendido más sobre ella. Centró su atención en la comida, cuidando de comer solo lo suficiente para calmar su hambre, consciente de que esto probablemente era una ofrenda más grande de lo habitual. Había suficiente comida a bordo del barco, y no le haría daño evitar llenarse demasiado esta noche, cuando estaba claro que otros necesitaban más el alimento.

—¿Habéis comido suficiente, joven Pedr? —Lord MacNeill señaló el plato de pescado en la mesa principal, que ostentaba un único filete en un charco fino de salsa de mantequilla que empezaba a solidificarse.

—Suficiente, mi señor. He llenado todos los rincones necesarios. —Pedr se palmeó el estómago.

—Excelente. Que los muchachos limpien las mesas y volvamos a nuestros asuntos. —Miró alrededor de la habitación—. ¿Dónde está mi hija?

Rona pasó a través de un pequeño grupo de personas del clan que se marchaban. Los sirvientes y aquellos que pasarían la noche en el salón se habían retirado a la cocina o a los rincones más alejados de la sala.

—Aquí estoy, padre. —Su piel se estremecía, alerta como una liebre bajo la intensa mirada de un zorro hambriento. ¿Qué tenía en mente su padre?

—¿Has considerado mi oferta? —Los ojos de lord MacNeill brillaron por un momento antes de posarse en Pedr.

El hombre grande y de cabello blanco junto a Pedr cruzó los brazos sobre el pecho. Claramente él y Pedr no estaban de acuerdo, fuera cual fuese la respuesta. Pero, ¿quién aceptaba la oferta de su padre y quién no?

—Si, lo he hecho. —Pedr se inclinó un poco de lado en su silla y apoyó un codo en la mesa.

—¿Estáis dispuesto a casarte con mi hija a cambio de información sobre vuestro barco? —Su padre levantó las cejas.

La mirada de Pedr se desvió hacia Rona. La especulación luchaba con la lástima en los ojos oscuros del joven. Y a ella no le agradaban ninguna de esas dos. Además, le gustaba aún menos la sensación de estar en una subasta de ganado. Habría salido del salón de no ser porque había demasiado en juego.

—Antes de que busquéis pergamino y tinta para un contrato de esponsales, me gustaría saber -ya que ya estamos de acuerdo en que mi barco no está en vuestro puerto- cómo me ayudaréis. Digo que es obra de la negra MacNeill, pero vos afirmáis que no es más que una leyenda.

—Las leyendas son cosas peculiares. —El padre de Rona encogió un hombro, curvando un labio hacia abajo.

—Los piratas tienen su lugar, aunque a menudo es en el extremo colgante de una cuerda con nudos. ¿Queréis decirme que albergáis a un pirata?

La sangre de Rona martilleaba en sus oídos y el aire se le escapaba de los pulmones. Se aferró al respaldo de una silla para mantenerse firme. ¿La vería colgar? Estaba dentro de sus derechos.

—Quiero deciros que puedo ayudaros a encontrar vuestro barco —respondió Galen

tercamente—. Pero tendréis que aceptar mis condiciones.

La mirada de Pedr se dirigió hacia ella, cuyo desafío tambaleó.

«Buscad en otro lugar vuestro barco, MacLean. No pongáis vuestra suerte conmigo».

—Dadme vuestra información. —El tono de Pedr era implacable—. Me casaré con vuestra hija si vuestra información me ayuda a recuperar el *Puthaid*… dentro de la semana.

Galen golpeó la mesa. Rona se estremeció. Murdo soltó un ladrido y se escondió bajo el dobladillo de su vestido.

—¡Hecho! Rona, decidle al muchacho dónde está su barco.

—No sé dónde está. —La rabia hervía en sus venas y frunció el ceño.

—Vamos, muchacha. Lo enviasteis esta mañana. Decidle al joven Pedr hacia dónde se dirige.

Rona cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los dientes. ¿Cómo podía hacerle esto?

—¿Cómo sabría ella del barco? ¿Pretendéis engañarme? —Pedr miró de Rona a Galen.

—Oh, no os preocupéis, joven MacLean. Esta muchacha sabe muy bien dónde está vuestro barco. —Galen agitó una mano y su labio se torció—. ¿No robasteis el *Puthaid* del puerto en Maryport hace tres días?

Rona inhaló profundamente, sorprendida.

—¿Y no visteis que se le cambió el nombre para poder venderlo?

—Si. Y puse ovejas en vuestros corrales y comida en vuestra mesa —escupió Rona, se inclinó sobre la mesa, con las manos apretadas sobre la madera marcada, colocando su rostro a solo unos centímetros del de su padre—. ¿Y por eso querríais verme colgar?

—Quiero veros casada. Dije que asumiríais la responsabilidad si traíais problemas a nuestras costas.

—¿Qué me estáis diciendo, lord MacNeill? —Las cejas de Pedr se alzaron.

—Os estoy diciendo que mi hija es la negra MacNeill. —Galen señaló con un dedo hacia ella.

Capítulo 6

Pedr sacudió la cabeza y luego parpadeó. No podía haber escuchado bien al lord MacNeill. No había posibilidad de que *ella*… retrocedió y ordenó sus pensamientos. ¿Por qué no? La mujer que había irrumpido en la habitación antes, con ojos tormentosos y vestida de negro, daba crédito a la afirmación de lord MacNeill, aunque pensaría dos veces antes de cruzarse con la mujer que tenía ahora frente a él, especialmente si tenía un arma en la mano. La posibilidad despertó su interés. ¿Una esposa experta en manejar una espada? Otro punto a su favor. La desafiante postura la hizo erguirse al máximo, pero el miedo brillaba en sus ojos como relámpagos en medio de nubarrones. ¿Pensaba que exigiría que la colgaran por su crimen? *¿Crímenes?* ¿Cuántos barcos robados se le podrían achacar? Barcos ingleses hasta ahora, si se creían las historias. ¡Por Dios! ¿Había aceptado casarse con una pirata? ¡Maldita sea! ¡No solo una pirata, sino la famosa Negra MacNeill!

—Es un ratonero MacLean. —Sten lo empujó y luego hizo un gesto hacia el pequeño *terrier*.

Pedr siguió la mirada de su tío y observó al pequeño perro, apenas asimilando el cambio de creer que Rona era una pirata al peludo cachorro que llevaba el inconfundible sello de los *terriers* blancos que su madre había criado durante los últimos diez años o más. Muchas personas ahora poseían esos adorables diablillos, pero su propósito principal era como cazadores de ratas a bordo de todos los barcos MacLean. Incluso en su viaje inaugural, el *Puthaid* tenía un *terrier* MacLean. Cielos, si Rona no era la negra MacNeill, ella sabía quién lo era.

—Creo que es hora de llevar esta conversación a un lugar más privado. ¿Lord? —Pedr se levantó.

—Preparad el hogar en mi solar. —Lord MacNeill frunció el ceño y luego llamó a un muchacho cercano. Este último salió corriendo. En cuanto al *terrier*, saltó hacia adelante, ladrando con entusiasmo.

Rona giró sobre sus talones y siguió al muchacho, con la ira tensando sus hombros y acelerando su paso. El pequeño perro trotaba alegremente a su lado, con su rechoncho rabo apuntando hacia el techo. Pedr se apartó de la mesa y caminó tras Rona, dejando que los demás los siguieran. La alcanzó justo cuando ella irrumpía en una pequeña y fría habitación, iluminada solo por la presencia de una diminuta llama en la chimenea. El muchacho estaba agachado junto a ella, soplando suavemente mientras intentaba avivar el parpadeante fuego con trozos de pelusa y ramitas secas. Desvió la mirada de *lady* Rona hacia Pedr, luego inclinó la cabeza, haciéndose lo más pequeño posible mientras buscaba una salida rápida.

—¿Es cierto lo que dijo lord MacNeill? —exigió Pedr. Agarró la puerta y la cerró de golpe, impidiendo la entrada de las personas que se acercaban a la habitación. No era probable que un secreto así -si era cierto- sorprendiera a los MacNeill, pero estaba decidido a escuchar las palabras de Rona, sin que estuvieran contaminadas por la ira de su padre o la necesidad de moderar su respuesta.

—¿Y si lo fuera? —Rona se detuvo y luego se giró lentamente. Sus ojos, del color e intensidad de una tormenta invernal, se encontraron con los suyos.

«¡Dios mío!» Pedr la miró con admiración. «Podría buscar desde el Minch hasta el Mediterráneo y no encontraría otra mujer como ella». Su mirada descendió desde la terca

inclinación de su cabeza, bajando por la curva de su cuello, deteniéndose en el contorno de sus pechos, que encajarían perfectamente en sus manos, hasta los puños cerrados a su lado.

—Eso os marcaría como una pirata y, como tal, estaríais sujeta a las leyes de Escocia. —Levantó una ceja.

—Eso sería desafortunado, ya que invalidaría la oferta de mi padre. A menos que prefiráis el título de viudo al de esposo. —Su rostro palideció, con manchas de color en las mejillas.

Un cuento que había escuchado muchas veces -normalmente resultando en la diversión de su madre ante el disgusto y la vergüenza de su padre- le vino a la mente. «Vuestro padre me pidió que considerara si el matrimonio con él era mejor que la soga del verdugo. Le dije que era una decisión difícil».

Pedr apretó los molares para contener la sonrisa que amenazaba con asomarse a sus labios. Su padre había sido culpable de forzar a su madre a casarse para evitar la horca cuando fue arrestada por cazar ciervos de los MacLean. Algunos argumentaban que la acusación era injusta, aunque su padre había considerado la jugada conveniente en ese momento. Tras un comienzo algo turbulento, nadie negaría que sus padres tenían un vínculo inquebrantable. Las circunstancias extremas les habían obligado a trabajar juntos, lo que les había hecho apreciar mucho más el uno al otro. ¿Qué mejor que mantener una tradición familiar así? Su madre probablemente le daría una buena reprimenda si descubriera su estratagema. Se esforzaría por asegurarse de que eso no sucediera, pero, aun así, no podía evitar sentir cierta ironía. Se arriesgaba a enfurecerla aún más al casarse con Rona en la isla sin más familia presente que Sten, Haldor y Brant. Más adelante, se podría celebrar una ceremonia formal en Morvern, lo que satisfaría la necesidad de su madre y su abuela de dar la bienvenida a su nueva esposa en el clan.

—Sería bastante complicado quedar viudo a tan joven edad. Sin embargo, podéis estar segura de que el poder de mi familia os mantendría a salvo. —El lado travieso de su naturaleza afloró, y no pudo resistirse.

—¿Me pediríais que cambiara la soga del verdugo por un matrimonio que no deseo? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—Muchacha, tengo veinte veranos, gozo de buena salud, pertenezco a una familia con bastante riqueza e influencia, y, si se os ocurriera preguntar, soy considerado bastante amable, moderadamente atractivo y generoso con aquellos con quienes trato. Podríais hacer algo mucho peor que casaros conmigo. Si vuestro padre está dispuesto a acorralar a su propia hija para que se case con un clan con medios utilizando la amenaza de una horca, ¿quiénes somos nosotros para decir que no? —Esta vez la sonrisa no se hizo rogar. El joven juraría que vapor salía de las orejas de la pirata. Ciertamente, pareció quedarse sin palabras durante unos momentos. En ese momento, alguien golpeó la puerta. El *terrier* se sobresaltó.

—¿Es que no tengo otra opción? —La voz de Rona era quebradiza.

Pedr luchó intensamente por encontrar una pizca de simpatía -o al menos de arrepentimiento- pero fue en vano. Por alguna razón, su falta de inclinación hacia el matrimonio solo hacía que la deseara aún más.

—Me temo que no lo tenéis. Vuestro padre parece bastante comprometido con esta alianza. Una vez que estemos casados, estaréis bajo mi protección, y nadie se atreverá a contradecirme. Ciertamente no presentaría cargos contra mi propia esposa por el robo de un barco MacLean. —Echó un vistazo a la diminuta habitación, su mirada se detuvo en los muebles desgastados mientras se estremecía por el frío, resultado de la necesidad del clan de calentar solo las habitaciones en uso—. Y no permitiría que la familia de mi esposa pasara necesidad. Ardminish es un buen puerto, y siempre necesitamos manos experimentadas que deseen ganar dinero a

bordo de nuestros barcos mercantes.

El pecho de Rona se agitó. Sus manos se curvaron, deseando empuñar una espada. No sabía dónde quería enterrarla más, si en el negro corazón de su padre o en el hombre que tenía delante. Nunca había estado tan furiosa en su vida. Enfadada, consternada, quizá incluso angustiada, pero ni siquiera las bromas de Carr cuando era un chiquillo la habían llevado a tales extremos. Venganza, sí, pero no a los niveles de indignación y el sentimiento de traición que su padre y Pedr MacLean le provocaban.

—Estoy segura, si os lo pidiera, podríais proporcionar referencias sobre vuestro temperamento, diligencia, e incluso sobre el estado de vuestros dientes. Aunque la realidad es que no deseo casarme. —Apoyó los puños en sus caderas con vehemencia.

—Si vivierais el resto de vuestra vida a vuestra manera, ¿cómo serían esos años? —Pedr se detuvo y ladeó la cabeza como si considerara sus palabras.

Rona enganchó un pie en la silla del escritorio y la arrastró hacia ella antes de dejarse caer en ella, con los brazos cruzados, como si de repente se hubiera desinflado. Murdo abandonó su olfateo en las esquinas y se acomodó junto a ella, con su pequeña cabeza descansando sobre sus pies. Nadie se había preocupado antes por lo que ella quería. ¿Sería el interés de Pedr diferente?

—Solo deseo servir a mi clan. —Sus manos se entrelazaron en su regazo.

—¿Convertiros en pirata fue vuestro mejor plan?

—Nacer con una moneda de oro apretada en el puño no os convierte en la mejor persona para tomar decisiones por mí. Los MacNeill pueden ser pobres, pero somos autosuficientes para casi todas nuestras necesidades, de una manera u otra. Además, Longshanks y sus lacayos merecen lo que he hecho -y aún más- por sus perversas acciones contra nuestros compatriotas. —Frunció el ceño, insolente.

—No puedo reprocharle a la negra MacNeill su venganza contra los ingleses. Sois una muchacha valiente por tomar las armas contra semejante enemigo.

Rona lo miró fijamente. ¿Estaba orgulloso de sus logros como pirata?

—Mirad nuestra isla. No tenemos suficiente tierra fértil en esta roca para mantener alimentado al clan. Soy la hija del lord. ¿Qué clase de mujer sería si no hiciera todo lo posible para que mi gente no sufriera? —Se quedó sin palabras por un momento antes de hacer un gesto amplio con el brazo.

—Ovejas y un poco de mermelada son un buen regalo de Yule —señaló Pedr con una ligera sonrisa.

—Sí. Lo son. También tendremos lana fina para mantener a los niños abrigados el próximo invierno una vez que esquilemos las ovejas esta primavera. Quizás un poco de cordero para añadir a la mesa, que ha estado limitada a pescado. —Lo miró, desafiante y se levantó, repentinamente fortalecida por el bien que había hecho al robar el *Puthaid* y los barcos anteriores.

—Vino y aguamiel para beber y para el trueque. Avena, de la cual no podemos cultivar suficiente en esta isla. Pescado seco para complementar nuestras provisiones para el invierno. —Lo enfrentó—. Y el dinero que obtengamos por el barco servirá mucho en el comercio de la primavera.

—Un recuento justo. Claramente conocéis el *Puthaid*. Confieso que me cuesta veros como la pirata, la negra MacNeill, pero al menos creo que tuvisteis algo que ver en la desaparición del barco.

—¿No creéis que una mujer pueda ser pirata? —Una leve sonrisa burlona torció sus labios.

—No. Estoy muy claro de que una mujer puede ser lo que desee. Mi tía abuela defendió con

éxito un castillo en Tierra Santa. Mi abuela conoció las penas de la batalla escocesa por las Islas Occidentales y juró venganza contra los escoceses, aunque, afortunadamente para mí, se enamoró de mi abuelo. Mi madre luchó contra Longshanks durante las guerras de independencia galesas y, en su viaje a Escocia, derrotó a piratas más de una vez. —Pedr pareció sorprendido.

Algo dentro de ella cambió. ¿Podría ser el hecho de que su familia no tenía más amor por el rey Eduardo que ella? ¿O que Pedr MacLean parecía diferente de los hombres que conocía, quienes tenían poco respeto por una mujer, salvo cuando estaba de espaldas o brindando otros consuelos? ¿Cuánto podía confiar en el honor de este MacLean?

Otra vez llamaron a la puerta, con golpes fuertes. Palabras ininteligibles resonaron a través de la madera.

Rona consideró al hombre frente a ella. Más alto que casi cualquier hombre que conocía, con cabello castaño oscuro, casi negro como sus ojos. Ojos que contenían desafío, un destello de amabilidad… y humor. ¿Qué clase de hombre ofrecía matrimonio a la pirata que robó su barco en lugar de vengarse? ¿Sería un hombre así un esposo digno?

—¿Creéis que robé vuestro barco?

—Oh, sí. Está claro que lo hicisteis. —Se encogió de hombros.

—¿Claro? ¿Cómo?

—Vuestro cachorro. Cada uno de nuestros barcos tiene al menos uno de los *terriers* de mi madre para mantener a raya a las ratas. No solo robasteis el *Puthaid*, sino que también robasteis al perrito del barco. —Pedr sonrió y señaló al perro que estaba sentado a sus pies, con los ojos asomando a través de mechones de cabello blanco y enmarañado.

Capítulo 7

Bueno. No se esperaba que el perro la delatara. Rona miró al pequeño *terrier* blanco. Su rechoncho rabo golpeaba un ritmo contra su pierna. Se inclinó y le rascó detrás de las orejas, luego dirigió una mirada a Pedr.

—¿Querrá el capitán recuperarlo? —Una punzada de arrepentimiento la atravesó al pensar en perder al pequeño granuja.

—No me preocuparía. Parece que el cachorro se ha encariñado con vos. El capitán Shaw se alegrará de saber que no ha sufrido ningún daño. —Pedr se encogió de hombros.

Un único golpe en el pesado portal anunciaba que su tiempo en privado estaba llegando a su fin.

—¿Abrimos la puerta? —Rona soltó un suspiro de pesar.

—No hasta que lleguemos a un acuerdo. Quiero que firméis el contrato de buena gana. Una esposa reacia o rebelde no es mi intención. —Pedr negó con la cabeza.

Rona se mordió el labio. Estuviera o no lista para casarse, no era probable que recibiera una mejor oferta. Otra punzada tiró de su corazón. Había estado tan ocupada protegiendo a su clan que no había pensado en lo que su corazón realmente deseaba. ¿Podría el matrimonio con Pedr MacLean ser más que una alianza de clanes y una forma de evitar la horca? ¿Sería una tontería desear algo más?

—Incluso si no estuviera enfrentando la soga del verdugo, mis opciones serían entre vos y el siguiente hombre que tenga edad suficiente para firmar su nombre. Padre no cederá.

—No soy tan mal partido, Rona. Cuido de los míos y no abuso de mujeres ni niños.

—Pedr extendió las manos. Sus ojos brillaron con picardía—. Y todavía tengo todos mis dientes. Podría mostrároslos si queréis.

Una risa burbujeó inesperadamente en la garganta de Rona. ¿Por qué no casarse con el hijo menor de los MacLean? Hiciera lo que hiciera, parecía que sus días de andar por las cubiertas habían terminado. Una hora atrás, esa admisión la había llenado de amargura hacia los hombres de todas las edades, especialmente hacia aquellos que afirmaban tener solo su mejor interés en mente. ¿Ahora? El bribón le resultaba atractivo.

—Quizás el matrimonio con vos sería preferible a la soga del verdugo —concedió, luchando contra el indicio de jocosidad.

—Habiendo hablado como una mujer que sabe lo que quiere, pragmática y perspicaz —declaró Pedr—. ¿Sellamos el trato con un beso?

Su sonrisa se desvaneció. Entrar en un contrato con Pedr era una cosa. Permitir intimidades era otra. Sin embargo, no había manera de separar ambas cosas. Los matrimonios formaban alianzas. Las alianzas creaban dinastías. Se necesitaban hijos para heredar esas dinastías. Contuvo sus pensamientos antes de que se convirtieran en un pánico total. Él pidió un beso, no un revolcón sobre el escritorio de su padre. Inhalando lentamente, se recompuso y asintió con la cabeza.

—Preparándoos para la batalla, ¿eh? —Pedr negó con la cabeza—. No asaltaré vuestras cubiertas con un alfanje en mano. No seré ese tipo de marido. Tenéis mi palabra. Tengo en mente un tipo de cortejo diferente.

—Entonces, esto no va a ser un simple beso en la mejilla, ¿verdad? —Una emoción, no

muy distinta a la de enfrentar una tormenta en la proa de un barco, la invadió. Tragó saliva, de repente se encontró con la garganta seca.

—No, muchacha. No tengo en mente besos rápidos. —Extendió una mano hacia ella. Su sonrisa era pura seducción—. El primer paso es vuestro.

—Oh, gracias a Dios. Porque no sé cuál es el segundo. —Tomó su mano y no se resistió cuando él la atrajo hacia sí. La habitación, que apenas contaba con un resplandor apagado del fuego de turba en la chimenea, de repente se sentía mucho más cálida, las paredes mucho más cercanas, su vestido -aunque ya le quedaba pequeño desde hacía meses- se sentía mucho más ajustado.

—Prometed que siempre lucharéis por aquellos menos afortunados que vos —murmuró y Pedr recorrió la distancia final, apoyando la mejilla anidando contra la parte superior de su cabeza, para que luego su aliento revolviera el cabello de Rona—. Prometed que siempre me diréis lo que pensáis.

—No tenéis nada que temer. No sé disimular bien. Y mi corazón siempre estará con los que lo necesiten. —Una risa sofocada se le escapó.

—Siempre empática, sí. —Presionó sus labios contra su cabello, la esquina de su ojo, el borde de su mejilla—. Vuestro corazón, mi bella pirata, me pertenece a mí.

Rona vaciló, pero se mantuvo firme. No serviría de nada culparlo de su situación, aunque no tenía por qué parecer tan complacido. Había dado lo mejor de sí en sus deberes como la negra MacNeill, no vacilaría en prestar la misma atención a sus responsabilidades como esposa de Pedr MacLean. Permitiría un beso. Esperó el saqueo rudo que había presenciado de los marineros y las mujeres que los recibían en los puertos. Pedr no cumplió con sus expectativas.

Sus manos recorrieron sus hombros con una languidez que provocó un hormigueo que se extendió por sus venas como el primer sorbo de un hidromiel espumoso. Sus labios bajaron lentamente hasta detenerse en la comisura de su boca. Al sentir su tacto, su rostro se giró.

Sus labios rozaron los de ella, suaves, cálidos, invitantes. Un aliento de anticipación los separó, caliente, tentador, seductor. La punta de su lengua delineó sus labios. Un leve suspiro escapó de la garganta de Rona. Pedr profundizó el beso y, cuando su mundo se inclinó firmemente más allá de su control, se retiró. Sus labios lo siguieron, levantándola de puntillas, con las manos abiertas sobre su pecho, los dedos arrugando la tela de su túnica.

Los brazos del joven la rodearon y la estrecharon contra sí, sintiendo su cuerpo duro como una roca contra el de Rona, quien se acercó más. Un momento después, él levantó la cabeza.

—Abrid la puerta, mi pequeña pirata, y redactaré las palabras apropiadas para nuestro compromiso. —Pedr le acarició el rostro con las palmas de las manos. Seguidamente, forzó una sonrisa y la animó en silencio a darse la vuelta, cualquier cosa que le diera tiempo para recomponerse. Había querido besarla. Había querido poner a prueba su determinación, y la suya. No había pretendido que el beso encendiera fuegos que ahora tenía gran dificultad para sofocar. Pero no le gustaba la incertidumbre que destellaba en sus ojos. ¿Había algún incentivo que pudiera ofrecer? ¿Algo que la persuadiera a desear volver a casa con él?

—Si no tenéis objeciones, diremos nuestros votos mañana y celebraremos en Morvern una vez hayamos recuperado el *Puthaid*.

—Por supuesto. El barco primero. —Su rostro palideció, sus ojos centellearon. Enseguida, giró sobre sus talones y en dos zancadas alcanzó la puerta. Corrió el cerrojo y abrió el portal de golpe.

—Rona —protestó Pedr. «Maldita sea. ¿Podría haberlo dicho peor?» Ella lo ignoró.

—La boda será mañana —informó la joven al grupo en la puerta—. Haced lo que

consideréis necesario. —Pasó junto a su padre, que balbuceaba ante la impropiedad de permanecer a solas tras puertas cerradas con un hombre que no era de su familia.

—Desafiadlo si creéis que podéis vencerlo. Pero no lo matéis. Ahora es mi prerrogativa. —Rona se detuvo lo justo para dedicarle a su progenitor una mirada de desdén.

Sten, lord MacNeill, y dos guardias que ayudaban al lord a sentarse, se apartaron mientras Rona atravesaba el grupo como una tormenta y desaparecía. En cuanto a Pedr, se rascó la cabeza.

—Eh… mierda.

—Nunca he visto a una muchacha huir de vos antes —bromeó Sten, sonando mucho como Alejandro y Brant en ese momento—. Ni con planes para vuestra desaparición. —Se frotó la barbilla, observando a su sobrino—. ¿Hemos cancelado la boda?

—Todo iba bien hasta que mencioné el *Puthaid*. Fue inocentemente, lo juro. —Pedr levantó una mano contra la risa de su tío—. Fue con buena intención, y solo dije que nos casaríamos aquí y celebraríamos en Morvern —suspiró—, después de que localizáramos el *Puthaid*.

—Oh, ¿dejando claro que el barco es lo primero?

—Ella ya mencionó eso, tío. ¿Podemos encontrar otro tema de conversación? Probablemente necesite el resto del día para corregir mi error. —Pedr frunció el ceño.

—¿Estamos de acuerdo? —Lord MacNeill aclaró su garganta.

—Escuchasteis a vuestra hija. Ha aceptado ser mi esposa. ¿Acostumbráis a buscar confirmación de la opinión de vuestra hija en otros? Os aseguro que no es la manera de tratar con ella. —Pedr levantó una ceja, irritado por el evidente deseo del hombre de deshacerse de su hija.

—Bah. Ella hará lo que se le diga. Pregunto si aún tenéis intención de casaros con ella o si habéis decidido echaros atrás ahora que pasasteis un buen rato a solas con ella. —El lord agitó una mano.

—Que quede claro, anciano, que esta es la última vez que tendréis voz en la vida de vuestra hija. Por lo tanto, nos casaremos mañana y, como mi esposa, estará bajo mi protección. ¿He sido claro? —Pedr golpeó sus palmas contra la superficie desgastada del escritorio del lord.

—Oh, no os preocupéis. Ya es hora de que se case y deje de ser mi preocupación. —Señaló a Pedr con un dedo—. Pero no os quejéis cuando se resista a cumplir con su deber como una buena muchacha. He hecho lo mejor que he podido para criarla y nunca he visto a una mujer comportarse como ella. Dice que «no soporta estar en tierra». Y que «quiere estar a bordo de un barco». —A continuación, agarró un fino trozo de pergamino, a menudo raspado para su reutilización, aunque las manchas de tinta permanecían. Con una mano temblorosa, mojó una pluma de ganso en un pequeño tintero.

—Yo escribiré el contrato si no os importa. —Pedr colocó un dedo sobre el pergamino. Lord MacNeill le entregó la pluma y el pergamino, y con una mano cuidadosa, Pedr escribió:

Pedr MacLean y Rona MacNeill, mediante el cual Pedr MacLean, segundo hijo del barón Birk MacLean de Morvern, se compromete a casarse con Rona MacNeill, única hija del lord Galen MacNeill de la Isla de Gigha, en el día 21 de diciembre, siendo el año de nuestro Señor, 1300.

Por su parte, lord Galen MacNeill proporcionará, en lugar de dote, información que lleve a la recuperación del barco, Puthaid, para que sea devuelto a Pedr MacLean y a Embarcaciones MacLean. Tal devolución será antes del comienzo de Yule, este mismo año.

Por el bien de Rona -y con la esperanza de ganar algunos puntos a su favor- Pedr añadió un detalle creativo sobre el precio de la novia, pagadero solo a ella en caso de disolución de su matrimonio, y prometiendo honrarla, mantenerla y apoyarla. No incluyó ninguna parte que

implicara al clan MacLean como más que aliados de los MacNeill, evitando que tal cosa fuera descubierta en papel y llevando su firma. No llegaría tan lejos sin el consentimiento de su padre. Tras la decoración que pudo trazar con la antigua pluma y el pergamino ya bien usado, luego secó el documento con arena antes de pasárselo a su tío para su aprobación. Sten ajustó la longitud de su brazo y luego examinó el escrito apresuradamente. Después de un segundo vistazo, se lo pasó al lord MacNeill.

—Estáis consiguiendo lo que queríais. Os quitáis de encima a vuestra hija a cambio de mi barco. Está claro que el *Puthaid* pasó por el puerto de Ardminish. Agradeced que no exija la devolución de los suministros y el ganado a bordo del navío también. —Pedr se encontró con la mirada fulminante de MacNeill y se encogió de hombros, mirándolo también de forma penetrante—. O, que os arresten por permitir a sabiendas que mi barco pasara por vuestras manos.

—Seréis testigo, ¿no? —Recogió el pergamino y se lo entregó de nuevo a Sten.

—Si es lo que deseas. —Sten asintió.

—Si. Mantened un ojo atento en el contrato, tío. Iré a arreglar las cosas con mi novia.

Capítulo 8

Rona subió las escaleras de dos en dos, pero no podía escapar del hecho de que Pedr había aceptado casarse con ella solo para recuperar su barco. Las uñas de Murdo repiqueteaban sobre la piedra mientras trotaba a sus talones.

«¡No quiero que mi matrimonio sea uno de conveniencia… para él!»

Abrió la puerta de su habitación, empujándola con fuerza mientras esta protestaba con un chirrido, maldiciendo en silencio a todas las cosas -humanas, de madera y demás- que se interponían en su camino. Entró en la habitación dando pisotones, luego se quitó el jubón por la cabeza y desató su saya, demasiado enfadada para notar la piel de gallina que se le erizaba en los brazos por el frío de la estancia. El viento lanzaba aguanieve contra la fortaleza con un siseo helado, haciendo que la delgada contraventana de madera en la única ventana tintineara.

Murdo saltó a la cama y dio dos vueltas antes de acurrucarse en la manta. Luego la miró a través de un flequillo blanco, sus ojos oscuros y redondos siguiendo cada uno de sus movimientos. Rona se deslizó rápidamente en unos pantalones y una túnica de lana gastada, cambiando sus botas cortas por un calzado más pesado, y luego se dejó caer sobre el colchón junto al pequeño *terrier*.

—¿Qué opináis, *cù beag*? He tenido dos días para considerar el matrimonio, y apenas una hora para considerar a Pedr MacLean como mi esposo. —Rascó la barbilla de Murdo. Este gimoteó. Rona suspiró y se apoyó contra un poste de la cama—. Si, es agradable a la vista, aunque no me habría dado cuenta si padre no hubiera insistido en que me casara con él. —Murdo ladró. Rona se rio entre dientes—. Oh, puede que me hubiera dado cuenta. Brazos y hombros lo suficientemente fuertes como para mantener un barco en curso en los mares más agitados…

—Buen aspecto rudo, que heredé de mi madre, puede que os interese saber. Ella es galesa.

Rona se giró de repente, con el corazón acelerado. Pedr estaba apoyado en el marco de la puerta -que había olvidado cerrar, o al menos, no había empujado para que cerrara por completo. Murdo gruñó y luego saltó de la cama con un ladrido. Corrió por el suelo y se detuvo en seco a los pies de Pedr. Olfateando sus botas, dio vueltas alrededor del intruso. Pedr lo observó benevolentemente. Incluso chasqueó la lengua de manera invitante- y el pequeño bribón movió su rabito.

—¿Oh?

—Ella preferiría atravesar a mi padre con una lanza antes que discutir con él… ya que sabe que saldría perdiendo en esa batalla. Pero es justa y cariñosa, y os daría la última moneda de plata de su bolsillo si la necesitarais. —Pedr cambió el peso a su otro hombro—. Ella y su primer esposo lucharon en las guerras de independencia galesas. Él murió alrededor de un año antes de que el ejército de Longshanks derrotara a los galeses en la Batalla de Orewin Bridge. Ella y su hermano huyeron al norte, y lo perdió en una tormenta que la arrojó a la costa en la Península de Ardnamurchan, en tierras de los MacLean.

—Me gusta que se oponga a Longshanks. —Rona negó con la cabeza—. Una pérdida así podría haberla amargado. Debe ser una mujer fuerte.

—Si, lo es. Incluso logró ganarse a mi abuela cuando la conocieron.

—¿Ganarse? ¿Qué queréis decir?

La sonrisa de Pedr se desvaneció un poco.

—Ella… eh… se casó con mi padre en circunstancias inusuales, y él no había enviado noticias a Morvern -ni a su abuela- sobre su matrimonio. Mi abuela pensó que era la nueva niñera de mis hermanas mayores, que eran muy pequeñas en ese entonces.

—Una presentación poco auspiciosa. —Rona cambió de postura en el colchón, subiendo una pierna para contrarrestar el peso en la otra—. ¿Qué dirá vuestra madre cuando llevéis a casa a una esposa… sin previo aviso?

—Dirá que soy igual que mi padre. Luego, probablemente, me tirará de las orejas. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Pedr. No pudo evitar mirar a la que pronto sería su esposa. No era una dama delicada, su Rona, encarnaba el fuego, la tenacidad y el coraje que le había dicho a Alejandro y a Brant que buscaba en una esposa. Podría estar fuera largos meses en el mar sin preocuparse por cómo ella o su hogar y familia se las arreglarían.

Entonces, ¿por qué de repente sentía como si hubiera mordido una ciruela amarga?

—Me gusta el cambio. ¿No estáis cómoda con un vestido? —Examinó sus pantalones y túnica.

—Tengo mucho que hacer, y es más fácil lograrlo vestida así —dijo ella, mirando su ropa y luego de nuevo a él—. No me agrada la idea de casarme con vos solo para que recuperéis vuestro barco. Os diré dónde buscarlo. No tenéis que seguir adelante con el matrimonio.

—No quise decirlo de esa forma. Debo recuperar el barco, y estaré encantado de presentaros a mi familia en cuanto regresemos a Morvern, y os darán un gran banquete. Pero recuperar el barco no es la razón por la que me casaré con vos mañana. —Pedr forzó sus labios en una mueca de dolor y arrepentimiento.

—¿Por qué? Nos acabamos de conocer. Podrías tener a cualquier muchacha con los años suficientes para daros un hijo. Si buscáis una esposa que se quede en casa bordando, feliz de veros entrar por la puerta tras pasar un mes o más en el mar, os llevaréis una gran decepción conmigo. —Arqueó una ceja, pálida en contraste con el rico tono de su piel besada por el viento.

Ese era el problema, ¡y que lo echaran a los zorros por no haberse dado cuenta antes! No quería una esposa que se quedara en casa mientras él viajaba. Alejandro podría estar contento con que su esposa cumpliera el rol de dama del castillo. Por el contrario, Pedr quería una vida diferente.

—¿Por qué conformaros *conmigo*? ¿Ahora? —Su ceño se frunció más.

—Puedo casarme con quien quiera. ¿Por qué no con vos? —replicó él.

—Sois joven. ¿Por qué casaros ahora?

—Estoy en edad de…

—Vuestro padre mencionó que vuestro hermano ha tomado esposa. ¿Solo queréis presumirme como prueba de que también podéis casaros?

—Él y yo solemos tener los mismos pensamientos, los mismos deseos. —Se encogió de hombros. A Pedr no le gustó su acusación, ni su tono—. Mi padre nos ha encomendado encontrar esposa antes de Yule. Cree que tanto Alejandro como yo tenemos la edad y los logros suficientes para que el matrimonio sea el siguiente paso lógico.

—¿Os casarías conmigo solo para cumplir con la orden de vuestro padre?

—Os recuerdo que tenéis una opción. Un pirata puede ser castigado con la horca. Como mi esposa, estaríais por encima de cualquier sospecha.

—¿Vuestra soga o el alguacil? —Rona golpeó el suelo de madera desnuda con la punta de su pie.

—¿Es que no teméis a nada? —Pedr inclinó la cabeza, su enojo desvaneciéndose en

admiración.

—¿La verdad? Lo único que temo es desaparecer en una vida de inexistencia. No tengo el corazón para una vida en tierra, esperando a que mi esposo regrese del mar.

—¿Preferiríais viajar conmigo? ¿Aprender a regatear y comerciar con personas que no hablan vuestro idioma? ¿Ver lugares de los que nunca habéis oído hablar? ¿Tener a nuestros hijos en tierras lejanas con el vaivén de las olas bajo vuestra cama?

Sus ojos brillaron. ¿Avaricia? ¿Deseo? Claramente, él había superado sus expectativas. Era una mezcla embriagadora que hacía que su sangre cantara caliente por sus venas, como si hubiese bebido el mejor *whisky*.

—Creo que incluso dejaría la piratería por una vida a bordo del barco. —Le lanzó una media sonrisa.

—No os sacaré del tribunal del alguacil si os atrapan pirateando. Yo administro un duro negocio, pero soy un mercader honesto. —Pedr soltó una carcajada.

—Entonces estaré por encima de toda sospecha, y no mancharé vuestro nombre. —Sonrió.

—Vamos. Tenemos un contrato que firmar y una boda que preparar. —Su ánimo se encendió.

Al día siguiente…

Pedr ordenó que se vaciara el *Banríon Laoch* de sus provisiones para la cena de bodas, dejando solo lo suficiente para tres días de raciones a bordo, e invitó a Brant, Haldor y a la tripulación a unirse a los festejos en el castillo.

Una mujer presentada como la tía de Rona se la había llevado la noche anterior, parloteando sobre vestidos, la falta de flores para su cabello y otros asuntos femeninos. Pedr miró la escalera por al menos la décima vez en tantos minutos y se encontró con la misma vista de antes: nada más que gente del clan MacNeill y marineros MacLean deambulando, bebiendo alegremente cerveza y anticipando las nupcias.

—No bajará más rápido por mucho que lo deseéis, muchacho —dijo Sten. En cuanto a Haldor, que se encontraba en tierra para la ceremonia -dejando a guerreros de confianza a bordo del *Banríon Laoch* para proteger el barco- se rio.

—Se está dando cuenta de que está a punto de quedar encadenado a la muchacha, y no sabe si huir o afrontar la situación con valentía.

—No estoy indeciso —respondió Pedr, con un tono más gruñón de lo que pretendía.

—Entonces, está preocupado por lo que dirá su madre. Mujer formidable, mi tía. —Brant le dio un codazo al capitán.

—Yo no querría enfrentarme a ella, ni a mi madre. —Sten asintió sabiamente y levantó un hombro—. Estarán encantadas de dar la bienvenida a *lady* Rona a la familia, y le reprenderán por seguir los pasos de su padre.

—Arrebatar una novia del cadalso. Es una tradición de los MacLean. —La sonrisa lasciva de Brant casi le valió un buen puñetazo, aunque Pedr estaba ligeramente desinclinado a iniciar una pelea el día de su boda. De repente, un joven vestido con hábitos de fraile se unió a los MacLean. Su rostro tendía a las pecas, y su tonsura era de un rojo brillante, aún no atenuado por la edad. Su sonrisa era tan atractiva como su apariencia.

—Soy Henry, sobrino de lord MacNeill —inclinó la cabeza.

—¿No sois un poco joven para haber tomado votos? —preguntó Sten, mirando al muchacho.

—Oh, siempre he estado destinado a la iglesia —respondió, su buen humor inalterado por la

pregunta—. Tengo seis hermanos mayores que yo, y habréis notado la escasez de tierras en esta isla. He estudiado en la Abadía de Saddell estos últimos años y tomaré los votos formalmente en primavera. Estoy en casa para las festividades y visitar a la familia. Mi tío Galen me pidió que revisara el contrato nupcial.

Pedr se dio cuenta, una vez más, de lo pobre que era realmente el clan. Probablemente dedicaban su tiempo a la pesca y a cultivar las pocas tierras fértiles que tenían. La capacidad de leer y escribir parecía tener poco valor para este clan isleño. Se aseguraría de que Rona tuviera acceso a cualquier enseñanza que deseara, y también ofrecería clases para los niños de la isla al menos durante los meses de invierno.

—Lo redacté anoche. Espera vuestra aprobación. —Indicó el desgastado pergamino sobre la mesa con un gesto de la cabeza.

—¿Nunca os habéis casado antes? —El joven Henry tomó el contrato y leyó cuidadosamente su contenido, con los labios fruncidos en concentración—. Está bien redactado. A Rona le gustará que le hayáis ofrecido un medio para mantenerse en caso de que fallezcáis antes que ella.

—Si nuestro matrimonio termina por cualquier razón, el precio de la novia es suyo.

—Sois un hombre justo, Pedr MacLean. Honráis a vuestro padre. —El futuro fraile asintió.

—¿Lo conocéis? —Pedr levantó las cejas.

—Sé de él. Lo suficiente para saber que es un hombre imponente, aunque nadie tiene malas palabras para él. Rona es una mujer afortunada.

—Espero que no tengáis que decírselo.

El ruido en la sala cambió de tono. Brant le dio un codazo. La mirada de Pedr se dirigió una vez más hacia las escaleras. Una joven, reconocible por sus pómulos altos, ojos grises, cabello rubio y mirada firme, se acercaba lentamente del brazo de lord MacNeill, apoyándole mientras avanzaba dolorosamente por el suelo. Un grupo de mujeres las rodeaba. Era hermosa. Su tía -pues eran muy parecidas- debió prestarle un vestido y lo adornó con azul nupcial, ya que no le quedaba demasiado ajustado en los hombros ni tampoco quedaba muy alto por encima de los tobillos. El escote modesto de su saya también estaba bordeado en azul, y un collar con una amatista del tamaño de su uña -ante el cual decidió que no sería prudente preguntar por su origen- colgaba de una delicada cadena de plata.

Rona se detuvo ante él, y este tomó sus manos entre las suyas. A continuación, se inclinó hacia ella.

—La amatista simboliza la piedad y el martirio. ¿Una protesta sutil?

—No. Me han dicho que es una piedra de paz y una promesa de fidelidad. —Arqueó una ceja.

—Entonces, os colmaré de amatistas y de cualquier otra cosa que deseéis. —Él le ofreció su brazo y ella colocó su mano sobre su manga.

—Requiero poco —contestó la joven pirata mientras Pedr la giraba hacia la mesa donde esperaba el contrato.

—Vivo para arrancaros una sonrisa. —Desvió su atención hacia el joven Henry—. ¿Seríais tan amable de leer en voz alta los términos para que todos los presentes puedan escucharlos?

El ligero asentimiento de Henry le confirmó que había hecho bien al no asumir que su novia supiera leer. El mentón de Rona se alzó mientras Henry leía el contrato, y Pedr también quedó satisfecho al percibir, cuando su sorprendida mirada se cruzó con la suya, que su generosa oferta del precio de la novia había sido notada.

—Me alegra ver que estáis aprendiendo en el monasterio y que no estamos desperdiciando

nuestro dinero, muchacho. —Lord MacNeill asintió, con una concentración salvaje en el rostro.

Henry levantó una ceja, pero no perdió el ritmo mientras leía las últimas palabras. Pedr tomó la pluma cuando el aprendiz dejó el pergamino sobre la mesa y firmó su nombre con solo un pequeño adorno. En cuanto a Rona, aceptó la pluma y escribió su nombre con una mano firme, aunque apenas legible.

—Os acepto como mi esposa. ¿Me aceptaréis como vuestro esposo?

Hubo silencio y Pedr miró por encima del hombro mientras Sten se aclaraba la garganta. En ese instante, un hombre corpulento que no reconocía estaba a unos metros de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, y a su alrededor se había despejado un espacio de personas.

—Me opongo.

Capítulo 9

—¡Tío Oran! —Rona dio un paso en dirección a su tío, pero Pedr le apretó el brazo, atrapando su mano contra su costado.

—No intervengáis —ladró lord MacNeill, con la mirada afilada fija en su hermano.

—Tiene derecho a ser escuchada, y la última vez que supe, no quería casarse. —La terquedad de Oran igualaba la de su padre.

Rona lanzó una rápida mirada a Pedr, quien permanecía a su lado con el rostro impasible, sus dedos moviéndose como si estuvieran deseando unirse a una pelea. Enseguida, su tío y dos hombres más se formaron junto a Pedr, con los hombros casi tocándose. «Por favor, no desenvainéis la espada». Apretó ligeramente el antebrazo del novio, esperando tranquilizarle, y luego volvió su mirada a su tío Oran, inclinando la cabeza en señal de súplica.

—No hay necesidad de oponerse, tío. No me opongo al matrimonio.

—No dejaré que Galen os envíe con un hombre que no escogisteis. Pertenecéis a nosotros, Rona. Al mar. No a estar encerrada en una granja como una yegua de cría de algún *Highlander*. —Frunció el ceño.

—¡Tío Oran! —susurró. Sus mejillas se ruborizaron y su temperamento se encendió—. Os agradecería que no hablarais fuera de lugar. Hacedme el favor de manteneros al margen y hablaré con vos en un rato.

La esposa de Oran corrió a su lado y le agarró del brazo como si le suplicara silencio. Aunque los ojos centelleantes de su tío le decían a Rona que no estaba de acuerdo, cerró la boca y no ofreció más argumentos. Seguidamente, Rona se volvió hacia Pedr, sintiendo la intensidad de la mirada de su tío como una afilada aguja entre los omóplatos.

—Os acepto como mi esposo, desde este día en adelante.

—Así sea. —Su mirada se deslizó de Oran a ella, y su semblante se suavizó. Una lenta sonrisa se extendió por su cara, arrugando las comisuras de sus ojos, y bajó sus labios hasta los de ella. Los vítores llenaron la sala. Su aliento se esfumó junto con su razón que se dispersó en el viento. Los dedos de su ahora marido apretaron los suyos. Se inclinó hacia adelante, sus pechos rozando ligeramente su pecho, lo que desató una ola de deseo que la tomó completamente por sorpresa. Entonces, Pedr se retiró.

—Nos… nos requieren en la mesa. —Su voz era áspera, lo que le provocó un delicioso escalofrío.

¿Así que él también había sido afectado? Una sonrisa de satisfacción torció una de las comisuras de los labios de Rona. Dando un rápido apretón a sus manos, se volvió hacia los tres hombres MacLean a su lado. Estos inclinaron la cabeza.

—Bienvenida a la familia, *lady* Rona —entonó el mayor—. Soy Sten de Hallstein, el tío del joven Pedr. —Hizo un gesto hacia el hombre a su lado—. Él es mi hijo, Haldor.

—La madre del tío Sten es mi abuela —añadió Pedr, señalando al tercer hombre, cuyos ojos oscuros brillaban alegremente, con la piel arrugada en las comisuras.

—Soy Brant MacCain —dijo el joven. Su cabello rojo dorado brillaba bajo la luz de las velas—. El padre de vuestro esposo es mi tío. He estado bajo su tutela estos últimos años aprendiendo el negocio del transporte marítimo. Si tenéis alguna pregunta sobre él, no tenéis más que preguntar.

—Lo recordaré. —Rona ocultó una sonrisa.

Pedr lanzó a Brant una mirada de advertencia. Haldor le dio a Brant un manotazo en la oreja, pero con buen humor.

—¡Ay! Solo intento ayudar. —La voz disgustada de Brant llegó a los oídos de Rona, y contuvo la risa mientras Pedr la guiaba hacia la mesa principal.

Murdo trotó a su lado, tan altivo como si estuviera a cargo de todo el banquete. Un perro perezoso se acercó, con las orejas casi arrastrando por el suelo mientras bajaba la cabeza para olfatear al pequeño *terrier*. Seguro de que era tan grande como el esbelto sabueso, Murdo ladró imperiosamente y dio dos saltos hacia el perro con las patas tiesas. Con un ladrido de sorpresa, el sabueso salió corriendo de la sala con la cola entre las patas.

Tras una sacudida de cabeza, Rona desestimó las travesuras del *terrier* y tomó asiento. Su corazón se hinchó al darse cuenta de que Pedr había organizado un festín improvisado para los MacNeill, como nunca antes se había visto en su vida. Un banquete sencillo y sin pretensiones, pero abundante para todos, incluyendo más de la mermelada que habían saqueado del *Puthaid*. Trozos de verdor, bayas rojas y conchas blancas adornaban la mesa principal, recordándole a Rona que Yule estaba a solo unos días.

La gente reía y charlaba mientras comían a su antojo. Incluso Oran, cuyas reservas se habían suavizado con un poco de ale y los clamores por relatos de la negra MacNeill, parecía disfrutar del festín. Las orejas de Rona ardían mientras él relataba el robo del *Puthaid*, pero Pedr parecía divertido por la historia. Negó con la cabeza más de una vez durante la narración. Tanto Brant como Haldor le dieron codazos a Sten, exigiendo una explicación, pero él solo sonrió y negó con la cabeza.

Dos músicos con gaitas y otro que decía tener algo de conocimiento con el violín empezaron a calentar en una esquina de la sala. Las gaitas evocaban el sonido suave del viento sobre las piedras, algo bastante apropiado para un clan que vivía en lo alto de una roca casi desierta. El violín, sin embargo, compensaba su falta de afinación con fervor y volumen, y, por desgracia, con un repertorio bastante extenso de canciones memorizadas. El instrumento chirrió con entusiasmo mientras las gaitas luchaban por dominar la melodía. Rona se mordió el labio para contener una sonrisa cuando vio a Pedr entrecerrar los ojos, sin duda por el dolor. Los MacNeill rugían las letras de las canciones marineras, completamente ajenos a lo mucho que se desviaban del tono.

Finalmente, el violinista pidió un descanso, y un muchacho con una voz que aún no había terminado de cambiar se plantó ante la mesa de Rona y Pedr y comenzó a cantar:

Of every kinne tre,
Of every kinne tre,
The hawthorn bloweth sweetest,
Of every kinne tre.
My lemman she shal be,
My lemman she shal be,
The fairest of every kinne,
My lemman she shal be.

(De todos los árboles, el espino más dulce florece. De todos los árboles, ella todo mi amor merece).

El recuerdo de sus besos anteriores hizo que una calidez se extendiera por Rona, recordándole que pronto sería su amante. Le lanzó una mirada a Pedr, preguntándose si él tenía

los mismos pensamientos. Él sonrió, luego empujó su silla hacia atrás y levantó una jarra muy deslustrada que contenía un *whisky* claro y joven.

—Por mi hermosa esposa. Bebed conmigo y sellad el pacto de nuestro matrimonio. —Sujeto a un asa en cada mano -ofreciendo así confianza en medio de un clan al que solo estaría ligado a través de este matrimonio, y mostrando que no portaba armas en sus manos-levantó la copa de plata.

—Por mi marido. —Rona se levantó y aceptó la jarra, colocando ambas manos en las asas en su propio gesto de fe. Sin dudarlo, sorbió un buen trago del *whisky* sin añejar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no titubeó, a pesar de que los vapores llenaban su nariz y garganta y el *whisky* ardía a medida que bajaba hasta su estómago. Pedr aceptó la jarra de vuelta, vaciando la copa de todo lo que ella había dejado. Sus ojos también se llenaron de lágrimas, pero su tío y primos le dieron palmadas en la espalda en señal de simpatía masculina. Por otro lado, su tía Revna, la esposa del tío Oran, puso los ojos en blanco, con una sonrisa tolerante en los labios.

—Que haya paz entre vuestros lazos, y amor que eche raíces y crezca a lo largo de los años —aseguró, dándole una palmadita en la mano a Rona—. Vuestra madre lo habría deseado así.

Las palabras llegaron a Rona. Tragó saliva y parpadeó para contener las lágrimas. Su madre no habría querido que se convirtiera en pirata, ni que su padre la entregara en matrimonio a un hombre que apenas conocía. Pero, creía que su madre, al final, habría aprobado la unión. La paz entre ella y Pedr sería suficiente, ya que no tenía expectativas de amor.

—Gracias, tía Revna —respondió.

La música resonaba de los violines y las gaitas, y las mesas fueron empujadas a un lado para despejar la sala y permitir el baile. Pedr se unió, riendo mientras sus pies buscaban el paso correcto. Brant y Haldor también se unieron a la diversión, mientras que Sten observaba desde el otro lado de una jarra de *whisky*. Finalmente, respirando con dificultad, pero riendo mientras recuperaba el aliento, Pedr le agarró la mano y la sacó del bullicio.

—Venid conmigo —dijo, tirando de ella para darle un rápido beso. Luego bordeó la sala y la llevó fuera de la puerta. Siguiendo el ejemplo de su marido, Rona ignoró las llamadas de despedida -y las sugerencias improbables… ¿no lo eran?- de los demás en la sala. El aire fresco le cortó la respiración, pero aún sentía calor por el esfuerzo, y lo siguió mientras se alejaban del castillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó, alargando el paso para seguir su ritmo.

Unos minutos después, se encontraban en el puerto, donde el *Banríon Laoch* se mecía suavemente con el oleaje. El aguanieve de la tormenta anterior había sido despejado, pero las partes metálicas del aparejo, cubiertas de escarcha, brillaban a la luz de la luna, y la madera relucía con un destello plateado.

—Os prometí el vaivén de las olas bajo vuestra cama. Ahora, y siempre.

Rona miró el barco, cuyo alto mástil se alzaba como una mancha contra el cielo nocturno. Una brisa repentina la hizo estremecerse, y apretó los dientes para evitar que castañetearan.

—Venid. Os calentaré en un santiamén.

Rona captó su sonrisa encantadora, incluso a la luz de la luna, y algo inexplicable hizo que sus piernas temblaran mientras una nueva calidez florecía en su interior. Ser fría junto a su nuevo marido *no* parecía que fuera a ser un problema.

Los guardias les dedicaron asentimientos respetuosos mientras pasaban, y sonrisas pícaras cuando pensaban que Rona no les veía. Un momento de vergüenza rápidamente se desvaneció, sustituido por una ráfaga de anticipación. Sus pies resonaban suavemente sobre las tablas. Ella alzó el cuello, inspeccionando el barco, atrapada su mirada por lo que parecía ser una gigantesca

ballesta montada en la popa.

—¿Qué es eso?

—No sabía que cortejar a mi esposa incluiría explicar una balista. Aunque no puedo decir que me decepcione. —Pedr captó su mirada y rio. Le lanzó una mirada de advertencia, suavizada con una sonrisa, pero cambió su paso y la condujo hacia el arma—. ¿Queréis la historia, una explicación breve, o tal vez una demostración de su poder?

Rona parpadeó. Por muy fascinante que le resultara el arma enorme, la voz de Pedr apartó su curiosidad, recordándole la razón por la que habían subido al barco tan tarde en la noche. En respuesta, acortó la pequeña distancia entre ellos y se puso de puntillas. Su beso no alcanzó sus labios, no por falta de ganas, sino por falta de altura. Pedr rápidamente compensó la diferencia. Sus brazos la rodearon por la cintura, atrayéndola con fuerza hacia él. Rona deslizó los dedos por su cabello, acercando su cabeza, sus labios aún más firmemente a los suyos. El beso se profundizó, su lengua buscando la de ella mientras invadía su boca. Su respiración se acortaba mientras su corazón se aceleraba.

—Os haría el amor aquí, bajo las estrellas y con el aire del mar a nuestro alrededor, si no fuera por el bendito frío. —Pedr se apartó lentamente, apoyando su mejilla contra la parte superior de su cabeza—. Tal vez en otra ocasión. —Sonrió.

—¿Quizás este barco tiene un camarote de capitán donde podríamos encontrar un lugar fuera del viento y un poco de privacidad?

—Por supuesto que sí. Aunque no echaremos a Haldor de su cámara. El *Banríon Laoch* cuenta con dos camarotes así, y me aseguré de que Brant sacara sus pertenencias antes de que bajara a tierra. —La condujo a la cubierta principal, donde finas líneas de luz enmarcaban una robusta puerta de madera. Abrió la puerta, y una oleada de luz de lámpara se derramó sobre las tablas.

El calor la envolvió al entrar en la pequeña pero bien equipada cámara. Pedr cerró rápidamente la puerta, desterrando el aire invernal. Colocó el pestillo de madera para asegurar que no hubiera interrupciones. Una oleada de pánico surgió, pero Rona la contuvo.

—¿Os estáis arrepintiendo?

—No. No he visto nada en vos que me haga pensar que no sois un hombre honorable. —Su pregunta la sorprendió. No pensaba que fuese tan transparente. Enseguida, arqueó una ceja—. Astuto, quizás, pero no tengo razón para temeros ni a vos ni a nuestro lecho nupcial.

Las arrugas en la frente del novio se suavizaron y la tomó en sus brazos una vez más. Sus manos frotaban suavemente arriba y abajo por sus brazos, erizándole la piel. Sus pechos se hincharon bajo su vestido cuando los pulgares de Pedr rozaron sus pezones, y ella se arqueó contra él con un gemido. Su boca cubrió la de ella con hambre, mientras sus dedos desataban hábilmente los cordones de su vestido, que se deslizó fácilmente por su cabeza. Su fina camisola rápidamente siguió el mismo destino, y Rona se sentó en el borde del amplio lecho para quitarse las medias y los zapatos. Su atención se desvió rápidamente cuando Pedr desató su cinturón y dejó caer sus pantalones en un charco en el suelo. Sus botas se unieron a la creciente pila de ropa, y Rona arrojó sus medias sobre el enredo de lana y lino. Pedr se levantó la túnica sobre la cabeza y lanzó la tela azul oscura hacia las sombras. Los ojos de Rona se agrandaron, su propia desnudez olvidada mientras recorría con la mirada al hombre ante ella. Su altura y el poder musculoso de sus brazos y piernas podrían haberla hecho dudar, pero las líneas duras de su cuerpo, doradas por la luz de la lámpara, suplicaban su toque. Era más de lo que había imaginado. Entonces, su mirada se desvió.

—No he mirado realmente… —Se mordió el labio antes de decir algo imprudente. Como, lo mucho que la visión de su cuerpo fuerte convertía el suyo en un manojo de anticipación. O cuánto deseaba tocarlo, recorrer con sus manos la perfección robusta que él le presentaba. O, quizás, saborearlo. Tantas opciones, y, sin embargo, hizo poco más que morderse el labio con indecisión. No, mucho mejor quedarse mirando que dar voz a las tonterías que pasaban por su cabeza. ¿Qué pensaría él de ella si supiera lo que realmente deseaba?

—No me importa que miréis, muchacha —murmuró, el tono bajo de su voz cortándole la respiración—, pero preferiría que vinierais y me tocarais.

Todas sus buenas intenciones desaparecieron, y Rona se lanzó a sus brazos.

Capítulo 10

Las nubes colgaban bajas en el cielo invernal. Las velas crujían con fuerza en el viento mientras aguardaban la orden de Pedr para partir. Rona estaba de pie en el muelle, escuchando atentamente las palabras apresuradas de Oran. Dos de sus primos cargaban un baúl con su ropa y efectos personales a bordo, y Murdo -tras dar vueltas felizmente durante unos momentos al verla- correteó detrás de ellos.

—No esperaba volver a casa y encontraros casada, muchacha. —Sacudió la cabeza—. Ni que os fuerais antes de Yule. —Lanzó una mirada a Pedr, que esperaba con sus hombres a unos pasos de distancia—. Parece un buen muchacho, quizás un poco joven, pero seguro de sí mismo y de buen temperamento. Todos saben que los MacLean son un clan poderoso. De todos modos, enviaréis noticias si necesitáis algo de mí.

—No me preocupa Pedr. Está demostrando ser un buen hombre. Su familia puede ser otro asunto —confesó.

—¿No estáis segura de si aceptarán a una pirata en la familia?

—Oh, tienen piratas de sobra —respondió con un gesto de la cabeza—. No son como nosotros, tío. Costará acostumbrarse.

—Os irá bien. No tengo duda de que ganaréis sus corazones fácilmente. —Lanzó una mirada a Pedr, que parecía haberse interesado en los muchachos que colocaban el baúl de Rona dentro del camarote. Bajando la voz, volvió a dirigirse a Rona—. Quería contaros de mi conversación con MacDonnell. Compró el barco con gusto, y estaba complacido de tenerlo. Pagó más de lo que esperaba. —Levantó una pequeña bolsa de cuero y se la deslizó en la mano extendida de Rona.

—¿Plata? Tío, es más de lo que esperaba. Podéis mantener al clan alimentado este invierno y el siguiente con lo suficiente para ayudar a sembrar en primavera. Quizás más ovejas. —Parpadeó sorprendida por el peso. Tiró del cordón para abrirla y miró dentro, luego se la devolvió.

—Si. Los ojos d MacDonnell brillaron con pura avaricia cuando vio el barco. —Oran guardó la bolsa fuera de la vista bajo su capa.

—¿Creéis que sabe que es un barco MacLean?

—Oh, claro que sí, muchacha. Y creo que cuenta con que MacLean venga a por él.

Pedr dio la orden de zarpar después de que Oran y sus hijos se despidieran, dejando a Brant y Haldor para que molestaran a Sten sobre la verdad de la antigua identidad de Rona como la negra MacNeill, mientras él se unía a su esposa en la barandilla. Sacudió la cabeza, todavía un poco sorprendido al pensar que ahora era un hombre casado. Y más que un poco desconcertado de que su esposa había sido recientemente conocida como la negra MacNeill. Y que, además, había robado su barco.

—Llegaremos a Islay en unas pocas horas. ¿Creéis que Aonghus Og nos estará esperando?

El viento invernal soltó un mechón de cabello dorado de la trenza de Rona y trajo color a sus mejillas.

—Si. Al menos, probablemente espera que vayáis en busca del *Puthaid*. Eso le ahorrará el viaje.

—Oh, si sabe que el *Puthaid* es un barco MacLean, no dudará en restregarnos que ahora es

suyo. No se planteará ser noble y devolverlo.

—Los MacNeill están un poco aislados, pero hasta yo sé que los MacLean y los MacDonnell no son aliados. —Un pequeño resoplido escapó de Rona.

—Es un milagro que vendáis barcos a Aonghus. Es un conocido partidario del rey Eduardo.

—Hay rumores de que simpatiza con un hombre llamado Roberto I, que fue guardián de Escocia hasta que sus disputas con Comyn se le fueron de las manos. Es un terreno resbaladizo el que pisa Aonghus Og. La verdad es que puede permitirse pagar por los barcos, mientras que muchos otros no pueden. Cuando sois pobre, puede que encontréis que la codicia mutua os conviene más que la moralidad política. —Rona asintió lentamente.

—Una vez que MacDonnell sepa que os casasteis con un MacLean, los MacNeill ya no podrán contar con su apoyo.

—Creo que he elegido el mejor camino. —Le dio un leve empujón en el brazo—. Mis días de robar barcos han terminado.

—¿Sois una mujer reformada? Me gusta la mujer que fuisteis anoche, en mis brazos. No os reforméis demasiado. —Pedr sonrió.

—Yo también disfruté descubriendo un poco sobre vos. ¿Continuaremos nuestros estudios esta noche? —Un profundo rubor se extendió por las mejillas de Rona, superando la caricia del viento.

—Si. Eso suena como la mejor oferta que he recibido en muchos días.

—Solo os conozco desde hace un par de días —sonrió la joven novia.

La abrazó con fuerza contra su costado, disfrutando de la sensación de su cuerpo contra el suyo, distraído pensando en si podrían escaparse durante una hora o dos antes de llegar a Islay y a la sede del poder de Aonghus Og MacDonnell.

—Llegaremos a Islay en Port Askaig, desembarcaremos y haremos el viaje por tierra hasta el Lago Finlaggan. Sin duda, seremos interceptados en el puerto y escoltados a Eilean Mor. —Tan tentadora como era la idea, la descartó a regañadientes.

—Los MacDonnell tienen todo un asentamiento en el lago. Nunca he estado allí, pero mi tío Oran sí… para vender los barcos.

—Es bien sabido que tienen una gran influencia y riqueza en las islas. Estaremos firmemente dentro de las fortificaciones y el poderío de los MacDonnell.

—¿Os preocupa eso?

—Me preocupa más tener los fondos para recuperar mi barco. Aonghus Og no lo soltará por una miseria. —Pedr inclinó la cabeza, luego levantó un hombro.

—No. No lo hará.

—¿Cuánto pagó el MacDonnell por el barco? —Permanecieron en la barandilla unos momentos. Pedr disfrutaba del aire salado y del enfrentamiento que se avecinaba.

—No conté la plata, pero fue una suma considerable.

—Mmm. Debe anticipar recuperar esa cantidad pidiéndonos un rescate exorbitante por el navío.

—Esa sería mi suposición. El coste de un barco es alto. ¿Tenéis una suma así con vos para negociar? —Rona se inclinó más cerca.

—Oh, no os preocupéis. Escuchemos primero lo que tiene que decir. —A Pedr le gustó que su voz no mostrara rastro de disculpa.

El *Banríon Laoch* atracó en Port Askaig, rodeado de *birlinns* y robustos barcos pesqueros. Sin embargo, el *Puthaid* no estaba entre ellos. Como Pedr esperaba, se le permitió desembarcar con tres soldados. Rona y Sten se unieron a él después de cierta discusión. No estaba contento de

llevar a Rona al corazón del bastión de los MacDonnell, pero no había manera de detenerla.

—Puedo ayudaros, Pedr. Sabéis que es verdad. —Brant observó el proceso con aire descontento.

—Os necesito a bordo del barco —dijo Pedr con firmeza—. Es de mayor importancia que vos y Haldor estéis aquí, protegiendo el barco, en lugar de añadir otra espada donde no se permitirá. —Le ofreció a Brant una sonrisa comprensiva—. Es probable que necesitemos vuestros talentos aquí.

Tras ceder en la discusión, Brant permaneció a bordo del *Banríon Laoch*, con un ojo vigilante sobre aquellos que compartían el puerto. A continuación, Pedr, Rona y los otros MacLean se sentaron con cautela en un carro tirado por ponis de pelaje áspero y fueron escoltados por el camino bien transitado hacia el interior. Menos de una hora de viaje les llevó hasta el Lago Finlaggan, resguardado en la base de unas colinas, con dos *crannogs* -islas hechas por el hombre- asentadas en las plácidas aguas de color gris-azul. Pedr saltó del carro cuando este se detuvo cerca del borde del lago y ayudó a Rona a bajar para continuar su viaje a pie. Pasó junto a una gran piedra erguida y miró hacia el valle en el mismo corazón del dominio de los MacDonnell. El tojo espinoso bordeaba el lago, con sus hojas perennes cubiertas por una ligera capa de nieve. El aliento de Pedr permaneció blanco en el aire un momento antes de desvanecerse. Avanzando con cuidado alrededor de los arbustos espinosos, él y Rona cruzaron un puente de piedra que se extendía desde la orilla hasta la mayor de las dos islas, conocida como Eilean Mor. Luego pasaron por las fortificaciones de madera en el extremo norte del crannog, que rodeaban lo que parecían ser áreas de cultivo en barbecho por la temporada. Poca gente se encontraba fuera en el frío, a solo dos días de Yule, y observaron tanto a Pedr como a sus hombres con leve desconfianza antes de volver a sus quehaceres.

—Es afortunado que el comercio marítimo de los MacLean no necesite viajar al sur de Islay. Hay una larga historia de guerreros nórdicos y gaélicos merodeando por estas aguas. El Lago Indaal, en la costa sur, es el puerto perfecto, pero de poco uso para cualquiera que no se alinee con los MacDonnell y su calaña. —Sten se acercó a Pedr y a Rona.

—Es probable que el *Puthaid* esté anclado allí —dijo Rona—. Está bien protegido una vez que se rodea la punta de Laggan. La vi una vez, no hace muchos meses.

Pedr le dedicó una sonrisa placentera, sabiendo que había estado allí para vender un barco inglés robado. Ella se encogió de hombros, con un destello de travesura en los ojos.

—Creo que tenéis razón —respondió Sten—. No habría tenido la oportunidad de llevar el barco a otro lugar, especialmente porque, me atrevo a decir, no nos esperaba tan pronto.

Se detuvieron cuando los MacDonnell frenaron la procesión en la última puerta antes de continuar hacia una gran fortaleza de piedra que dominaba el paisaje.

—Antes de que os unierais a padre -cuando erais un pirata- vuestros barcos navegaban desde la bahía de Kiloran en Colonsay, ¿verdad? —Pedr miró a su tío.

—Sí. Una de las islas reclamadas por Aonghus Og. Durante un tiempo, el rey Alejandro no pudo hacer nada con los nórdicos, y nos dejó en paz. —Sten se frotó la barbilla. Sus ojos brillaron bajo sus espesas cejas—. Buscaba venganza contra aquellos que destruyeron mi aldea y mataron a mi familia… lo cual parecía convenirle al MacDonnell, ya que no hizo nada con respecto a nuestra piratería, salvo recordar de vez en cuando exigir un diezmo. Cuando madre me encontró en Colonsay, finalmente me convenció de cambiar de vida.

—Aonghus Og tiene un largo alcance —dijo Pedr. En cuanto a Rona, levantó las cejas, pero no dijo nada.

—Padre disputa ocasionalmente la propiedad de la península de Ardnamurchan con él.

—Los hijos de Somerled reclaman gran parte de las islas y las costas occidentales.

—Tienen un asentamiento considerable aquí. Se necesitaría una fuerza inmensa para expulsarlos. Sería sencillo mantener o destruir el puente, y, sin una flota de *birlinns* para navegar el lago, su enemigo no podría hacer mucho más que quedarse en la orilla y agitar los puños. —Pedr hizo un gesto con la barbilla hacia los edificios de piedra y madera en el crannog.

—Mientras sus barcos estén en puertos demasiado lejanos para ser de ayuda. —Sten asintió en señal de acuerdo.

Les concedieron la entrada al gran salón, donde un fuego ardía en la chimenea y la gente se movía de un lado a otro. Algunos se relajaban en sillas cerca del fuego. Un hombre corpulento, con los ojos brillando bajo unas cejas espesas de color castaño, hizo un gesto para que Pedr, Rona y Sten se acercaran.

—Bienvenidos a Finlaggan. Parece que mi mensajero merece ser elogiado. Lo envié ayer por la tarde y ya MacLean ha enviado gente para reclamar su barco, aunque no esperaba que fuese una mujer. —Se levantó e inclinó la cabeza hacia Rona.

—*Lady* Rona es mi esposa. —Pedr apretó los dientes, pero logró esbozar una media sonrisa. Enseguida, tomó un control más firme sobre su temperamento—. Parece que vuestra reputación os precede, mi señor, pues salí de Morvern mucho antes de la llegada de vuestro mensajero. Esperaba no encontrar un barco de MacLean en manos de los MacDonnell, pero… —Su sonrisa se endureció.

—Espero que tengáis la autoridad para hacer una oferta por el barco. —Aonghus Og recorrió a Pedr con la mirada de arriba a abajo, despachando a Sten con solo una mirada superficial.

—Soy, por desgracia, solo su hijo menor —respondió Pedr, perfectamente consciente que el hombre sabía quién era—. Pero tengo suficiente autoridad para ofreceros lo que pagasteis a la negra MacNeill por el barco. La piratería no es bien vista en algunos lugares.

—No tengo nada que ver con la piratería. Somos un clan pacífico. —MacDonnell se encogió de hombros de manera expansiva, con una expresión de inocencia en su rostro.

«Y dominái estas aguas con mano de hierro». Pedr no tenía ilusiones sobre el poder y la fuerza del jefe de los MacDonnell.

—Estamos a punto de disfrutar de nuestra comida del mediodía. Por favor, sentaos con nosotros. —Ninguno habló durante un largo rato, luego el MacDonnell hizo un gesto hacia las mesas cercanas.

Pedr vaciló, ansioso por recuperar el barco y regresar a casa. Rechazar la oferta, sin embargo, no era posible sin causar ofensa. Si se sentaban a la mesa de los MacDonnell, ¿no estarían lo suficientemente seguros?

Capítulo 11

El *whisky* era excelente, con un toque de aire salado del mar, justo como Pedr esperaba de un licor destilado cerca de la costa. El banquete había sido abundante y bien presentado, sin escatimar en gastos. Se recostó en su silla mientras la sala se despejaba y le dirigió a su anfitrión una sonrisa educada.

—Os agradezco vuestra hospitalidad. El frío hace que mi estómago ruja.

—No ha sido nada. Las celebraciones de Yule comenzarán en dos días. El festín y la bebida durarán hasta altas horas de la noche. —Aonghus Og hizo un gesto con la mano. Seguidamente, soltó una carcajada—. Probablemente varias noches. Tendremos malabaristas, música y competiciones para entretenernos. Ya se han reunido los nobles con sus familias y sirvientes, artesanos y clérigos en las orillas de Finlaggan. —Se levantó—. Vamos. Tenemos asuntos que atender. —Guiándolos al otro lado del salón, Aonghus Og cerró su pesado manto de lana y les esperó en la puerta—. Nos retiraremos a Consejo Insular, donde deberíamos encontrar un poco de privacidad.

Pedr, Rona, Sten y sus soldados cruzaron el camino elevado entre las dos islas y entraron en el pequeño edificio de piedra donde se celebraban los consejos. Un fuego había sido encendido recientemente, pero la habitación continuaba fría, y Pedr notó el escalofrío de su esposa. Sin decir una palabra, se quitó su capa y la colocó sobre los hombros de ella.

El jefe de los MacDonnell se sentó en una silla ornamentada en la cabecera de la gran mesa. No invitó a Pedr ni a sus acompañantes a sentarse. Los guardaespaldas armados de los MacDonnell se alineaban en la cámara. En esta sala, donde asuntos de gran peso eran decididos por un consejo de poderosos jefes, Pedr sintió cómo las paredes se cerraban a su alrededor. No debería haber permitido que Rona viniera.

—Tengo una cifra para vos por la devolución de vuestro barco. —Aonghus Og mencionó una suma exorbitante.

—Si tuviera tal suma conmigo, mi barco se hundiría bajo las olas por el peso —replicó Pedr con sequedad y se alegró de estar agarrado al respaldo de la silla frente a él, pues sus rodillas temblaban—. Podría señalar que mandar construir un nuevo barco nos costaría mucho menos.

—¿Y podría recordaros que yo seguiría en posesión del *Puthaid*? Oh, cambiarle el nombre al *Pèileag* no me impidió notar las líneas típicas de un barco MacLean. No puedo decidir si prefiero quedarme con el nuevo nombre o alardear del antiguo. —Alzó las cejas—. Admito que siempre he querido un barco MacLean. Aunque estoy dispuesto a vendéroslo de nuevo.

—¡Por un precio desorbitado! —se burló Rona.

Pedr colocó su mano suavemente sobre la de su esposa y la apretó levemente. Estaba de acuerdo, pero no les beneficiaría comenzar una discusión acalorada en una sala llena de hombres armados.

—Un precio que no llevo en mi bodega. Estoy dispuesto a ofrecer la suma que pagasteis al pirata MacNeill y tal vez un poco más por las molestias que esto os ha causado. El precio que habéis citado es demasiado alto. —Sin mirar a Rona, respondió al MacDonnell.

—Creo que vuestro padre lo pagará.

—No lo hará. —Pedr negó con la cabeza.

—Lo pagará para rescatar el barco… y a su hijo. —Los ojos de Aonghus Og se

entrecerraron y se inclinó hacia adelante.

—¡Vos…! —Rona se tensó. Una vez más, Pedr le apretó la mano. Ella le respondió con otro apretón, luchando por mantener su indignación bajo control. Si él tenía un plan, no quería arruinarlo.

—¡Guardias!

A la orden del jefe MacDonnell, los soldados los rodearon, el sonido de las espadas deslizándose de las vainas resonó en el aire. Los hombres de Pedr lo miraron, con las manos en las empuñaduras de sus espadas, claramente superados en número. Un bajo gruñido surgió del pecho de Sten.

—¿Romperíais las reglas de la hospitalidad? —Los ojos de Pedr brillaron con una advertencia.

—Simplemente cumplo con un acuerdo comercial. Garantía por un precio no pagado.

El pecho de Pedr subía y bajaba con respiraciones profundas y controladas, y Rona sabía lo frágil que era su autocontrol, y que su presencia era probablemente lo único que le impedía lanzarse a una pelea. Enseguida, los soldados de MacDonnell se acercaron, indicándoles que se movieran hacia una puerta en la esquina más alejada de la sala. Ella no podía moverse. No caminaría hacia esa puerta y hacia un encarcelamiento seguro.

—Desmayaos —susurró Pedr en su oído. De forma instantánea, la joven le dirigió una mirada sorprendida, su pregunta cortada por la fiereza de su orden y el brillo salvaje en sus ojos. Sin decir una palabra, se desplomó en el suelo.

—¡Rona!

Pedr la atrapó un instante antes de que su cabeza golpeara las tablas de madera. En silencio, con los ojos cerrados, respirando lo más superficialmente que pudo, Rona se mantuvo inerte en sus brazos.

—Debéis dejarla ir. Vuestra disputa es conmigo.

No hubo respuesta del jefe MacDonnell.

—Concededle un pasaje seguro de regreso a nuestro barco —exigió Pedr—. Permitid que lleve un mensaje a mi padre.

Rona se removió con un leve gemido, indicándole a Pedr que no estaba de acuerdo con su plan. Pero no discutiría con él. No todavía.

—Está bien, *mo leannan*. No os preocupéis. —Pedr le dio unas palmaditas en la mejilla.

«¿Mi amor?» Sorprendida, casi no escuchó las siguientes palabras de Aonghus Og.

—Enviaré a tres de mis hombres con ella. Ellos autenticarán lo que diga, o negarán cualquier mentira.

Rona obligó a su grito de rabia a convertirse en un pequeño sobresalto de resurrección. Con un movimiento de protesta, se removió en los brazos de Pedr. Sus oscuros ojos se clavaron en los suyos, obligándola a entender su papel. Entonces, ella suspiró como gesto de aceptación.

—¿Podéis levantaros? —preguntó Pedr con la mayor solicitud posible. Ante su asentimiento, la levantó suavemente hasta ponerla de pie—. *Mo chridhe*, el jefe MacDonnell ha decidido ahorraros las indignidades del encarcelamiento y ha ofrecido enviaros a casa con una oferta para mi liberación y la de nuestros hombres. ¿Necesitáis descansar antes de viajar?

¡La estaba tomando por frágil llamándola *su corazón*? ¿Qué estaba tramando? Si Aonghus Og pensaba que ella era capaz de causar problemas, ¿retiraría su oferta y la mantendría donde supiera que no podría desbaratar sus planes? Su nuevo esposo parecía ser tan astuto como fuerte. El jefe de los MacDonnell aprendería de su error de la manera más difícil, incluso si era lo último que ella hiciera.

—Creo que puedo irme ahora —respondió con voz insegura. Pedr la condujo a una silla, luego acercó otra y se sentó a su lado, con sus manos en las de ella y la mejilla cerca de la suya. Rona elevó la voz lo suficiente para que el MacDonnell la escuchara—. ¿Tiene el jefe una oferta redactada que pueda llevar conmigo? Debemos ser claros en su intención, y temo… —levantó una mano hacia su mejilla—, temo que no podría recordarlo todo.

El MacDonnell ladró una orden a un soldado cercano. Este regresó varios minutos después con un pergamino y un tintero. Pronto, el único sonido en la sala fue el raspar de la pluma.

—No os demoréis —ordenó Pedr en voz baja—. Haldor y Brant os llevarán a casa y harán las presentaciones adecuadas. Mi padre se encargará de todo. —Rozó su mejilla con los labios—. No os preocupéis, *mo chridhe*. Todo estará bien.

El pánico se apoderó de su pecho. Tal vez *no* todo saldría bien. Ella lo sabía tan bien como él, y se estremeció al pensar que su tiempo juntos pudiera terminar tan abruptamente. Tragó ante esa posibilidad y logró esbozar una débil sonrisa, sorprendida por el enorme tirón en su corazón.

—Confío en vos, *elskan mín*. Esto terminará bien para nosotros. —Apoyó su rostro contra su cuello—. Lo juro.

Rona aguantó hasta que ella y los hombres de MacDonnell estuvieron a bordo del barco, rechazando las preguntas de Haldor con un gesto de la cabeza mientras Brant fruncía el ceño desde un puesto en el timón.

—Debemos dirigirnos a Morvern con un mensaje del jefe MacDonnell —dijo Ron—, a *Vigiladlos* —le murmuró a Haldor, tras dar la espalda a los hombres de MacDonnell.

La expresión de Haldor revelaba un abanico de palabras y emociones, pero ordenó desplegar las velas y se alejaron del muelle, dirigiéndose hacia el norte, al estrecho de Islay. Mantener su frágil fachada fue difícil, pero si el capitán del barco la obedecía sin cuestionar, podría incitar a los hombres de MacDonnell a bajar la guardia. Debió de funcionar, porque cuando alcanzaron las aguas abiertas más allá de Islay y Jura, Rona dejó caer su disfraz y ordenó que desarmaran a los hombres y los pusieran en cadenas, para su gran sorpresa.

—Aonghus Og nos ha traicionado. —La ira temblaba en sus palabras mientras relataba los hechos a Haldor y Brant—. No negociará con nosotros y ha encarcelado a Pedr, Sten y a los demás, esperando obtener un rescate del barón MacLean que Pedr no pudo concederle en moneda justa. Dad la vuelta al barco.

—¿No íbamos a navegar hacia Morvern con un mensaje para el barón? —Haldor soltó una maldición. En cuanto a Brant, le lanzó una mirada sorprendida.

—Volveréis a Port Askaig, pero permaneced fuera de la vista de los hombres de MacDonnell. Tengo la intención de unirme a vosotros allí.

—¿Y vos?

—Dejadme en tierra lo más cerca posible del Lago Gruinart, en la costa occidental. Es un poco de viaje a pie, pero puedo llegar a Black Rock en el Lago Indaal antes del anochecer.

—¿Qué planeáis hacer en Black Rock? Solo os permitirán regresar a Finlaggan bajo custodia.

—No volveré a Finlaggan. —Sonrió *lady* Rona, arrugando los ojos por la expectativa—. ¿No acordamos que lo más probable es que el *Puthaid* esté atracado en el Lago Indaal?

—No me gusta nada. A Pedr no le gustará. Ni a Sten. Es peligroso. —Haldor sacudió la cabeza.

—Por supuesto que es peligroso. Por eso mismo no se lo esperarán. —Se dirigió con paso firme hacia el camarote del capitán—. Ya robé el *Puthaid* una vez. No debería ser difícil hacerlo de nuevo.

—¡Absolutamente no! —rugió Haldor cuando ella cerró la puerta de un portazo. Aún estaba furioso cuando, unos minutos después, ella abrió la puerta tras cambiarse el vestido por sus pantalones negros, túnica y capa.

Con la boca abierta, él la miró fijamente. Brant cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño como si tuviera intención de opinar sobre lo que Rona intentaba hacer.

—¿Habéis dado la vuelta al barco? —Inclinó la cabeza, levantando las cejas en señal de pregunta.

—No os permitiré hacer esto. Es una locura pensar que podéis robar un barco del puerto de MacDonnell. —Los labios de Haldor se apretaron en una mueca.

—No tenéis voz ni voto sobre lo que puedo o no puedo hacer —señaló ella—. Vos respondéis a mí.

—¡Yo respondo a Pedr MacLean! —gritó Haldor.

—El cual no está aquí. —Ella sostuvo la mirada de Haldor con firmeza.

—No podéis hacerlo sola.

—Llevaré a cuatro hombres. Más solo me estorbarían.

—De acuerdo. —Un músculo saltó en la mandíbula de Haldor.

—Iré con vos. —Brant se colocó frente a ella. Sus ojos oscuros brillaban en su juvenil rostro. Rona dudó por un momento, cuestionando su capacidad para seguir sus órdenes. Finalmente, asintió. A continuación, Haldor dio la orden de poner rumbo al sur, siguiendo la costa occidental de Islay. Se volvió hacia Rona, con una mezcla de incredulidad y respeto en el rostro.

—Por Dios, sois la mismísima *negra MacNeill*.

Capítulo 12

A Rona le tomó más tiempo del que esperaba completar el recorrido desde la cabecera del Lago Gruinart hasta la amplia playa en el extremo norte del Lago Indaal. Los hombres que la acompañaban se mantenían a su ritmo con facilidad, sin que el frío viento pareciera molestarles en lo más mínimo, aunque la piel pálida de Brant se enrojecía intensamente bajo el embate del clima. Formas anónimas en sus oscuras capas, caminaban a su lado con un paso enérgico que delataba sus años en el mar.

—¿Tenéis un plan? —preguntó Brant.

Rona asintió brevemente, sin malgastar aliento en una respuesta.

—¿Lo compartiríais? —insistió el joven.

La joven pirata le lanzó una mirada severa en respuesta y recibió una mueca como respuesta -aunque silenciosa- a cambio. Rona suspiró. Al menos los otros tres no veían la necesidad de charlar. Se detuvo a poca distancia del lago, agachándose detrás de una gran roca para evaluar la actividad en la orilla. Los hombres se acuclillaron a ambos lados.

—Ahí está el *Puthaid* —murmuró, señalando un barco amarrado al muelle en su extremo más alejado.

—Si —coincidió Brant—. Reconozco sus líneas. Es una belleza. —Seguidamente, cada uno estudió la orilla.

—No parece haber mucha actividad… —comentó uno de ellos.

—Aunque no es raro en esta época del año —respondió otro.

—No hay mucha necesidad de que la flota pesquera salga…

—Y la mayoría están en tierra preparándose para…

—Yule.

Rona sacudió la cabeza, ligeramente mareada por las palabras que los hombres intercambiaban entre ellos.

—Cuento con que muchos de los guardias se unan a las festividades. —Tomó nota de la cabaña con humo saliendo del techo de paja y de los cinco hombres acurrucados alrededor de un pequeño fuego en la playa. El humo colgaba bajo en el cielo, anunciando una tormenta inminente, pero, para alivio de Rona, las nubes aún no parecían listas para soltar su carga. El mal tiempo era un problema para enfrentar más tarde. Después de que robaran el *Puthaid*.

—Hay un bote varado justo a este lado de ese gran *birlinn*. Es probable que sea un bote auxiliar de los barcos más grandes. Lo utilizaremos para rodear los barcos y acercarnos al *Puthaid*, usando el *birlinn* como cobertura. Yo subiré a bordo y me encargaré del timón. Brant vendrá conmigo. —Se dio la vuelta y se sentó, abarcando con la mirada a los cuatro hombres a su lado. Brant la miró, sorprendido.

—Los demás liberarán las amarras en el muelle —continuó *lady* Rona—, y luego prepararán el *Puthaid* para remolcarla a través del lago hasta que lleguemos a aguas abiertas. Las nubes de tormenta deberían ayudar a cubrir la luna y ocultarnos, la mayor parte del tiempo. —Echó un vistazo por encima del hombro. Gracias al cielo, el *Puthaid* era demasiado grande para vararlo como las galeras y los *nyvaigs*. Con o sin nubes de tormenta, habrían llamado demasiado la atención al intentar empujar el barco al lago. Instantes después, los hombres asintieron, aceptando su plan.

—¿Y si encontramos a alguien a bordo? —preguntó Brant.

—Esperemos que no haya nadie. —Ella dejó caer la mano sobre una de las dagas de mango largo que Haldor le había dado—. Sin embargo, si es necesario, nos encargaremos de ellos. —Se colocó el pañuelo negro sobre la cabeza. A continuación, los hombres la miraron fijamente—. ¿Qué?

—¡Maldita sea, si sois la mismísima negra MacNeill! —Brant soltó una suave risa.

Una vez más, encajada en el hueco entre la popa y el timón, Rona se abrió camino por la popa del *Puthaid*. Las dagas le proporcionaban un buen agarre, aunque sus dedos se le acalambraban por el frío amargo y perdió la sujeción de los mangos envueltos en cuero en dos ocasiones. Moviéndose con cuidado, avanzó lentamente hacia arriba hasta que alcanzó la barandilla y subió a bordo. Acto seguido, se agachó en la sombra de la barandilla, escuchando el inconfundible sonido de botas pisando la cubierta o el bajo murmullo de voces. El *Puthaid* crujía mientras se mecía sobre las olas lánguidas cerca de la orilla, pero por lo demás permanecía tan silenciosa como un barco fantasma. Finalmente, satisfecha de saber que era la única alma a bordo, Rona se levantó y aseguró la escalera de cuerda a los postes de la barandilla con una vuelta redonda y dos medios nudos. Brant subió a bordo con agilidad y de inmediato se puso a revisar la cabina y la cubierta inferior.

Parecieron pasar horas antes de que escuchara el sordo chapoteo de los remos mientras los otros MacLean se deslizaban en el bote de remos y la cuerda en la popa se tensaba. Lentamente, el *Puthaid* empezó a alejarse del muelle. Las llamas de la hoguera en la playa se hicieron más pequeñas con cada brazada de los remos, y el promontorio de Laggan se alzaba cerca en la creciente oscuridad. Las olas crecían, crestadas de blanco, y la vela enrollada del barco golpeaba contra el único mástil en respuesta al desafío del viento. Posteriormente, el leve chapoteo de los remos cesó. El *Puthaid* se deslizó más allá del bote de remos y los tres hombres subieron la escalera para unirse a Rona y Brant.

—¿Somos piratas ahora? —preguntó uno con una sonrisa.

Rona lo silenció con un gesto hacia el mástil. El viento atrapó la vela con un chasquido mientras él desplegaba la tela de lana, y Rona miró por encima del hombro, sabiendo que estaban demasiado lejos para ser escuchados fácilmente. El movimiento en la orilla hizo que su corazón se acelerara. Un grito le robó el aliento.

—Izad la vela, muchachos, y no os preocupéis por el ruido. Nos han descubierto.

* * *

Pedr contuvo su lengua y controló su ira tanto como pudo, dándole tiempo a Rona para escapar. Aonghus Og los dejó a él y a sus hombres a merced de los soldados de los MacDonnell, y fueron conducidos a una cabaña de piedra justo más allá del edificio del consejo, que contaba con una pequeña sala principal y una cámara aún más pequeña con un gran candado de metal en el pestillo. La furia creció dentro de él, y Pedr pateó la puerta una vez que se cerró tras ellos, pero no sirvió de nada para aliviar su enfado.

—¡Bastardo! Será una batalla sangrienta cuando padre descubra la traición de los MacDonnell.

—¿Alguna posibilidad de que el padre de Brant pueda influir en los MacDonnell? Los MacCain tienen una sólida alianza con los noruegos.

—Dudo que padre se tome el tiempo de enviarle un mensaje al tío James. —Pedr negó con la cabeza—. Nuestra mejor esperanza es que Rona y Brant puedan evitar una guerra abierta.

—Vuestro padre haría mejor en pagar el rescate y vengarse en otro lugar —dijo Sten—.

Este no es un lugar que pueda conquistar fácilmente, y el jefe de los MacDonnell lo sabe.

—¿Cuándo visteis que mi padre retroceda ante un desafío? Esto tiene que ver con el honor, no con quién ganará.

—Puede que vuestra madre sea capaz de persuadirle a moderarse —respondió Sten, aunque su voz no tenía mucha esperanza. Birk MacLean era un hombre que no hacía nada a medias.

—Hay demasiadas formas de salir de la isla. El Lago Indaal no está tan lejos, ni tampoco el Lago Guinart. Ambos se adentran profundamente en Islay. Vuestro padre tendría que traer suficientes barcos para bloquear todos los puertos y, aun así, probablemente haya otros que no conozco.

—Mierda. —Pedr se pasó la mano por el cabello—. Debo detenerle, y debo darle a Rona tiempo para escapar.

—Puedo pensar en un centenar de lugares en los que preferiría estar. —Sten miró alrededor de la cámara, con las manos en las caderas. La habitación se fue oscureciendo a medida que pasaba el tiempo. Mientras tanto, Pedr apretaba y relajaba su puño.

—Ha pasado suficiente tiempo, ¿no estáis de acuerdo, tío?

—Mis viejos huesos no aprecian el frío. Decidme, sobrino. ¿Cuál es vuestro plan? —Sten soltó un suspiro y se levantó del suelo con un gemido.

—Ya hemos usado el truco del desmayo, y Aonghus Og no se preocuparía demasiado si os da un ataque al corazón. Tengo un poco más de valor para él, aunque quién sabe cuánto. No, creo que lo que necesitamos aquí es una pelea en toda regla. —Pedr observó a su tío, aunque preocupado, era consciente que sería mejor no ofrecerle la mano para ayudarle a levantarse. Acto seguido, se dirigió a uno de sus soldados—. Alan, llamad a los guardias… y haz que suene desesperado.

Con una buena dosis de dramatismo, Alan dio la alarma. Se escucharon gritos desde la otra habitación. Alan golpeó la puerta y, de pronto, una llave giró en la cerradura. Por su parte, Pedr echó hacia atrás el puño y conectó un fuerte golpe en la mandíbula de su tío justo cuando la puerta se abría. Sten retrocedió, cayendo en los brazos de los otros dos soldados MacLean. Recuperó el equilibrio y se lamió la sangre del rincón de la boca.

—*¡Fífl! Megi tröllin taka þig* —gruñó Sten, y sus ojos destellaron con el espíritu de batalla un instante antes de que una sonrisa sombría se dibujara en su barba.

A Pedr le costó mantener los puños en alto y no sucumbir a la risa. Se merecía ser llamado tonto por golpear a su tío, pero el posterior deseo de Sten de que los *trolls* se lo llevaran casi lo dobló de risa. El rápido puñetazo de Sten puso fin abruptamente al humor de Pedr. El dolor floreció en su pómulo, el golpe fue tan fuerte que le hizo girar la cabeza hacia un lado. En ese momento, cuatro soldados MacDonnell irrumpieron en la habitación, gritando para que los hombres cesaran de luchar. Pedr rebotó hacia atrás, ligero de pies, con las rodillas flexionadas. Hizo un gesto con un puño.

—¡Tyr!

Actuando según el grito de guerra nórdico, Sten dio un paso hacia Pedr y luego giró inmediatamente. Espalda contra espalda, él y Pedr se lanzaron contra los MacDonnell, y los MacLean no tardaron en someter a sus captores. Los MacLean despojaron a los ahora inconscientes hombres de sus espadas, y Pedr se apresuró a meter un puñal en su cinturón antes de unirse a los demás al atravesar el portal abierto. Se tocó un punto sobre su ojo derecho y descubrió un corte que no recordaba haber recibido. Ignorando la herida, se detuvo con su tío en la puerta de la cabaña.

—Será difícil desandar nuestros pasos por los pasos elevados. —Sten echó un vistazo a los

alrededores y luego miró a Pedr—. ¿Os han dado un golpe, no?

—No es nada. —Pedr se tocó ligeramente el corte.

—Eso debería evitar que os caiga sangre en los ojos. —Sten gruñó y rasgó una tira de la parte inferior de su túnica, envolviéndola alrededor de la cabeza de Pedr.

—Gracias. Mi madre lo hará como es debido más tarde. Busquemos un bote en la orilla. No creo que podamos salir de esta isla por donde vinimos.

Con las festividades atrayendo a todos los clanes de las Islas a Eilean Mor, Pedr y sus hombres pronto encontraron un coracle sin vigilancia, con su armazón redondo hecho de ramitas y cubierto de pieles de animales, lo suficientemente grande para todos ellos. Se empujaron al agua y llegaron a la costa noroeste justo cuando el sol se hundía en el horizonte. A lo lejos, se escuchaban gritos.

—¿Creéis que nos han visto? —preguntó Alan.

—No. Han encontrado a los guardias que dejamos tirados en el suelo —contestó Sten—. Manteneos agachados y alejaos del camino principal. Si logramos llegar a la costa norte, tal vez podamos encontrar otro bote para cruzar a Jura.

—No es mucho lo que hay que nadar, si la marea está baja —señaló Pedr.

—Nadar el estrecho sería mi última opción —dijo Sten con reproche.

—Ni es mi elección en pleno invierno —coincidió Pedr—, pero tampoco lo es volver con los MacDonnell.

Capítulo 13

La emoción recorría a Rona, superando el miedo a ser capturada. Su corazón cantaba de estar tan viva, en el mar, con un desafío tan cerca.

Una galera elegante rozó su fondo poco profundo contra la playa arenosa, su popa subiendo y bajando al llegar al agua del lago.

—¡A toda vela! —gritó. Manejando el timón a través del agua, encontró la corriente. El viento llenó la vela, haciendo que el *Puthaid* se lanzara fuera de las tranquilas aguas del Lago Indaal y hacia las olas agitadas por la tormenta en mar abierto.

Los remos de la galera rechinaban contra los toletes, alertando a Rona, un sonido casi oculto por el aleteo de las velas y el chapoteo de las olas contra el casco del *Puthaid*. Echó un vistazo por encima del hombro y vio la galera deslizarse por la superficie del lago, al tiempo que los remos cortando el agua limpiamente, aumentando su velocidad. De pronto, una gran ola golpeó el casco de estribor del *Puthaid*, forzando al barco hacia el oeste y empapando a la tripulación con un chorro de agua helada del mar. Rona navegó la ola rodante con la facilidad de la práctica de años, dejando que el navío luchara por abrirse camino.

—¿Navegaremos hacia Morvern? —preguntó Brant, alzando la voz para ser oído sobre el creciente aullido del viento.

—No. Hemos de encontrarnos con Haldor cerca de Port Askaig. Desde allí, consideraremos cómo rescatar a los demás.

—Bien. No me apetece huir de estos piratas —aceptó y la miró de forma elogiosa—. Con el debido respeto.

—¡No queráis regresar a Morvern sin el hijo del barón! —Rona rio.

—No estaba seguro de que me cayerais bien, *lady* Rona, aunque sólo era porque habíais robado un barco MacLean y habíais ganado mucho con ello. —Brant sonrió mientras un chorro de agua salada empapaba la cubierta y luego volvía a sumergirse en las profundidades.

—¿Y ahora?

—Sois exactamente la esposa que Pedr necesita.

—¿Por qué?

—¡Porque robasteis un barco MacLean! —Brant rio, y Rona reconoció la misma pasión desenfrenada que ella sentía. Hizo una breve reverencia y luego se situó junto a ella, listo para tomar el timón cuando se cansara—. La galera nos alcanzará antes de que rodeemos la punta suroeste. Dadme el timón para que podáis regresar más tarde mientras nos defendemos de los MacDonnell.

Con los brazos agotados por luchar contra el mar embravecido, Rona le cedió el control del timón. En ese instante, un grito desde la cubierta inferior llamó su atención y se levantó de un salto. Dos hombres subieron rápidamente la escalera y se acercaron.

—¡Hemos encontrado cal viva!

Con los pies firmemente plantados contra el vaivén de la cubierta y el cabello pegado a sus cabezas por el rocío del mar, los hombres parecían satisfechos consigo mismos. Cortaron el cordel que ataba las pieles engrasadas y las apartaron de cuatro pequeñas jarras de barro, cada una del tamaño de una hogaza de pan. Las urnas estaban bien selladas contra el clima, pero los hombres manejaban el contenido con sumo cuidado.

Rona frunció el ceño. Tenían poco más que unos cuantos hachas y dagas a bordo, mientras que los marineros de los MacDonnell probablemente tenían espadas, lo que les daba la ventaja. La cal viva podría ser el arma que necesitaban. Era una táctica cruel y no le agradaba la idea de utilizarla.

Había tiempo. Mientras no los condujera hasta Haldor y su barco, tal vez podrían usar la tormenta a su favor y escapar de la ágil galera. El primer objetivo de Rona era alejarse lo máximo posible del Lago Indaal. Quizás la galera se retiraría una vez alcanzadas las olas embravecidas de mar abierto. Aprovechando al máximo el viento y las olas, el *Puthaid* se adelantaba a la tormenta, con la galera en persecución y ganando terreno rápidamente. El corazón de Rona latía acelerado entre la emoción y el temor. Contrariamente a lo que esperaba, la galera no se retiró al llegar al mar abierto. Tenaz, la embarcación saltaba entre las olas, cada una acercándola más al *Puthaid*.

—Siguen ganando terreno, a pesar de la tormenta y las olas —señaló Brant.

—No podemos llevarlos hasta el *Banríon Laoch* —respondió Rona—. Y no podemos permitir que se den la vuelta y avisen a otros de la dirección que hemos tomado. —Abarcó a cada hombre con su mirada—. Nuestros costados son demasiado altos para que aborden fácilmente, y el mayor calado nos hace más estables, incluso en la tormenta. Nuestra única opción es llevarlos mar adentro.

—O bien se volcarán o se darán la vuelta y regresarán. —Los hombres intercambiaron miradas.

—Creo que me gusta esto de la piratería. —Brant sonrió.

Un relámpago partió el cielo. El *Puthaid* se inclinó contra una fuerte ola. Rona tropezó contra la borda, golpeándose dolorosamente el hombro. Otro hombre relevó a Brant en el timón, luchando contra las olas que los empujaban hacia tierra. La galera aprovechó un cambio repentino en el viento que dejó al *Puthaid* momentáneamente a la deriva y remó hacia el oeste, acercándose como un perro pastor tras una oveja rebelde. Un fuerte tirón en el timón les impidió acercarse demasiado a la costa, pero también permitió que la galera se acercara lo suficiente como para que Rona contara a ocho hombres decididos en los remos. Las probabilidades acababan de empeorar.

Los esfuerzos de los remeros se duplicaron a medida que se acercaban al *Puthaid*. Dos de los hombres se levantaron, sacando sus remos del agua. El *Puthaid* atravesó otra ola y luego se sumergió en el seno de otra, colocándolos casi al mismo nivel que la galera más pequeña. Un garfio de hierro de tres puntas describió un arco por el cielo, arrastrando una cuerda y golpeó la cubierta. Astillas de madera volaron por el aire. Con un grito ronco, Brant agarró un hacha de un gancho en la borda y, con un rápido golpe, cortó la cuerda por la mitad. Liberada, la cuerda se deslizó por el costado. Otro garfio, que quedó corto, golpeó el costado del *Puthaid* con un golpe sordo.

—¡Están intentando abordarnos! —gritó el hombre al timón.

—¿Podéis lanzar una vasija desde aquí? —Rona alzó la voz por encima del viento.

—Oh, claro que sí. Será como lanzar manzanas desde un árbol a mis primos. —Brant dejó a un lado su hacha y luego dio un paso adelante, levantando la pequeña vasija de barro en una mano. Enseguida, guiño un ojo hacia Rona—. No, como si alguna vez hubiera hecho tal cosa. —Se acercó a la borda con una palabra para el hombre en el timón—. Mantenedla firme, Blane. —Echándose hacia atrás, dio dos pasos rápidos hacia adelante y lanzó la urna hacia la galera. De pronto, una ola levantó la proa de la galera y la vasija golpeó el bauprés. Esta se rompió, esparciendo polvo blanco en el aire y sobre el mar. Al instante, le pasaron otra. Brant dio un paso

atrás y levantó la vasija junto a su hombro. De nuevo, dio un paso adelante y, usando el impulso de su movimiento, lanzó el recipiente de barro por encima del agua. Esta vez, cayó de lleno en la cubierta de la galera. Gritos de sorpresa y dolor llenaron el aire cuando la cal viva se mezcló con la lluvia y la bruma marina, quemando piel, ropa y ojos. Rona observó con fascinación y horror mientras varios hombres se lanzaban por la borda en un intento de librarse de la cal viva. Los que quedaban se golpeaban los brazos, inclinando sus rostros hacia arriba para ser lavados por la lluvia torrencial. Con un grito lastimero, un hombre se arrancó la túnica por encima de la cabeza y luego siguió a sus compañeros en las aguas heladas.

—No lo lograrán. —Rona observó la distancia entre la galera y la costa y el golpeo de las olas contra la orilla rocosa. La culpa la desgarró. Su forma de actuar no era la muerte. La negra MacNeill no mataba a quienes se cruzaban en su camino. Sin embargo, sus acciones habían acabado con estos hombres. El único MacDonnell que quedaba a bordo no podría pilotar la galera por sí solo y acabaría estrellándose contra las rocas con el desafortunado barco.

—Conocéis sus intenciones —le recordó Brant—. Llevaban espadas al cinto y no habrían dado cuartel por robar el *Puthaid*. El precio por dejaros escapar también habría sido probablemente su muerte.

Rona miró al mar, buscando alguna señal de que los hombres habían llegado a la orilla. Las olas no los devolvieron, y, finalmente, se dio la vuelta cuando la galera se rompió con un gemido de madera torturada sobre las rocas.

—Vamos —ordenó, con el corazón encogido, incluso sabiendo que había hecho lo necesario.

El *Puthaid* obedeció la orden en su timón y se lanzó de nuevo hacia mar abierto.

* * *

Pedr jadeaba mientras se agachaba detrás de una gran roca, no lejos de los muelles. El frío de la tormenta invernal que se avecinaba se colaba en sus huesos, aunque había estado lo suficientemente abrigado por el esfuerzo de solo unos momentos antes. El corte en su cabeza escocía.

El camino hacia el puerto había estado en su mayoría desierto, aunque un grupo de quizás diez o más hombres había cabalgado hacia el norte con prisa casi media hora antes. A lo lejos, se veían antorchas balanceándose desde ganchos mientras el viento azotaba la costa.

—No hay barco que nos lleve esta noche. Los hombres de MacDonnell se habrán encargado de eso, incluso si la tormenta no hubiese cerrado el puerto. —Sten se acuclilló junto a Pedr y miró al cielo—. Deberíamos buscar refugio y ver qué se puede hacer cuando pase lo peor del temporal.

—No me gusta quedarme aquí más tiempo. No esperarán que crucemos el estrecho con este tiempo. La sorpresa está de nuestro lado. —Pedr negó con la cabeza.

—Yo tampoco esperaría que intentáramos un cruce esta noche. Es una jugada desesperada, y probablemente una que no sobreviviríamos. No, hay una iglesia que pasamos hace unos minutos donde encontraremos refugio —resopló Sten.

Pedr consideró el consejo de su tío. Estaban todos mojados y con frío, y aunque el estrecho no era ancho, las olas frenéticas acabarían rápidamente con una coracle como la que habían usado para cruzar el lago, y ningún barco capaz de transportarlos lo haría. Estaban atrapados, al menos por un tiempo, y una iglesia era tan buen lugar como cualquier otro para buscar refugio. Después de experimentar la traicionera hospitalidad de Aonghus Og, dudaba que incluso un terreno sagrado les ofreciera mucha protección.

—Si. Solo hasta que la tormenta amaine. Viajaremos en cuanto sea posible.

Sten se levantó e hizo una señal a los demás para que lo siguieran. Se dirigieron tierra adentro y encontraron una pequeña iglesia no muy lejos. La luz de la luna, intermitente, revelaba paredes cubiertas de musgo y líquenes, y el techo de paja en triste necesidad de reparación. Un extremo del edificio había sido desmantelado, posiblemente para utilizar las piedras en la construcción de una iglesia más grande que estaba en construcción a poca distancia. No obstante, el alivio de estar fuera del viento y a salvo de la lluvia helada fue inmediato, y aquellos que no estaban de guardia se envolvieron en sus faldas mojados y se durmieron al instante.

—¿Creéis que ha llegado al barco, tío?

—Si. Fue una jugada brillante convencer a Aonghus Og de que tiene una disposición delicada y que no es una amenaza para él, y una gran suerte que hubiera enviado a su tío a vender los barcos para que no la reconociera. Habrá llegado al barco, donde se puede confiar en que Haldor zarpe hacia Morvern y busque ayuda. Aunque no podemos esperar evitar la batalla, será un alivio contar con el apoyo del barón.

La confianza de Sten no tranquilizó a Pedr. Acababa de entregar a su esposa al jefe MacDonnell, esperando que cumpliera su palabra y la enviara a Morvern. Si no la retenían prisionera en Finlaggan y lograba entregar su mensaje -sin importar las alianzas con la familia de Brant- su padre descendería sobre Islay, no con un rescate en mano, sino con la ira de Dios en toda su magnitud.

Pedr se apartó del marco de la puerta y caminó a lo largo de la nave hacia lo que debió de ser el altar, cuidando de no tropezar en la penumbra. Una gran piedra, bastante plana, reposaba inclinada sobre una plataforma de madera. Aún intranquilo, Pedr pasó la punta de sus dedos por las marcas talladas en la parte superior y los lados de la piedra. Apenas eran discernibles a la vista, desgastadas por siglos de caricias similares. ¿Cuántos otros habrán buscado consuelo antes que él? Se sentó en el escalón poco profundo que elevaba el altar y colocó su rostro entre las manos.

«No puedo arriesgar la vida de mis hombres en esta tormenta, pero evitar la captura se volverá más y más difícil cuanto más tiempo permanezcamos aquí. No es una isla grande, y Aonghus Og controla cada centímetro de ella».

El suelo era poco más que sombras en la penumbra, pero un relámpago a través de un hueco en la pared reveló algo cerca de su bota. Curioso, apartó la tierra y otros escombros hasta que sus dedos tocaron un objeto redondo, no más grande en diámetro que una moneda de plata. Alzándolo, examinó el pequeño círculo de oro. Reconociéndolo como un anillo, descubrió que tenía una piedra oscura incrustada. El anillo en sí estaba cubierto de algún tipo de diseño que no pudo discernir más que al tacto. Sintiéndose algo mejor por la distracción, deslizó el anillo dentro de la bolsa de su cinturón y se dispuso a esperar el final de la tormenta.

El tío de Pedr lo sacudió para despertarlo. A través del extremo abierto de la capilla, Pedr vio nubes oscuras corriendo por el cielo, perseguidas por la menguante luz de la luna. Pero fue un alivio notar que la lluvia había cesado y que no había relámpagos que rompieran la noche.

—Falta solo una hora más o menos para el amanecer —dijo Sten—. La tormenta ha amainado, y tal vez los MacDonnell esperen hasta el primer rayo de luz para reanudar la búsqueda. Seamos rápidos.

El resto de los MacLean ya estaban despiertos, haciendo preparativos para su marcha. En unos minutos estaban listos y se deslizaron hacia el exterior, aferrándose a las sombras restantes mientras regresaban a los muelles.

—¿Cómo conseguiremos un barco que nos lleve? —refunfuñó Sten—. Todos han sido

advertidos en nuestra contra, y somos demasiado pocos para robar un barco.

—¿Dónde está un buen pirata cuando se le necesita? —bromeó Pedr, sintiéndose inexplicablemente mejor tras un par de horas de sueño. Una leve risa de los demás recompensó su pregunta.

—Viajaremos hacia el norte y buscaremos un barco pesquero que haya sobrevivido a la tormenta —añadió—. El estrecho se abre no muy lejos de aquí. Es un lugar probable para encontrar uno.

Se abrieron camino hacia el norte y el oeste, siguiendo senderos por las colinas -sin avistar ningún barco pesquero- hasta que llegaron a una pequeña cala, cuyo puerto estaba protegido del este.

—Perdimos de vista Jura hace un tiempo —indicó Sten—. Temo que el viaje a través del estrecho desde aquí será más peligroso.

—¡Mirad! —Sten señaló un objeto oscuro en el puerto tras sujetar el brazo de Pedr.

—No puede ser. —Pedr sacudió la cabeza y luego volvió a mirar. Se quedó mirando por unos instantes. Entrecerró los ojos.

—¡Es el *Banríon Laoch*!

Capítulo 14

—¿Por qué estaría anclada aquí? —Sten agarró a Pedr por el hombro.

Pedr entendía la cautela de su tío. No había vivido como pirata durante más de cuatro décadas sin aprender a ser precavido. Pero era difícil resistir la urgencia de correr colina abajo hacia el barco. ¿Por qué el *Banríon Laoch* seguía aquí en Islay, pero no en Port Askaig? ¿Quién estaba al mando de la nave, y dónde estaba Rona?

—No lo sé, tío. Tal vez deberíamos averiguarlo.

Sten soltó su agarre y descendieron rápidamente la pendiente, resbalando y deslizándose en el barro. Al llegar al barco, Pedr se acercó solo, con sus hombres desplegados detrás de él.

—¡Ah del barco!

—¡Bienvenido al *Banríon Laoch, sir* Pedr! —se escuchó la voz familiar de Haldor—. Subid a bordo.

Pedr subió a bordo, seguido por los demás. De inmediato les ofrecieron mantas y tazas de ale caliente, prueba de que la guardia de Haldor los había visto mientras bajaban la colina.

—¿Dónde está mi esposa?

Para alivio de Pedr, Haldor no pareció sorprendido -lo que significaba que ella había llegado y no había sido retenida por Aonghus Og como prisionera- pero una expresión de preocupación cruzó el rostro de su primo, lo cual no auguraba nada bueno.

—Exigió que la dejásemos en la cabecera del Lago Guinart.

Pedr esperó a oír el resto, pero estaba claro que tendría que sacar las respuestas de Haldor una por una. Se detuvo, dándose un momento para eliminar el desagrado de su voz.

—¿Y por qué querría mi esposa hacer un recorrido por el Lago Guinart cuando se le había ordenado navegar hacia Morvern?

—Está cerca del Lago Indaal.

Pedr abrió la boca para la siguiente pregunta, pero se dio cuenta de que ya sabía la respuesta. Había ido al Lago Indaal para robar el *Puthaid*.

—¡Mierda! —Apretó los puños, consciente de que su corazón martilleaba en su pecho como el martillo de un herrero—. ¿Y no hicisteis nada para detenerla?

—No creí que encerrarla en la cabina funcionara por mucho tiempo. Y aunque sea pirata, encadenar a vuestra nueva esposa en la bodega no me parecía adecuado. —Haldor extendió las manos.

La mirada fulminante de Pedr pasó de la expresión de arrepentimiento en el rostro de Haldor al amago de sonrisa en los labios de Sten. Una furia intensa brotó dentro de él al darse cuenta de que no había desposado a una muchacha dócil. Sin embargo, si alguien podía robar el *Puthaid* por segunda vez, esa era Rona.

—Brant y tres más fueron con ella.

El enojo de Pedr se disipó en un resoplido, sintiéndose culpable por no haber pensado en su primo.

—Estaba vestida como la negra MacNeill —agregó Haldor.

—Maldita sea, apuesto a que le quedaba genial. —Pedr sacudió la cabeza y sonrió, su ira finalmente derrotada por la imagen—. ¡Poned este barco en marcha! ¡Tenemos que atrapar a una pirata! —gritó, sin esperar una respuesta.

Rona miró por encima de la barandilla, más cansada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. La tormenta los había dejado a todos empapados y exhaustos, subrayando la sabiduría de evitar tormentas en las Islas. Incluso su tripulación, normalmente resistente, había dejado de bromear hacía horas, aunque cada uno había logrado dormir brevemente durante la noche una vez que la tormenta había terminado. Ella, sin embargo, no había podido dormir a pesar de que insistieron en que descansara. La sensación de ser perseguida como presa era demasiado fuerte.

Una vez dejaron atrás la galera y rodearon el punto más al sur de Islay, se vieron obligados a buscar refugio en una pequeña bahía hasta que pasara lo peor de la tormenta. Aprovechando los fuertes vientos a favor, el *Puthaid* recuperó rápidamente el tiempo perdido, y al amanecer los encontró navegando por la costa occidental de Islay. Al acercarse a la desembocadura del Lago Guinart, divisó la silueta de un mástil contra el cielo gris perla. Ante su grito, Brant ordenó de inmediato recortar la vela y girar el barco hacia la costa, con la esperanza de encontrar una cala donde esconderse antes de ser avistados. A continuación, saltó hacia la barandilla, con la mano en la frente para protegerse los ojos de los primeros rayos del sol.

—Es el *Banríon Laoch* o abandono mi faja pirata hoy mismo.

—¡No sois una pirata, muchacho! —gritó otro—. Solo un pequeño ladrón.

—¡Callaos! Estoy navegando con la negra MacNeill. Eso me convierte en pirata. Nos convierte a todos en piratas.

—¿Estáis seguro de que es el *Banríon Laoch*? —Rona ignoró sus bromas, con el corazón en un puño.

—He navegado en ella estos últimos dos años —presumió Brant—, y puedo encontrarla entre un bosque de barcos, incluso borracho como un lord y volviendo de… ¡ay! ¿Por qué ha sido eso?

—Estáis hablando con *lady* MacLean —gruñó el otro hombre—, aunque sea una pirata. Cuidad vuestra lengua.

—Mis disculpas, mi señora. Habría estado volviendo de misa, lo juro por lo más sagrado. ¡Ay! ¿Qué? —Brant miró a Rona y su rostro se enrojeció.

—¿Borracho? ¿En misa? —El hombre mayor resopló.

Las mejillas de Brant se sonrojaron aún más. Por su parte, Rona rio, elevándose su ánimo aún más a medida que el otro barco se acercaba.

—¡Fondead!

—¡A la orden!

En pocos minutos, el *Banríon Laoch* se acercó. Rona se colocó sobre la barandilla, una mano apoyada en la jarcia. El viento liberaba mechones de cabello de su pañuelo negro, haciendo que revolotearan a su alrededor. Incluso a distancia, reconoció la figura de Pedr. Este se balanceaba con facilidad al ritmo del barco, con los pies bien separados y las manos entrelazadas detrás de su espalda.

—¡A la vista, el *Banríon Laoch*! —llamó Rona, llevándose la mano a los labios.

—¡A la vista, el *Puthaid*! —la respuesta llegó—. Preparaos para ser abordados.

Rona estaba exultante al ver a Pedr vivo y en buen estado, aparentemente sin sufrir secuelas de su encarcelamiento más allá de un pequeño corte sobre una ceja, que probablemente le dejaría una cicatriz y le daría un aspecto aún más temerario. Sonrió y le agarró los brazos, y luego, sorprendiéndolo, tiró de él para darle un firme beso. Se escucharon vítores. No solo habían escapado de las garras de los MacDonnell, sino que también tenían el *Puthaid* y el abrazo sincero de Rona reflejaba la alegría de todos a bordo. De pronto, una embriagadora mezcla de triunfo y

vergüenza la invadió. Pedr pasó su brazo por su cintura y la atrajo hacia su lado.

—¿Zarpamos rumbo a casa, *mo leannan*?

—Si. ¿Quién será el capitán del *Puthaid*?

—¿Quién más sino la negra MacNeill? —Pedr sonrió.

Pedr apoyó los hombros contra la pared de la cabina bajo el castillo de popa, con el rostro vuelto hacia la brisa. En cuanto a Rona, se relajó a su lado, y él encontró consuelo en el contacto casual de sus brazos y caderas.

El coracle que habían dejado a la deriva con los hombres de los MacDonnell desaparecía en la distancia.

—Oh, se me olvidaba —abrió la bolsa en su cinturón—, he encontrado algo que puede que os guste. —Sacó el anillo y lo sostuvo a la luz del sol—. Es mucho más bonito de lo que pensaba, aunque era de noche cuando lo encontré.

—Es precioso —dijo Rona—. ¿Dónde lo encontrasteis?

—En el suelo de la vieja iglesia, medio escondido en la tierra. Supongo que alguien lo dejó caer hace años. Parece muy antiguo.

—¿Puedo verlo? —Sten se apartó de la barandilla.

—¿Qué sabéis de él? —A punto de entregarle el anillo a Rona, Pedr le dedicó una rápida sonrisa de disculpa y lo dejó caer en la mano de su tío.

—Buen detalle. Es una filigrana de oro en el anillo, probablemente trabajada con alambre de oro y desgastada por el tiempo. Aunque la piedra… —Sten lo giró y pasó la yema de su dedo por el oro. Frunció los labios. Después de un momento de reflexión, se humedeció la yema del pulgar y acarició la superficie de la piedra. Esta resplandeció de un rojo profundo.

—Oh, está astillada —señaló Rona.

—No. Está grabada. —La sostuvo, señalando la piedra—. El granate tiene un pequeño caballo grabado en él. Mirad de cerca.

—¡El caballo tiene cola de pez! —exclamó Rona.

—Es porque esto es un amuleto romano. Los romanos tienen una criatura mítica llamada hipocampo… o caballo de agua. —Sten sonrió.

—No he visto algo así. —Rona se maravilló.

—Si recuerdo bien mis lecciones de historia, el Hipocampo era el caballo de Poseidón, dios de los mares —intervino Pedr. Aceptó el anillo de su tío y se lo entregó a Rona—. Os va muy bien.

—Gracias, Pedr. —Sus ojos brillaban, se deslizó el anillo en el dedo y levantó la mano, girándola para que la piedra de un rojo oscuro captara la luz—. Me gustaría aprender más sobre Poseidón, el hipocampo, y… oh, ¡todo!

—*Mo chridhe*, me alegra compartir mi mundo con vos. Viajaremos lejos y lo descubriremos juntos.

—¡Tierra a la vista!

Aunque habían estado navegando a la vista de islas y del continente escocés durante horas, Pedr sabía que habían avistado la entrada al Lago Aline, y que Morvern, la sede del barón MacLean -y el hogar de Pedr- estaba justo adelante.

—Estamos casi en casa, Rona. Y justo a tiempo para Yule.

Capítulo 15

Pedr levantó la vista cuando Alejandro irrumpió entre la multitud que abarrotaba el muelle, gritando su nombre. Su hermano gemelo saltó a bordo del *Puthaid*, le agarró del brazo y le dio un fuerte golpe en el hombro, con una sonrisa de emoción en su rostro.

—¡Maldito granuja! Hemos estado preocupados, lleváis demasiado tiempo fuera. —Inclinó la cabeza—. Padre no para de parlotear sobre cómo os perdisteis dos veladas con las muchachas Beath y Macilvera. Esperaba que anunciarais vuestro compromiso esta noche al final de las celebraciones de Yule. Aunque, debo decir, estará encantado de ver el *Puthaid* de vuelta. —Miró al barco y luego a su hermano, con una amplia sonrisa en la cara—. ¡Cabrón astuto! ¡De verdad lo conseguisteis!

—He traído a casa algo más que un barco, hermano. He traído a mi esposa. —Pedr devolvió el golpe fraternal, haciendo que Alejandro se tambaleara hacia un lado. La sorpresa en el rostro de Alejandro le dio a Pedr la reacción que esperaba. Se le cayó la mandíbula, con las manos inútiles a los lados.

—¿Qué hicisteis?

—Venid. Tengo una historia que contaros. —Pedr condujo a Alejandro a un lado y le hizo un gesto hacia donde Rona estaba hablando con Sten y Brant, solo a unos pasos de distancia. La luz del sol brillaba sobre su cabeza, formando un halo alrededor de su cabello dorado. Ella aún vestía su túnica y pantalones negros, y su capa de piel de foca colgaba de sus hombros. Los bigotes blancos de Murdo asomaban por debajo del dobladillo. Lucía deliciosamente peligrosa.

—¿Quién es ella? —preguntó Alejandro.

—Mi esposa. —Pedr alzó la voz—. ¡Rona!

La joven levantó la mirada. Sus ojos se abrieron de par en par al pasar la vista de él a Alejandro y luego de vuelta. Dos veces. Murmuró algo a Sten y Brant, quienes rieron, y luego cruzó las tablas hasta donde Pedr y su hermano estaban parados. El orgullo hinchó el corazón de Pedr. La gracia de Rona venía de las cubiertas rodantes de un barco, con movimientos sueltos y libres. Sus mejillas estaban sonrosadas por el sol y el viento, y pequeñas arrugas se extendían desde las comisuras exteriores de sus ojos, fruto del humor y de largas horas entornando los ojos contra el sol. Vestida con su atuendo de pirata, era impresionante, y Pedr estaba inmensamente complacido de que fuera suya.

—¿Hay dos de vosotros? —Rona se inclinó para murmurarle al oído. Su mirada se deslizó hacia Alejandro.

—*Mo chridhe*, ¿me permitís presentaros a mi hermano, Alejandro MacLean? —Pedr se rio entre dientes.

—Encantada de conoceros, *sir* Alejandro —respondió ella con una sonrisa. Murdo ladró en señal de advertencia cuando Alejandro dio un paso hacia adelante con cautela.

—Buen perro… ¿es uno de los nuestros?

—Es del *Puthaid*. Le he llamado Murdo —contestó Rona.

—Alejandro, mi esposa, *lady* Rona MacNeill, ahora una MacLean. —Se regodeó mientras su hermano buscaba las palabras.

—El placer es mío, *milady*. Estoy deseando escuchar vuestras aventuras de los últimos días, y sobre vuestra boda, a la cual madre y la abuela no fueron invitadas.

Era el turno de Alejandro para regodearse, pues Pedr sabía que su rostro se había sonrojado ante el recordatorio directo de su hermano. Aunque estaba seguro de que ambas mujeres adorarían a Rona, su omisión probablemente le costaría una reprimenda mordaz.

—Yo sí asistí —se jactó Brant, sonriendo ante la mirada incrédula de Alejandro mientras se acercaba—. Y no vais a creerlo…

—Como podéis ver —interrumpió Pedr, desviando el tema de futuros problemas—, he seguido las órdenes de padre al pie de la letra.

—Va a requerir algo de ingenio convencerle de eso. Ha estado de un humor de perros, refunfuñando por vuestra ausencia, aunque su preocupación era evidente. —Alejandro se rio y miró a Rona, con una expresión de asombro dibujándose en las comisuras de su boca—. Contadme, ¿cómo conociste a vuestra esposa?

—Fue por el robo del *Puthaid* —explicó Pedr—. El jefe MacNeill juró que sabía cómo encontrar el barco y compartiría su información… si Rona y yo nos casábamos.

—Debo decir que os llevasteis la mejor parte del trato. Siempre habéis tenido la suerte del diablo. ¿Recuperasteis el barco y encontrasteis a una hermosa esposa? —Alejandro inclinó la cabeza, dirigiendo su atención a la nueva *lady* MacLean—. ¿Qué os atrajo de mi hermano?

—La horca —respondió ella. Alejandro la miró fijamente. Por su parte, Brant soltó una risita.

Pedr se echó a reír. Ver a Alejandro sin palabras dos veces en un solo día -no, en apenas unos minutos- era en verdad un espectáculo.

—¿Él os amenazó con ahorcaros? —Alejandro frunció el ceño.

—Era una opción. —Rona se encogió de hombros, aunque una chispa traviesa brillaba en sus ojos grises. En ese instante, Alejandro lanzó una mirada horrorizada entre Brant y su gemelo.

—Quedé encantado con *lady* Rona desde el momento en que la conocí, y no podía dejar que se me escapase. Ella no estaba muy dispuesta a aceptar el matrimonio hasta que le señalé que, como mi esposa, estaría por encima de toda sospecha. —Pedr se apiadó de él.

—¿Sospecha de qué? —exigió Alejandro.

—De piratería.

—¿Sois la negra MacNeill? —Esta vez, la mirada de Alejandro descendió desde la cabeza de Rona hasta su atuendo negro, y sus ojos se agrandaron a medida que la realidad se hacía evidente.

—Si. O lo fui mientras me sirvió.

—¿Y cuál era ese propósito, si no os importa que pregunte?

—Alimentar a mi clan.

—Ha puesto las provisiones del barco en buen uso —dijo Pedr—. Los MacNeill pasarán un mejor invierno que en años anteriores, gracias a ella.

—Habéis estado fuera varios días. ¿Todo ese tiempo con los MacNeill? —Alejandro reflexionó sobre la información.

Pedr, Rona y Brant intercambiaron miradas. Habían decidido que dirían lo menos posible sobre la identidad de Rona como la negra MacNeill y sobre su desventura en Islay. Los rumores -por muy verdaderos que fueran- tendían a llegar a oídos equivocados.

—Esto debería esperar hasta que estemos a solas —opinó Pedr, con una mirada significativa hacia el bullicio a su alrededor.

—Tenéis un corte sobre la ceja —señaló Alejandro—. A padre no le va a gustar esto, ¿verdad?

—En absoluto. Pero al menos ahora será más fácil distinguirnos. —Pedr dio una palmada en

el hombro de su gemelo.

—No sé de qué está hablando, hermana —resopló Alejandro apartándose junto con Rona—. Claramente, siempre he sido el más guapo de los dos.

Rona se atrevió a esbozar una sonrisa a pesar del repentino temor que le provocaron las palabras de Pedr. «A solas». Se refería a una reunión en privado con su padre, el barón MacLean. Todo el mundo conocía al barón. Era un hombre enorme, de ascendencia nórdica, con un temperamento a la altura de su estatura. Observó la actitud relajada de Pedr y Alejandro. Incluso Brant no parecía preocupado por la próxima conversación. Seguramente, los rumores sobre el barón estaban exagerados. Sacudió la cabeza. No había esperado que Pedr y Alejandro se parecieran tanto. De hecho, vestidos de forma similar, le costaría diferenciarlos. Sin embargo, hoy Pedr lucía una barba de varios días, ropa manchada y rasgada, y una herida recién cicatrizada sobre su ojo, mientras que su hermano estaba bien afeitado y llevaba una capa bien confeccionada sobre una túnica teñida de un llamativo color azul. No era tan difícil distinguirlos, aunque sus similitudes eran notables. Rona no pudo evitar echar otra mirada evaluadora a los hermanos, que no se parecían en nada a su primo Brant. Ni a Sten ni a Haldor, para el caso.

Sus reflexiones se detuvieron en seco al considerar su propia vestimenta, recordando sus humildes orígenes y su comportamiento poco adecuado para una dama. ¿Vería su familia como inadecuada la elección de esposa para su hijo, el hijo de un barón? ¿Pensarían que se había casado con Pedr solo por riqueza y posición? Su capa de piel de foca era impermeable y cálida. Aunque parecía desgastada en comparación con la pesada capa de lana de Alejandro, tejida en un tartán de verde oscuro y negro. Su túnica negra y sus mallas le quedaban bien, y el cinturón de cuero grueso con la hebilla de plata labrada habría costado una fortuna, de no haberlo sacado de un cofre en uno de los barcos ingleses que había robado el año anterior. Pero no era ropa propia de una dama. ¿Qué pensarían de ella? Se sobresaltó con el suave tirón de Pedr en su mano.

—Sten y Haldor se encargarán del barco. ¿Vamos al castillo?

—Por mucho que me gustaría esconderme en un rincón y observar la reunión que se avecina, es poco probable que me echen de menos, y también tengo deberes a bordo del barco. —Brant saludó con una sonrisa jovial. Acto seguido, le dio un codazo a Alejandro—. ¿Nos encontramos para tomar un *whisky* antes de la cena?

Con el acuerdo de Alejandro, los tres desembarcaron y se alejaron de los muelles.

—Mandé traer caballos para vos cuando escuché que habíais llegado —le Alejandro informó a su hermano—. *Lady* Rona puede montar el mío.

—Montará conmigo —replicó Pedr.

Rona alzó la vista, inquieta. Nunca había estado tan cerca de un caballo, salvo aquellos en las caballerizas cerca de los muelles que solía frecuentar… que solía frecuentar en el pasado. No parecían seguros.

—Montad detrás de mí. —Pedr aceptó las riendas de un caballo alazán alto, cuyo pelaje brillaba al sol, y se subió al sillín mientras Alejandro lanzaba una moneda al muchacho que atendía a los caballos. Poco después, extendió la mano hacia Rona y sacó el pie izquierdo del estribo.

Ella miró su mano y luego al alto caballo. ¿Cómo demonios subiría a lomos de esa bestia de largas patas?

—Caith es un caballero —dijo Pedr en un tono suave que denotaba que había notado su inquietud—. No os pasará nada. Colocad el pie en el estribo y usad mi mano para subir.

Alejandro se acercó, ofreciéndole apoyo por si resbalaba. Tragando su aprensión, hizo lo que Pedr le indicó, y solo hizo una leve mueca al sentarse a horcajadas en el lomo del animal. Se

acomodó firmemente contra Pedr, rodeando su cintura con los brazos. El movimiento de balanceo del caballo mientras se acostumbraba a su peso le recordó la sensación de estar a bordo de un barco. Después de todo, no estaba tan mal.

Emprendieron la marcha a través del pueblo, con Murdo correteando felizmente tras los talones de los caballos, y pronto el castillo de los MacLean apareció a la vista. Enseguida, Rona apretó su abrazo.

—No os preocupéis, *mo leannan*. Os amarán.

Eso estaba por verse.

—Es un castillo grande. —Sus dedos se relajaron.

—Si. Pero es mi hogar, y ahora el vuestro. —Pedr soltó una carcajada.

Eso tampoco era un hecho consumado en su mente. El pánico creció a medida que atravesaban las puertas. ¿Considerarían el barón y la baronesa que no era digna y exigirían que su matrimonio fuera anulado?

—Hay más gente en el patio que en todo mi clan —susurró Rona.

—Nadie es tan bonita como vos —respondió él. No obstante, sus dulces palabras no ayudaron.

Pedr detuvo a Caith y luego ayudó a Rona a bajar. Ella observó las enormes puertas dobles enmarcadas por torres redondas y decoradas con coronas de ramas de hoja perenne entrelazadas con ramas que llevaban bayas rojas. Bonito y festivo, pero detrás de las decoraciones navideñas, su futuro la aguardaba.

—Bienvenida al Castillo MacLean, mi amor —anunció Pedr.

Las puertas del salón se abrieron y entraron juntos. El calor y el aroma de las velas y la turba ardiendo la recibieron. El olor a ramas frescas de árboles perennes, lavanda e hinojo en los juncos, mezclado con el omnipresente olor a cuerpos y el toque acre de tela recién teñida, se sumaban a la fragancia. Se detuvo, incapaz de hacer que sus pies la llevaran un paso más hacia la enorme sala. Murdo se sentó junto a ella con un quejido. En ese momento, una mujer alta y esbelta, con el mismo cabello oscuro y ojos de Pedr, cruzó la sala apresurada, con los brazos extendidos en señal de bienvenida. Su mirada se posó en Rona y su paso se desaceleró.

—Bienvenida —dijo, bajando las manos a su cintura mientras su mirada iba de Rona a Pedr y volvía. Por su parte, un hombre corpulento, de cabello oscuro salpicado generosamente de canas, se situó detrás de la mujer, con el ceño fruncido.

—Es bueno teneros de vuelta, hijo. Me han dicho que recuperasteis el *Puthaid* —gruñó.

—También ha traído a casa a una invitada —añadió la mujer, con una voz tranquila pero firme, tras apoyarle una mano en el antebrazo.

—Mis disculpas. ¿Vos sois…? —La mirada del hombre se posó en Rona, y sus pobladas cejas se levantaron.

—Me disculpo por mi esposo —intervino la mujer—. Su preocupación le ha vuelto brusco. Ya que mi hijo o bien se ha dejado las maneras en el muelle o teme despertar la ira de su padre, me presentaré. Soy Carys Wen MacLean —anunció la mujer—. Y él es mi esposo, Birk, el barón MacLean.

Rona contuvo el aliento al encontrarse ante uno de los hombres más poderosos del oeste de Escocia. Era tal como la leyenda lo describía: imponente, superando en altura a todos los presentes excepto a sus hijos que compartían su estatura, fuerte de músculos y con una presencia imponente. No era probable que viera con buenos ojos que una humilde muchacha MacNeill se casara con su hijo, aunque fuera hija de un jefe. Rona tragó su inquietud y alzó la barbilla.

—Madre, padre, permitidme presentaros a Rona MacNeill, ahora MacLean… mi esposa. —

Pedr se movió como si alguien lo hubiera empujado.

En el repentino silencio, Rona escuchó el leve crujido de los pies sobre los juncos mientras Murdo cambiaba de peso para apoyarse contra su pierna. La expresión de sorpresa de *lady* MacLean palideció en comparación con la mirada ceñuda y estrecha de sospecha que el barón dirigió a Pedr.

—Bienvenida al Castillo MacLean, Rona. ¿Os gustaría tomar un refrigerio en el solar? —*Lady* MacLean se recuperó rápidamente y logró esbozar una cálida sonrisa. Su pregunta fue para todos, acompañada de un firme tirón en el brazo del barón MacLean. Con una breve inclinación de cabeza, este se dejó guiar. Rona, Pedr y Alejandro los siguieron—. Aine, por favor, encontrad a Hanna y pedidle que se una a nosotros. —*Lady* MacLean se detuvo y le habló a una mujer.

—No me perdería esto por todo el oro de Persia. —Alejandro se rio—. Padre va a tener que tragarse muchas palabras que no se atreverá a decir delante de mamá. —En cuanto a Pedr, dio un codazo a su hermano. Por otra parte, Rona luchaba por respirar.

El solar del señorío tenía estanterías que cubrían toda una pared, llenas de libros y pergaminos enrollados. El solar del jefe MacNeill tenía pocos libros -ninguno de los cuales ella podía leer- y el pergamino era casi desconocido. El poco que se había utilizado para redactar su contrato de matrimonio había tenido mucho uso previo. Vasijas curiosamente trabajadas, estatuas y cofrecitos diminutos, sin duda procedentes de lugares lejanos de los que Rona nunca había oído hablar, competían por espacio en las estanterías y en los rincones a lo largo de la pared. Nunca había visto semejante derroche de lujo casual. Las formas, colores y tallados intrincados hicieron que su mente se agitara, y su corazón se aceleró al recordar la promesa de Pedr de explorar el mundo. Sus manos ansiaban sostener esos preciosos objetos, pero se obligó a concentrarse en lo que tenía delante.

Lady MacLean tomó asiento, indicando a Rona que hiciera lo mismo. Esta última se acomodó en el borde de una silla acolchada, sintiendo la necesidad de estar en posición para huir si era necesario. Los demás se dispersaron por la sala, el barón MacLean en su asiento detrás del pesado y desordenado escritorio. Pedr se apoyó en el brazo de la silla de Rona. A continuación, la puerta se abrió y una mujer alta, delgada, mayor, cuyo cabello alguna vez rubio ahora se había desvanecido hasta quedar en un mero destello de oro entreverado con plata, entró en la sala. Su mirada se dirigió de inmediato hacia Rona. Enseguida, Alejandro la acomodó en una silla cómoda.

—Mi madre política, Hanna MacLean. —*Lady* MacLean realizó las presentaciones.

—Me alegra mucho conoceros —respondió Rona.

—No es nada parecida a las delicadas señoritas que mi hijo ha paseado por el salón esta última semana. Lleva ropa sensata y esas manos han visto más trabajo que pasar una aguja de bordado. —Los ojos de Hanna se deslizaron desde las botas gastadas de Rona hasta su cabeza descubierta. Luego su mirada se dirigió a Pedr—. Es bonita, también. Espero que la hayáis desposado.

Rona parpadeó. Esta era la madre del temido barón. «¿No me conoce y ya me aprueba?» Un poco de su confianza volvió. Miró a Pedr, sintiendo el calor bajo su sonrisa.

—Oh, claro que lo hizo —aseguró Carys a la mujer mayor—. Sin decirnos ni una palabra a ninguno de nosotros.

—La manzana no cae lejos del árbol, ¿eh, Birk? —Hanna soltó una carcajada, con los ojos llenos de humor.

—Ahora que solo estamos en familia, Pedr —continuó *lady* MacLean—, por favor,

contadnos cómo conociste a Rona.

—Fui a la Isla de Gigha para hablar con lord MacNeill acerca del barco. Rona es su hija. —Pedr miró de su madre a su padre y colocó una mano en el hombro de Rona. Seguidamente, miró de soslayo a su abuela.

—¿Eso es todo? —agregó el barón MacLean al ver que Pedr había terminado su declaración.

—Oh, creo que hay un poquito más que eso —opinó Alejandro con sorna.

—Es suficiente. Haremos una vida magnífica juntos, ella y yo. —Pedr se movió ligeramente en el brazo de la silla, deslizando su mano de manera posesiva por los hombros de Rona.

—¿Es así, *enaid*? —*Lady* MacLean le dirigió una sonrisa amable a Rona.

—Le agradáis —le susurró Pedr y se inclinó hacia Rona—, *enaid* es un término cariñoso.

—Por supuesto que me agrada —replicó su madre—. ¿Por qué no habría de agradarme? Solo tiene ojos para vos y claramente se ha ganado vuestro corazón.

—Los MacNeill no son nuestros aliados —gruñó el barón MacLean.

—Oh, ahora lo son —respondió Pedr con amabilidad—. De hecho, no me sorprendería que el MacDonnell no volviera a comerciar con ellos.

—¿MacDonnell tenía mi barco? —Birk golpeó la mesa con las manos, el sonido sobresaltó a Rona y a todos los presentes, excepto a *lady* MacLean y a Hanna.

—Eh, sí… —Pedr miró a su madre.

El pulso de Rona se aceleró mientras la tensión en la sala aumentaba.

—Seguro que hay más en esta historia —afirmó *lady* MacLean.

—¿Fue Aonghus Og quien robó el *Puthaid*? —exigió saber el barón.

Las manos de Rona se apretaron en su regazo. Aunque significara su encarcelamiento o incluso la muerte, no podía quedarse de brazos cruzados y permitir que se desatara una guerra entre los dos clanes.

—No —dijo Rona—. Fui yo.

Capítulo 16

—Sois una muchacha. No podéis… —El barón MacLean se levantó de su asiento, inclinándose sobre su escritorio, con la mirada fija en Rona.

—¿Es que no has aprendido nada sobre las mujeres, Birk MacLean? Sentaos. Dejad de intimidar a la muchacha. Permitid que hable. —Hanna lo interrumpió.

—Yo -y algunos de mi clan- hemos robado varios barcos *ingleses* en los últimos años —continuó Rona tras tomar valor del aparente apoyo de la mujer mayor, enfatizando la palabra *ingleses*—. Era una noche muy brumosa cuando escogimos vuestro barco en Maryport. No esperábamos encontrar una coca escocesa entre las damas inglesas.

—¿Estáis diciendo que, si hubierais sabido que era mi barco, no lo habrías tomado? —Las cejas del barón MacLean se juntaron sobre su nariz.

—No. Estoy diciendo que no buscaba intencionadamente un barco escocés. Escuché las ovejas en la bodega y supe que era el barco que necesitaba para que mi gente sobreviviera al invierno. Cuando me di cuenta de que era el *Puthaid* -y que ningún inglés le pondría tal nombre a su barco- no pude dar marcha atrás. —Rona torció la boca hacia un lado y luego negó con la cabeza. Mentir podría calmar su temperamento, pero no serviría de nada.

—¿No pudisteis o no quisisteis? —Birk respiró hondo, luego se volvió hacia Rona.

—Ambas. Estábamos demasiado lejos del puerto para regresar antes del amanecer en medio de una densa niebla. Tampoco quería renunciar al trabajo de la noche. Su carga sola valía el riesgo. Deshacernos del barco fue otro asunto. Así fue como Aonghus Og llegó a tener la posesión.

—Pensé que dijisteis que sospechabas que la negra MacNeill estaba detrás del robo del barco. —Birk se hundió en su silla, dividiendo su mirada entre sus hijos antes de apuntar un dedo a Pedr.

—Oh, es cierto —coincidió Alejandro, una sonrisa astuta extendiéndose por su rostro. Por su lado, Pedr pateó la pata de la silla de su hermano.

—Bueno, me alegro de que hayáis encontrado el barco, aunque el pirata no estuviera involucrado. Debería ser ahorcado por los problemas que ha causado. —Birk se frotó la barbilla.

—Ah, yo no iría tan lejos —advirtió Pedr.

—¿Qué? ¿Por qué? —exigió su padre—. Colgarlo es poco castigo para él. No permitiré que mis envíos sean interrumpidos por otro pirata.

—Tío Sten y Haldor fueron piratas una vez —provocó Alejandro.

—Ellos se han reformado —corrigió Birk, con un tono de advertencia en su voz.

El corazón de Rona latía a toda velocidad. Luchó contra el impulso de huir de la habitación y, en última instancia, de la horca. Buscó la mirada de Pedr y lo encontró… riendo.

—¿Qué es tan gracioso? —exigió Birk.

—Padre, Rona es la negra MacNeill.

Las cejas de su padre se alzaron y un bufido de sorpresa escapó de él. Después de un momento, se relajó y una lenta sonrisa cruzó su rostro.

—No es a menudo que me sorprendo. —Paseó la mirada por su atuendo—. Ropa de una mujer acostumbrada a la cubierta de un barco. Manos endurecidas por las cuerdas y el agua de mar. —Lanzó una mirada de soslayo a su esposa—. Encajará perfectamente.

—Lo hará —afirmó Pedr—. Y por más razones que esta.

—¿Ah, sí? —Birk levantó una espesa ceja y frunció el ceño.

—Sí. Aceptó casarse conmigo y evitar la horca.

—No podéis quejaros, mi amor, porque se parece mucho a la propuesta de matrimonio que recibí hace veinte años o así. —Carys se echó a reír a carcajadas. Enseguida, el rostro del barón MacLean se enrojeció. A Rona le preocupaba que pudiera sufrir un infarto.

—El joven Pedr es igual que su padre. Siempre lo he dicho. —Hanna soltó una carcajada y se dio una palmada en la rodilla.

—¡Mierda! ¿Es que las dos no podéis olvidar esa historia? —Birk se pasó una mano por la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo Carys, pero su voz dejaba claro que el recuerdo le resultaba mucho menos doloroso a ella que a su marido—. Parece que Pedr sí presta atención de vez en cuando.

—Saqué la idea de vos, padre —afirmó Pedr—. No podía dejar pasar la oportunidad. Ella es exactamente lo que necesito: una compañera que ama el mar tanto como yo. Tenemos planes de viajar por el mundo juntos.

—Como debe ser —comentó Carys para luego levantarse—. Sin embargo, la pobre niña debe de estar agotada. —Hizo un gesto a Rona—. Venid. Traed a vuestro perrito. Hanna y yo nos ocuparemos de vuestra comodidad. Y en cuanto a vos, Pedr, os avisaremos cuando ella haya descansado. No creáis que os has librado de las consecuencias de casaros sin que vuestra familia lo supiera. —Lo miró severamente y apuntó con el dedo a su hijo.

Sin estar completamente segura de si había obtenido la aprobación del barón -y muy impresionada por las dos damas mayores de los MacLean- Rona lanzó una mirada a Pedr. Este se puso de pie y ella aceptó la mano que le ofreció al levantarse. Con un brillo travieso en sus ojos, él alzó sus dedos hasta sus labios y los besó suavemente.

—Iros. Estáis a salvo, aunque probablemente os atosigarán con mil preguntas.

—No es un interrogatorio, Pedr —le reprochó Carys.

—Cotilleo. Nada más —aceptó Hanna—. Subiré pronto. No os preocupéis. —Le dio un beso en la sien y luego se apartó, soltando sus manos. A regañadientes, Rona se dispuso a marcharse. La mano de Pedr se apretó sobre la suya y la hizo volver, atrapando ambas manos contra su pecho mientras apoyaba su frente en la de ella. Con una sonrisa en los labios y el corazón más ligero, Rona junto a Murdo siguieron a Carys y Hanna fuera de la habitación.

Subieron por unas escaleras de piedra hasta el tercer piso, donde vivía la familia. Rona hizo un esfuerzo por mantener la boca cerrada al entrar en una habitación de la torre con ventanas en tres lados y un alegre fuego chisporroteando en un brasero en el centro de la estancia. Unas sillas suntuosamente acolchadas estaban situadas cerca de las ventanas, y unos tapices pesados no solo colgaban en las paredes, sino que también cubrían el suelo. Rona dudó, pero Carys y Hanna caminaron por las costosas alfombras sin titubear.

—Aine está trayendo todo para el baño aquí, pensé que sería más acogedor que cualquier dormitorio, y Pedr no vendrá aquí primero —confió Carys.

—Es un refugio para mujeres —respondió Hanna. A continuación, se dejó caer en una silla con un suspiro—. A mis viejos huesos les gustan estos cojines.

Mientras varios muchachos cargaban cubos de agua humeante y los vaciaban en una tina lo suficientemente grande como para flotar un barco -o al menos un pequeño coracle- Rona observaba a las dos mujeres. No podían ser más diferentes, pero percibía un vínculo cercano y afectuoso entre ellas. Carys, alta y esbelta, con su cabello y ojos oscuros, era un contraste

marcado con el cabello rubio plateado de la mujer mayor.

Finalmente, los muchachos terminaron su tarea y cerraron la puerta del solar tras ellos al salir de la habitación. Carys ayudó a Rona a despojarse de su ropa y a sumergirse en el calor reconfortante de la tina.

—Es justo lo que esperábamos para nuestro Pedr, ¿verdad, Carys?

—¿Qué queréis decir? —Rona levantó la mirada, sorprendida por la afirmación de la mujer mayor.

—No le hagáis caso a Hanna —la calmó Carys—. A su edad, se ha dado permiso para decir exactamente lo que piensa. Pero tiene razón. Sabíamos que Pedr no sería feliz con ninguna de las muchachas que su padre ha invitado durante la última semana.

—¡Bah! —Hanna agitó una mano—. Las muchachas delicadas no son para alguien como nuestro Pedr. Alejandro… él está destinado a la baronía, y necesita una mujer que sea lo suficientemente bonita para girar cabezas y que esté contenta con encargarse de la administración de esta pila de piedras. —Hanna asintió brevemente—. Pedr es diferente.

—Ha crecido con vuestras historias —aseguró Carys con cariño—. Historias de mujeres nórdicas audaces -como vos misma- y las historias transmitidas sobre su tía-bisabuela Arbela, que una vez venció a un barco lleno de piratas frente a la costa de Gibraltar.

—No lo entiendo —dijo Rona, dispuesta a pasar por alto la declaración de Carys sobre los piratas—. No soy el tipo de mujer que debería casarse con el hijo de un barón.

—Entonces, ¿por qué lo hicisteis? —quiso saber Hanna.

—Él insistió. —Sonrió—. Y me alegro. —Rona se encogió de hombros.

—No nos importa vuestra ropa ni quién sea vuestro padre —afirmó Carys—. Hanna y yo reconocimos a un espíritu afín en cuanto os vimos. Valiente, audaz, honorable.

—Encajarás bien, no temas. —Hanna asintió—. Igual que lo hice yo. Y su madre.

—Hanna y yo, y la tía-bisabuela de Pedr, Arbela, tenemos antecedentes inusuales. Arbela y su hermano -el abuelo de Pedr- son mitad escoceses, mitad armenios. Pedidle a Pedr que os cuente las historias alguna vez. O, si estáis mucho en el salón, seguro que escucharéis los relatos de vez en cuando después de la cena. Son bastante populares y se repiten a menudo.

Un sentimiento de pertenencia se instaló en Rona. No podía esperar para escuchar las historias junto al hogar. Se hundió más en la tina, contenta de descubrir que se había casado con una familia de mujeres amables, generosas y fuertes, tan poco convencionales como ella.

* * *

Pedr esperó hasta que la puerta se cerró tras las mujeres antes de tomar asiento. Era muy consciente de la mirada fija de su padre, y no se sentía tan despreocupado como había querido hacerle creer a Rona. Levantó la vista, intentando poner en su cara la mayor inocencia posible. Estaba dispuesto a apostar que no lo había conseguido del todo. En cuanto a Birk, se recostó en su silla, sus lentos y controlados movimientos recordándole a Pedr a un depredador enfocado en su presa. Intentó esbozar una sonrisa. Por otro lado, Alejandro carraspeó y le lanzó a Pedr una mirada de advertencia, indicándole que no frunciera el ceño.

—Me gustaría escuchar la historia completa, Pedr. Sabía que encontraríais la manera de esquivar nuestro acuerdo y perderos las comidas que vuestra madre y yo organizamos con tanto esfuerzo, pero esto… —Birk tamborileó con un dedo en su escritorio. Clavó un dedo en el escritorio—. Le habéis causado a vuestra madre una gran preocupación.

—Me disculparé con madre más tarde, pero no pudo evitarse. —Suspiró—. Estaba resignado -no contento, pero resignado- al acuerdo, pero entonces conocí a Rona. —Su sonrisa

esta vez fue genuina—. No pude evitar darme cuenta de que había encontrado a la mujer adecuada para mí.

—¿Es realmente la negra MacNeill? —Birk negó con la cabeza.

—Si, aunque si no hubiera robado el *Puthaid* una segunda vez, no estaría aquí para contarlo.

—¿Una segunda vez? —Las cejas del barón se fruncieron—. ¿Cuál segunda vez?

Pedr se preparó para la ira que estaba seguro de que llegaría.

—Su clan vendió el barco a MacDonnell, quien estaba interesado en poseer un barco MacLean, y al parecer ha comprado otros barcos que ellos han tomado de los ingleses en el pasado. El tío de Rona admitió que había recibido dinero por el *Puthaid* y navegamos hacia Islay para recuperarlo.

—¿Qué habéis hecho? Maldita sea, Pedr, ¡podríais haber sido capturado! No estamos en guerra abierta, pero tampoco estamos aliados. —El rostro de Birk palideció. Lanzó una mirada fulminante a Pedr—. Vuestra tía Gillian no me lo habría perdonado.

—Eh… fuimos capturados. —Pedr miró a su hermano.

Un músculo en la comisura del ojo de su padre se contrajo, pero no dijo nada. Pedr no estaba seguro de si eso era una buena señal o no.

—Sólo Rona, Sten, yo y tres hombres fuimos a tierra para hablar con el MacDonnell. Dejé a Brant y Haldor a cargo del *Banríon Laoch*. El precio que Aonghus Og quería por el barco era muy superior a lo que yo tenía, así que organizó que… eh… nos quedáramos con él mientras negociaba con vos. Conseguí convencer a Aonghus Og de enviar a Rona a casa con la solicitud de dinero.

—Voy a matarlo. —La sangre volvió al rostro de Birk. Sus manos se apretaron en puños sobre la mesa.

—Escapamos para asegurarnos de que no hicierais algo imprudente. Nos retuvo a mí y a los demás para pedir un rescate, pero le robamos su barco. —Pedr negó con la cabeza.

—¡Mi barco! —rugió Birk—. ¡Mi hijo!

—Podríamos discutir esto durante generaciones, padre. No sé si Aonghus Og reclamará injusticia, pero si lo hace, se sabrá que violó las leyes de hospitalidad, porque comimos en su mesa a su petición, entramos en su sala y, después, fuimos atrapados.

—Esto no me gusta. —Birk sacudió la cabeza.

—Ofrecí pagar por el barco, padre, pero pidió más de lo que poseía.

—Convocaremos un consejo —concluyó Birk finalmente—. Mientras tanto, os enviaré como capitán de vuestro propio barco a recorrer las rutas comerciales desde aquí hasta Líbano.

—A Rona le gustará eso. —Pedr sonrió.

—Si —gruñó el barón—, y eliminaremos a dos alborotadores de la zona con una sola decisión. —Se frotó la barbilla—. De hecho, será un buen viaje también para vuestro primo.

Había sido un mejor resultado de lo que Pedr podría haber esperado.

Capítulo 17

Cerca de Batroun, Líbano
Mar Mediterráneo
Octubre de 1301 (nueve meses después)

Las aguas azul verdoso del Mediterráneo golpeaban suavemente los costados del *Dùdach Mara* mientras navegaba hacia el horizonte lejano. Un fuerte viento de Siroco de Levante, soplando a través de las montañas costeras de Grecia, empujaba su barco hacia el este, en dirección a la costa del Líbano. Rona se apoyaba en la barandilla, con el cabello ondeando al viento. Pedr sonreía con indulgencia. Su esposa encantaba a todos los que conocía y se había lanzado con entusiasmo a aprender todo lo que podía sobre los países y costumbres que encontraban a lo largo de su viaje. Se habían detenido en cada puerto, explorando catedrales y jardines, posadas y mercados. Su atuendo negro de pirata había sido sustituido por lanas, sedas y brocados, en modas tanto femeninas como más varoniles, mejor adaptadas a la vida a bordo del barco. En ese momento, su túnica larga caía hasta sus muslos, disimulando su vientre redondeado que albergaba a su primer hijo.

—Vuestro hijo está muy activo hoy. —Rona se giró hacia él, con las mejillas enrojecidas por el sol y el viento, y los ojos brillando de emoción. Seguidamente, presionó una mano contra su costado.

—Mi hija es una luchadora, como su madre. —Pedr cruzó la cubierta y colocó su mano junto a la de ella. La niña pateó con vigor y Pedr sonrió.

—¿De verdad queréis una hija?

—De verdad deseo teneros a ambas a salvo en mis brazos.

—En unos dos meses, creo yo. —Rona entrecerró los ojos.

—Puedo esperar. —Pedr le dio un beso en el cuello.

—¿Cuándo llegaremos a puerto? —Inclinó la cabeza hacia un lado y suspiró felizmente.

—En unas pocas horas —le recordó, con la mente puesta en su cabello que le hacía cosquillas en la nariz y en el aroma a rosas que emanaba de su piel.

—Seguidme. —Rona atrajo su rostro hacia el suyo y le dio un beso en los labios.

Con el sabor a sal en el aire y las tablas del barco balanceándose bajo sus pies, Pedr siguió a su novia pirata hasta su camarote. La túnica de brocado de ella resbaló por su cabeza en un baile sugerente de hilos plateados y brazos delgados. La camisa acortada que había adoptado bajo sus túnicas se posaba sobre sus pechos como finas telarañas.

—No quiero hacer daño al bebé. —Pedr colocó las palmas de las manos a ambos lados de su vientre en un gesto de reverencia.

—No lo haréis. —Rona rio y alzó una ceja, dejando ver un brillo travieso en sus ojos—. No nos niegues el placer en estas últimas semanas.

—Esperaba que dijerais eso. —Soltó un suspiro. Sus manos subieron por sus costados, deteniéndose para acariciar sus pechos—. Cambiáis cada vez que os toco. Es un milagro.

—¿No me he puesto demasiado gorda? —Una pizca de incertidumbre manchó su voz.

—Nunca. —Bajó su boca hacia la de ella—. Dejadme demostrároslo.

* * *

Altos mástiles se alineaban en el cielo. Los barcos crujían en el ancla mientras los vientos de finales de otoño mecían las olas. Las gaviotas chillaban sobre sus cabezas. Rona tragó saliva mientras su desayuno rugía con desagrado en su estómago.

—¿Os sentís mal? —La mirada observadora de Pedr se deslizó sobre ella, con el ceño fruncido de preocupación—. Parecéis pálida, callada.

—He capeado tormentas en lugares cuyos nombres no puedo ni pronunciar, pero este pequeño vaivén no me sienta bien esta mañana. —Negó con la cabeza.

—Pronto estaremos en tierra. ¿Queréis esperar en el camarote?

—No. Necesito el aire libre, no las cuatro paredes que estaré encantada de dejar atrás.

—Ha sido un largo viaje, *mo chroi*. Y habéis llevado al bebé durante la mayor parte del mismo. Pasaremos el invierno aquí y luego veremos adónde nos llevan nuestros viajes en primavera.

—Creo que eso puede ser una buena idea. —Colocó una mano protectora sobre su vientre —. Nuestro bebé nacerá en este lugar.

—El primer MacLean que nacerá aquí desde mi bisabuelo y su hermana.

—Parece irreal, fantástico. Nunca pensé en dejar Escocia y las Islas, y, sin embargo, aquí estoy, viajando por el mundo. —Levantó su rostro hacia Pedr—. Amo nuestra vida juntos.

—Yo también, *mo chroi*. No puedo esperar a que conozcáis a la gente de Batroun. Cyrus es leal a la familia MacLean y nos concede habitaciones en una pequeña pero suntuosa casa de huéspedes dentro de sus muros. —Su marido sonrió.

—Debe de ser extraño regresar a una tierra donde una vez tuvisteis un título.

—Nunca lo tuve, ni lo querría. Mi vida es el mar.

—Embarcaciones MacLean es conocida por ser honesta y sin afiliaciones políticas. Pagamos grandes sumas para tener la libertad de atracar en Batroun -que actualmente es más segura que Trípoli o Beirut- y nuestras amistades se remontan a varias generaciones. Sin embargo, no saldremos de las tierras de Cyrus excepto con guardias armados, y vos, mi amor, no saldréis en absoluto. —Pedr hizo una pausa, acariciando un mechón de su cabello que había escapado con la brisa.

Las cejas de Rona se alzaron, y un escalofrío de aprensión recorrió su cuerpo. Pedr le había contado historias de las Cruzadas y la caída de Acre, del príncipe de Trípoli que escapó a Escocia hace muchos años y cuyos nietos aún vivían en la península de Ardnamurchan. ¿Pero no salir de las tierras? Sintió que muros invisibles se cerraban a su alrededor.

—No estoy segura de que me guste eso.

—No notaréis la falta —le aseguró—. La casa de Cyrus es bastante grande y sus banquetes son extravagantes. Sin embargo, necesitaremos dejar a Murdo con Brant en el barco.

—¿Por qué?

—La casa de Cyrus es conocida como *Bayt Alqatat*, que significa «Casa de los Gatos». —Pedr sonrió—. Cyrus tiene bastantes de esos pequeños animales, y no creo que a Murdo le gusten los gatos.

—No, no le gustan. —Rona sonrió.

—Los gatos son venerados por muchos aquí. Aunque Cyrus y su familia son cristianos coptos, no musulmanes, arruinaría nuestra visita si persiguiera a los gatos de nuestro anfitrión.

—Entiendo. Pero aun así no creo que me guste estar confinada en la casa.

—¿Quizás ya es hora de que os toméis las cosas con más calma? —Pedr miró su vientre redondeado.

El corazón de Rona latió con anticipación, y un poco de temor. ¿Cómo sería dar a luz a un

bebé en un lugar con costumbres extranjeras? ¿Había supersticiones que encontraría extrañas? ¿Aterradoras? ¿Blasfemas? ¿Tendrían una bebida similar al guisado de bayas del serbal para ahuyentar a las hadas? ¿O un poco de romero para evitar que las hadas roben al recién nacido? ¿Serían las pequeñas criaturas un peligro para los recién nacidos aquí? ¿Había algo aún más siniestro?

Abandonó sus preguntas, aunque su estómago seguía revolviéndose con una inquieta anticipación. No tenía a nadie a bordo del barco con quien hablar de sus preocupaciones y no estaba segura de que le resultara fácil confiar en mujeres extrañas en *Bayt Alqatat*.

—Mirad. Batroun. —Pedr la empujó suavemente.

La luz del sol tocaba los edificios cercanos al muelle, todos construidos con la misma piedra dorada. El cielo azul brillante no podía competir con las aguas turquesas que ondulaban hacia la orilla. *Dhows* con velas coloridas abarrotaban los muelles, y el murmullo ininteligible de diferentes lenguas llegaba a los oídos de Rona.

—Brant ha enviado un mensajero a Cyrus —continuó Pedr—, aunque me atrevería a decir que alguien ya ha notado nuestra nave y ha hecho el viaje. Para cuando podamos desembarcar, una litera y caballos estarán esperando para llevarnos a la casa.

—Creo que me gustaría un baño —suspiró Rona—. En una tina. Agua caliente. —Tomó aire con languidez—. Aceite de lavanda.

—¿Quizás debería dar nuestras disculpas a Cyrus por la cena de esta noche? ¿Puede que un festín sea demasiado pronto?

—No. Tomaré una pequeña siesta y estaré como nueva para la cena. —Rona sacudió la cabeza y sonrió afectuosamente a su marido—. Aunque no me quedaré hasta las tantas hablando de viejos tiempos. El bebé y yo necesitamos una buena noche de sueño.

El barco se deslizó más allá de embarcaciones de todos los tamaños y formas, y finalmente chocó suavemente contra las defensas tejidas que alineaban el muelle de piedra. La expectativa recorría a Rona. Otros puertos habían sido emocionantes, pero ver por fin el lugar donde había nacido el abuelo de su esposo la hacía sentir ansiosa por desembarcar.

Tal como prometió Pedr, fueron recibidos en el muelle por un grupo de hombres con túnicas lujosas y bordadas. Una guardia armada, repleta de inusuales espadas curvas y relucientes lanzas, se desplegaba detrás de ellos, causando que el flujo de peatones se arremolinara a sus espaldas.

—*Marhaba, Sidi*. Me alegra veros. —Un hombre mayor dio un paso adelante.

—*Marhaban bik*, mi amigo. Gracias por venir hasta aquí. ¿Puedo presentaros a mi esposa? —Pedr se giró hacia Rona—. *Leannan*, él es Cyrus. Su familia ha sido amiga nuestra por generaciones.

—Encantada de conoceros —murmuró ella con una sonrisa.

—*Sabah al-khayr*, mi señora. Es un honor daros la bienvenida a Batroun.

—*Sabah an-noor* —respondió Rona, recordando las palabras que Pedr le había enseñado.

Con un gesto de la mano, Cyrus hizo avanzar una litera, llevada sobre los hombros de cuatro hombres fuertes, con cortinas de seda blanca que ondeaban con la ligera brisa.

La mirada de Rona se deslizó hacia Pedr. Este asintió levemente y la ayudó a entrar en la litera. Ella se acomodó con cautela sobre los mullidos cojines, sorprendida al encontrar a una joven sentada frente a ella.

—*Marhaba, Sitt*. Mi nombre es Dhespina. —La mujer sonrió.

—*Marhaban biki*. Soy Rona. —Rona devolvió el saludo.

—Bienvenida a Batroun. Cyrus es mi padre. Su abuelo Amhal era el mayordomo cuando el primer barón MacLean residía aquí. Seremos grandes amigas. —La mujer se echó a reír. Las

pequeñas monedas de oro en su tocado tintineaban alegremente.

La litera se sacudió cuando los hombres comenzaron a caminar al unísono para iniciar el viaje hacia la nueva casa de Rona. Dhespina se recostó en sus cojines.

—Relajaos. —Alargó la mano hacia un lado y sacó un frasco que ofreció a Rona—. Bebed. Debéis cuidar al bebé.

—Gracias. Era justo lo que necesitaba. —Una sonrisa asomó en los labios de Rona quien aceptó el frasco y bebió profundamente un rico y fresco zumo de frutas. Seguidamente, corrió a un lado una cortina de seda. Ruidos y aromas exóticos la asaltaron. Desde su elevada posición, parecía como si hubiese cambiado un barco rodeado de agua por un transporte que navegaba en un mar de personas de todos los tamaños, formas y colores. Estaba deseando ver qué la esperaba en la Casa de los Gatos.

Capítulo 18

Bayt al'asdiqa', la casa de invitados, se encontraba entre un bosquecillo de árboles a varios metros de *Bayt Alqatat*. Rona y Pedr siguieron el camino cuidadosamente barrido entre los edificios y se acercaron al edificio de arenisca con arcos amplios que sería su hogar durante las próximas semanas.

Un perro grande corrió hacia ellos, con una ligera cojera en su paso. Su grueso pelaje, de un color beige claro, se mimetizaba bien con el entorno. Una máscara negra rodeaba sus oscuros ojos marrones y su ancha nariz.

—Pensaba que dijisteis que Cyrus tenía gatos —susurró Rona.

—Así es. —Pedr se detuvo mientras el perro olfateaba sus botas. Con un movimiento de su cola emplumada que se enrollaba al final, el perro empujó la mano de Pedr.

—Este es Mushegh —dijo Cyrus, con una sonrisa de cariño en su rostro—. Nació con una pata torcida y, por lo tanto, no podía seguir el ritmo de las ovejas que normalmente pastorearía, ni luchar contra lobos, como son capaces de hacer los de su raza.

—¿Y cómo se lleva con los gatos? —preguntó Pedr.

—Bastante bien, en realidad —respondió Cyrus con una risita—. Parece que lo adoran y se ha sabido que le llevan pequeños regalos. Está malcriado, me temo.

El robusto perro se movió de Pedr a Rona, metiendo su gruesa cabeza bajo la mano de ella, exigiendo que le rascase las orejas. Rona rio.

—Me gusta. ¿Puede quedarse con nosotros?

—Tiene libre acceso al lugar. Como sé que os cae bien, no lo prohibiré en *Bayt al'asdiqa'*. —Cyrus se encogió de hombros.

Un balcón se extendía a lo largo de la parte frontal, sobre el primer nivel, sombreando la entrada a los aposentos de los invitados. Protegida por amplias puertas tachonadas de hierro, la entrada daba a un gran patio interior. Numerosas macetas con flores rojas y rosadas le daban un aire festivo al patio. Arbustos extendidos de lavanda y romero, y árboles más altos de laurel impregnaban el aire con aromas penetrantes. La luz del sol empapaba el suelo. Almohadones brillantes estaban esparcidos bajo limoneros en macetas y un curioso árbol con bayas rojas y amarillas. Por otro lado, el salón principal, se encontraba en el centro, en la parte trasera de la casa, con los aposentos de hombres y mujeres a ambos lados.

—No dormiré tan lejos de vos —murmuró Rona después de recibir las indicaciones. Enseguida, sujetó la mano de Pedr.

—Somos los únicos invitados, *mo chroi* —aseveró él de forma tranquila—, y podemos dormir en el jardín si así lo deseamos. Sin embargo, los sirvientes estarán en cuartos separados y encontraréis las cámaras de baño y demás con las mujeres. No os preocupéis. Están acostumbrados a nuestras costumbres.

Tranquilizada, Rona accedió a la petición de Dhespina de seguirla a la *zenana*, donde un baño la esperaba. Mushegh caminaba a su lado con solo una ligera cojera. Una joven, de una edad similar a la de Dhespina y Rona, las recibió a la entrada de una cámara en la planta baja.

—Ella es Soraya —presentó Dhespina—. Ella se encargará de cuidaros. Si hay algo que deseéis, solo tenéis que pedirlo.

—Es un honor, Sitt. —La mujer inclinó la cabeza, su cabello negro brillando a la luz de

numerosas velas.

Rona no mencionó que había estado bien por su cuenta sin una criada durante más de veinte años. Las cosas eran diferentes ahora, y sabía que probablemente le aguardaban muchas sorpresas.

—Os lo agradezco. Me siento muy cansada. ¿Podríais disponerme para ese baño?

Soraya la condujo a una gran habitación, donde una tina hundida ocupaba gran parte del espacio, rodeada de muros de arenisca perforada que permitían que el último aire del verano entrara en la sala, impregnada de aromas de plantas tanto del interior como del jardín exterior. Azulejos de coloridos mosaicos cubrían las paredes, y gruesas alfombras se extendían por el suelo. Rona dejó caer su ropa junto a la tina y luego entró agradecida en el agua humeante. En cuanto a Mushegh, se inclinó sobre el borde de la piscina y gimió.

—Teme por vos —comentó Soraya.

El perro recorrió la longitud de la piscina de un lado a otro. Con un ladrido decidido, se lanzó al agua. Las gotas volaron alto. Soraya y Dhespina gritaron mientras el agua les caía encima. Rona se echó a reír. Mushegh remaba con fuerza, su cabeza deslizándose sobre la superficie del agua.

—Me caéis bien, pero no me apetece compartir mi baño con vos. —Rona agarró el grueso pelaje del perro y lo arrastró hacia la parte poco profunda de la piscina. Con un empujón, lo sacó del agua.

Mushegh salió de la piscina y se acercó a las dos mujeres, que hacían lo posible por secar su ropa. Dhespina miró al perro empapado con una expresión de horror en el rostro.

—¡Oh, no, eso sí que no! —Se apresuró al otro lado de la piscina, con Soraya a su lado.

Mushegh suspiró, luego bajó la cabeza y sacudió su pelaje para liberarse del agua, mientras las dos mujeres se agachaban fuera del alcance de las gotas voladoras.

—No sabía que saltaría dentro. —Rona se recostó contra el borde de la piscina.

—Se ha portado mal —coincidió Dhespina—. Al menos los gatos no hacen tal lío.

—¿Los gatos nadan? —Rona abrió la boca, asombrada.

—Sí. Al menos, el patriarca, Jayik, lo hace. Parece que le gusta. He visto a Yasmina en el agua también, aunque no con frecuencia.

—Creo que me gustará conocer a vuestros gatos. —Rona sacudió la cabeza.

Pedr se tomó un momento para aprobar sus habitaciones en la casa de huéspedes, y luego regresó a *Bayt Alqatat*, donde Cyrus le esperaba. El hombre delgado y barbudo le hizo un gesto hacia un cojín mullido junto a una mesa baja.

—Sentaos. Tomaremos un refrigerio y hablaremos. Confío en que vuestras habitaciones hayan sido de vuestro agrado.

—Vuestra casa es conocida por su generosa hospitalidad —respondió Pedr mientras se dejaba caer sobre el cojín. Después, cogió un dátil de una pequeña bandeja y se lo llevó a la boca. Un momento después, escupió el hueso en su mano.

Un pequeño gato blanco cayó silenciosamente desde un nicho en la pared y miró a Pedr, con su rostro redondeado dominado por un ojo azul y otro verde. Pedr le acarició la cabeza con suavidad. Su pelaje se deslizó entre sus dedos como los hilos de seda más costosos.

—¿Seguís criando vuestros bonitos gatos, eh?

—Esa es Yasmina. Es bastante joven y, me temo, algo sorda. Al menos, parece reaccionar solo a los ruidos fuertes, y sus maullidos son bastante notorios, como si no pudiera oírse a sí misma.

—Pobre muchacha —comentó Pedr.

—Se ha observado que los gatos con ojos azules a menudo presentan cierta falta de audición —explicó Cyrus—. Ella tiene un ojo verde, por lo que tal vez sí perciba algunos sonidos. Yasmina está muy segura aquí y debería vivir una larga vida a pesar de su sordera parcial.

Un joven sirviente vertió un líquido transparente en un vaso alto, llenándolo hasta un tercio, y luego añadió agua. Los líquidos se mezclaron y tomaron un color blanco. Con una breve reverencia, le entregó el vaso a Pedr, quien lo levantó y lo olió. El aroma a anís subió hasta su nariz. Bebió un sorbo de *raki* y sintió el calor deslizarse por su garganta. Dio otro sorbo y luego dejó el vaso sobre la mesa. Yasmina se estiró, apoyando sus patas delanteras en el borde de la mesa. Olfateó el vaso, mas Pedr la apartó con un gesto.

—Mi padre os envía sus más cordiales saludos, Cyrus.

—Lo sé —respondió Cyrus—. Su carta me llegó una semana antes de que vuestro barco atracara en el puerto. Me contó que vos y vuestra esposa tenéis una historia colorida juntos.
—Cyrus alzó una ceja—. ¿Mencionó algo de una pirata?

—Mi padre no os oculta nada, ¿verdad? —Pedr rio.

—No. Nuestras familias, a pesar de los tiempos en los que vivimos, siempre han estado unidas.

—Nos faltaba un barco justo antes de Yule, y descubrí que había pasado por las manos de una pirata. Una hermosa pirata de cabello dorado que anteriormente había robado unos cuantos barcos ingleses para ayudar a alimentar a su clan. Os aseguro que está casi reformada. —Pedr asintió.

—Me encantaría escuchar la historia algún día. Por ahora, me complace saber que está a punto de dar a luz a vuestro primer hijo. Será un honor para nosotros asegurar que reciba los mejores cuidados. —Cyrus soltó una carcajada.

—Os lo agradezco, amigo mío. Esto alivia una gran preocupación de mi corazón. —Pedr echó un vistazo a los entremeses en la mesa y eligió un puñado de aceitunas de entre los variados aperitivos para picar. El sabor salado equilibraba el dulce licor de anís.

—Contadme cómo están las cosas en Batroun. ¿En qué puede mi familia ayudar a la vuestra?

—Nuestra ciudad, nuestra gente, como siempre, anhela las mercancías que traen los barcos de los MacLean. Me pesa deciros, sin embargo, que puede que llegue el momento en que sea más seguro que dejéis de navegar por estas rutas comerciales, al menos por un tiempo. Hay mucho conflicto, y crece con cada año. Sabéis que el Líbano cayó en manos de los mongoles hace más de cincuenta años. Puede que no sepáis que, una vez que murió su Kan y gran parte del ejército se retiró, los mamelucos del sur aprovecharon cada oportunidad para ganar tierras en esta región. Su presencia, y gobierno, han desestabilizado el comercio y perturbado la paz de la ciudad. —Cyrus dejó su bebida a un lado. Su semblante se tornó sombrío.

—Tuvimos cuidado de navegar al norte de la costa de Berbería en nuestro camino aquí, aunque eso no es nada nuevo —contestó Pedr.

—No es solo la costa sur del Mediterráneo lo que me preocupa. Mantengo contacto con aquellos con quienes hemos comerciado en el pasado, como bien sabéis. Uno en particular que recordaréis: Mihal Maldes.

—Su abuelo salvó al mío en dos ocasiones mientras estaba en Cruzada. Los MacLean le deben una gran deuda. —Pedr asintió. La historia era una que había aprendido hace mucho tiempo.

—Él solo reclama un incidente, aunque yo escuché la historia tal como vos. El padre de

Mihal visitó aquí un par de veces cuando yo era un niño, con su hijo. Me preocupa no haber tenido contacto con Mihal desde hace algunos meses. Y no solo por la pérdida del comercio. La porcelana que traían sus barcos era exquisita, y los tintes azules son de los que tenemos dificultades para conseguir aquí. —Cyrus se rio.

—Vive en Constantinopla, ¿no es así?

—Sí.

—Está a más mil seiscientos kilómetros al norte de aquí.

—No os pediría que emprendierais un viaje así. Simplemente señalo cuánto han cambiado las cosas… y no para mejor.

—Lo entiendo. Si pensara que hay algo que pudiéramos hacer, marcaría la diferencia.

—Los cristianos son muy despreciados en esta región, y la animosidad entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Oriental está creciendo, lo cual es aún más preocupante. Mi casa, debido al prestigio de la familia en la ciudad, es en gran medida dejada en paz, aunque mantenemos las puertas cerradas. —Cyrus asintió.

—Quizás la familia de Mihal simplemente esté esperando que pase la rebelión actual.

—Puede ser. Poco podemos hacer desde aquí. Actualmente estamos bajo el dominio mameluco, aunque hay quienes protestan enérgicamente.

—Os molestaremos solo el tiempo suficiente para que mi esposa dé a luz de manera segura, y luego partiremos. —Pedr asimiló las inquietantes noticias.

—No os preocupéis por nosotros —dijo Cyrus—. Estaréis seguros dentro de nuestros muros. Batroun está algo menos involucrado en la rebelión que otros lugares.

—Os lo agradezco. Haré saber a mi padre cómo están las cosas aquí. Siempre debéis sentiros libres de contactarnos, sin importar a dónde nos lleve el comercio.

—Terminad vuestro *raki*. No es una bebida que parezca gustar a las mujeres. He organizado un refrigerio ligero para esta noche, con una bienvenida más grandiosa con amigos cercanos mañana. —Cyrus inclinó la cabeza con un gesto profundo.

—*Be salâmati*. —Pedr levantó su vaso. Inclinando la cabeza hacia atrás, apuró el resto de su bebida.

Capítulo 19

Bayt al’asdiqa’
Diciembre de 1301

Rona descendió la escalera hacia la oficina temporal de Pedr. La luz del sol se filtraba a través de las aberturas en forma de arco de la pared, pintando el suelo de un amarillo pálido. Su calzado susurraba sobre el mármol, sintiendo la fría piedra suave bajo sus pies. Mushegh caminaba a su lado, con la cola balanceándose suavemente sobre su espalda.

Yasmina se había tumbado sobre la alfombra gruesa a los pies de Brant, contrastando su blanco resplandeciente con los hilos cálidos de color rojo y dorado. Pedr levantó la vista cuando ella entró en la habitación. Su sonrisa de bienvenida le calentó el corazón. Por su lado, Brant se levantó de la silla que estaba frente al escritorio de Pedr.

—*Sabah al-khayr*, prima —saludó.

—*Sabah an-noor*, Brant. Habláis como si hubierais vivido aquí toda vuestra vida. —Rona rio y le revolvió su cabello rubio cobrizo—. Aunque no tenéis pinta de ello.

—He aprendido bastante en este viaje —comentó Brant, claramente satisfecho consigo mismo—. Haldor dice que tengo un don para los idiomas…

—Dice que habláis mucho —le corrigió Pedr con una carcajada.

—Sea como fuere, he aprendido suficiente farsi y árabe para defenderme, y suficiente griego para pedir *ouzo*.

—La bebida es *raki* aquí en Batroun —le recordó Pedr—. No pidáis *ouzo* aquí.

—No me gusta ninguno de los dos —dijo Rona mientras se acomodaba en una silla, sintiéndose tan torpe como una foca varada.

—¿Cómo os encontráis esta mañana? —Pedr rodeó la esquina del escritorio y la ayudó a sentarse.

—Me desperté y ya no estabais —refunfuñó.

Un beso en la sien la apaciguó un poco, aunque la ligera barba de su marido le raspó la mejilla al tocar la suya suavemente. Aunque le gustaba la barba bien cuidada que Pedr se había dejado crecer desde que llegaron a Batroun, hoy le pareció áspera contra su piel. No era el primer cambio que había notado ese día. Tampoco tenía apetito, algo extraño después de todo lo que había comido mientras crecía este niño dentro de ella.

—Quise dejaros dormir. Anoche disteis muchas vueltas.

—Creí oír gritos hace media hora, más o menos. Fue eso lo que me despertó. —Se acomodó contra los cojines, buscando una posición cómoda.

—Hubo un pequeño disturbio más allá de las puertas. Parece que ya ha pasado. No os preocupéis, *leannan*. Estamos seguros aquí. —Pedr frunció el ceño.

—No. Ahí están otra vez. —Ella se tensó, captando su atención por los ruidos fuera de la cámara.

Pedr se enderezó, inclinando la cabeza hacia los sonidos. Los gritos enfurecidos subían y bajaban entre el ruido distintivo de acero. De repente, un fuerte estruendo sacudió la casa, haciendo que Yasmina saliera disparada en busca de seguridad debajo del escritorio de Pedr. Mushegh gimió y se apoyó contra la pierna de Rona.

—¿Qué…? —Pedr miró a Brant con preocupación. Se oyeron pasos apresurados en el pasillo y Cyrus entró en la cámara, teniendo deshilachado su habitual aire de seguridad, deslizándose hacia el miedo.

—Hay una turba en la calle detrás de la casa. —Hizo un gesto hacia el otro lado de la habitación—. Los muros deberían resistir, pero tienen un artefacto que no había visto antes… solo había oído hablar de él.

—¿Qué es? —preguntó Pedr, su rostro oscurecido por la ira.

—Es un polvo, algo que los mongoles trajeron con ellos desde China. Protegen bien su fabricación, pero algunos dicen que es una mezcla de azufre, carbón y salitre. Al exponerse a una llama, arde, muy rápidamente y con mucha intensidad.

—¿Como una flecha incendiaria? —preguntó Brant.

—Esto arde tan rápido que hace que lo que toca explote. —Cyrus negó con la cabeza.

—¿Ese fue el sonido que escuchamos? ¿El estallido?

—Sí. La mezcla se puede colocar dentro de un recipiente de barro al que se le ata una cuerda fina, se enciende y se lanza al enemigo, o por encima de un muro. Los fragmentos de cerámica rota son casi tan dañinos como las llamas resultantes de lo que se incendia.

—Brant, que los hombres que vinieron contigo del *Dùdach Mara* patrullen el patio. Vigilen estos… —Pedr se volvió hacia su primo e inclinó la cabeza hacia Cyrus.

—Se llaman bombas —aportó el hombre mayor.

—Vigilad las bombas. Tenéis preparados cubos para contrarrestar cualquier incendio.

—Mis hombres ya patrullan el patio —dijo Cyrus—. Que vuestros soldados se reporten a Parun.

Brant asintió rápidamente y salió de la habitación. Pedr agarró su cinturón y la vaina de su espada del respaldo de la silla, ajustando el cuero alrededor de sus caderas, y luego comprobó la posición de los cuchillos en el cinturón y en la bota.

—¿La casa está bajo ataque o esto se limita a las calles? —Rona respiró hondo, sintiendo un temor pesado en el pecho.

—En las calles por el momento, mi señora —respondió Cyrus—. Sin embargo, he aprendido a tomar en serio todos estos enfrentamientos. Aunque no estemos directamente involucrados, la chusma no tiene cuidado con los inocentes que pueden resultar heridos. La *zenana* está mejor protegido que el resto de la casa. ¿Podría sugeriros que volváis allí hasta que esto se resuelva?

—Si fuera más ágil, declinaría vuestra sugerencia… con todo el respeto. —Rona se frotó su abultado vientre—. Esperaré un poco más, y luego haré lo que sugerís.

—Deberíamos recibir noticias en breve. —Cyrus inclinó la cabeza con firmeza y luego centró su atención en Pedr.

Otro estruendo sacudió el delicado juego de té sobre el escritorio. El corazón de Rona latía con fuerza. Pedr se colocó la capa sobre los hombros.

—Volveré pronto, *mo chroi*. Quedaos aquí con Cyrus.

—No hay necesidad de que os unáis a la refriega —opinó Cyrus—. Si os necesitan, recibiréis noticias.

Tanto Rona como Pedr miraron a Cyrus como si hubiera perdido la cabeza.

—No les pido a mis hombres que cumplan órdenes que yo mismo no pueda cumplir —gruñó Pedr.

—Patrullar un patio, aunque sea tan extenso como este, no requiere de vuestras habilidades, amigo mío. Vuestros hombres no pensarán menos de vos por quedaros aquí un tiempo. No vale

la pena el riesgo de que vuestro hijo nazca huérfano de padre. —Cyrus levantó una ceja.

La mandíbula de Pedr se tensó y Rona supo que las palabras de Cyrus habían tocado una fibra sensible. Levantó la vista hacia su esposa, con la resolución marcada en su rostro. Una oración silenciosa atravesó su mente. No le pediría que se quedara con ella para evitar una lesión. Pero Pedr ya no era el hombre despreocupado y amante de la aventura con el que se había casado. Ahora era mucho más. Y estaba a punto de convertirse en padre.

La escaramuza fuera de los muros pronto se disipó cuando las facciones se retiraron para luchar otro día. Rona jugaba con Yasmina, quien ya se había recuperado del susto anterior, mientras mantenía el oído atento al sonido de los pasos de Pedr en el pasillo. La joven anhelaba estar a su lado y la espera se le hacía insoportable, pero no se atrevía a arriesgarse a causar daño al bebé.

«Es más probable que tropiece y caiga que ser herida por uno de los alborotadores, me siento tan torpe. Ya no tengo el equilibrio ni la agilidad de hace solo unas semanas». Suspiró y colocó una mano sobre su vientre, sintiendo una nueva oleada bajo sus dedos que confirmó sus sospechas anteriores. «Hoy nacerá un nuevo MacLean». Aliviada por el regreso seguro de Pedr poco tiempo después, Rona se excusó de la habitación cuando las contracciones se volvieron demasiado intensas para ocultar su efecto. Mushegh se levantó de su cojín y la siguió, pero ella lo hizo volver dentro de la sala. Su marido levantó la vista, dejando a Brant y a Cyrus en medio de sus informes, y cruzó la habitación para ponerse a su lado.

—¿Estáis bien? Habéis estado inusualmente callada desde que regresé.

—Estoy bien —respondió ella—. Deberíais terminar pronto vuestra conversación. Creo que conoceréis a vuestro hijo esta noche.

Los ojos de Pedr se abrieron con sorpresa. La levantó en brazos, aunque dio un paso en falso por la carga adicional. Con largas zancadas, la llevó por el pasillo y alrededor del borde del patio hacia la *zenana*. Allí, Dhespina los recibió en la puerta.

—Por favor, enviad a buscar a Sabi-Melek. —Rona lanzó una mirada resignada a Dhespina por encima del hombro de Pedr mientras este la llevaba hasta la cama en el centro de la habitación—. Creo que he acortado un poco el tiempo.

—No deberíais haber estado involucrada en la revuelta —regañó Dhespina, primero a Rona y luego a Pedr.

—Oh, mis habilidades no eran necesarias, aunque ya he repelido a piratas antes —protestó Rona—, y la chusma fuera de vuestros portones… —Jadeó cuando otra contracción recorrió su vientre.

—Sois una mujer de talentos peculiares, ya lo he dicho antes —replicó Dhespina, ignorando a Pedr mientras deshacía la trenza del cabello de Rona y la ayudaba a ponerse una bata suelta.

—No os entretengáis —murmuró Pedr con preocupación—. Mi esposa necesita ayuda.

—No sois necesario aquí —añadió Dhespina, señalando a Pedr—. Solo estorbaréis.

—No os preocupéis. Todo irá bien —le dijo Rona, sonriendo ante la expresión casi de pánico en su rostro. Pedr podía estar en su elemento enfrentándose a una tormenta, a piratas o a una turba en las calles, pero esto era nuevo -y aterrador- para ambos.

—Sabéis que tenéis mi corazón, ¿verdad? —Le acarició suavemente la mejilla con el dorso de los dedos.

—Si. Ahora, dejadme concentrarme en traer a este niño al mundo. Está un poco impaciente. —Después de un largo momento, Pedr asintió y salió de la habitación.

—Mantendremos la puerta cerrada para que no entren los *jinns*. Soraya, aseguraos de que cada ventana y armario estén abiertos para garantizar un parto seguro.

La criada se apresuró a cumplir con lo solicitado. Rona resopló al pasar por otro dolor. Dhespina le acercó un cáliz de vino con especias y le indicó que bebiera lentamente.

—Dhespina, Sabi-Melek ha llegado. —Soraya hizo un gesto hacia la puerta.

Rona miró a la arrugada comadrona, a quien había conocido varias semanas antes. Otra contracción la sacudió, con una intensidad abrumadora. Jadeó y luego suspiró al disminuir el dolor.

—Llegáis tarde. —Rona lamentó sus palabras y el tono de su voz, pero Sabi-Melek no parecía ofendida.

—Los caminos están peligrosos hoy —respondió la anciana—. He traído a Yahya —añadió, como si eso explicara su tardanza.

—¿Quién es Yahya? —Rona miró a la mujer de anchas caderas, que le devolvió una mirada serena.

Sabi-Melek no respondió mientras inspeccionaba a Rona de arriba a abajo. Por su parte, Dhespina tomó la mano de Rona, y Yahya se sentó en el borde opuesto de la cama. El corazón de Rona se aceleró. ¿Confiaba realmente en las costumbres y prácticas de parto en este lugar tan lejano?

—¿Qué estáis haciendo?

—Yahya siempre ha tenido partos fáciles. Está aquí para ayudaros en todo lo que pueda.

Yahya asintió y colocó su mano en la espalda de Rona, animándola a inclinarse hacia adelante mientras le frotaba círculos firmes pero suaves. El masaje le resultó agradable, y Rona se relajó un poco mientras Yahya continuaba, recuperando su confianza.

—He llegado justo a tiempo —anunció Sabi-Melek—. Creo que ya es hora de empujar.

Rona hizo fuerza, empujando al ritmo del canto de la comadrona, esperando con impaciencia mientras Sabi-Melek revisaba al bebé, gimiendo con el esfuerzo de traer al niño al mundo. Finalmente, fue recompensada con el llanto desgarrador de su recién nacido. Sabi-Melek colocó al bebé, de rostro enrojecido, sobre su vientre. Rona no pudo contener sus lágrimas.

—Tenéis un hijo fuerte —dijo la comadrona—. Alabado sea Dios.

Epílogo

Bayt al’asdiqa’
Finales de enero de 1302

La lluvia golpeaba el techo de *Bayt al’asdiqa’*, pero Rona solo tenía oídos para su hijo. Sus gorgoteos y balbuceos le parecían un lenguaje fascinante del que nunca se cansaba de escuchar. Sonrió cuando los diminutos dedos de su bebé se aferraron a un mechón de su cabello.

—Tenéis el agarre de un guerrero, hijo mío.

—Y vos sois un digno campeón, amigo mío —le dijo al perro Mushegh, cuyo rabo golpeaba el suelo y se negaba a dejar el lado del pequeño. En cuanto a Yasmina, cruzó la habitación volando para abalanzarse sobre el rabo de Mushegh, rodó una vez, y luego salió disparada por la puerta, desapareciendo en el pasillo. A continuación, Dhespina entró en la habitación, indicando a Soraya que dejara su bandeja sobre una mesa baja. El vapor se elevaba de la tetera, prometiendo ahuyentar el frío invernal.

—Debéis fajarlo —regañó Dhespina—. Las telas ayudarán a que sus extremidades crezcan rectas. —Se acercó al lado de Rona y miró al bebé con cariño.

—Está fajado como necesita —respondió Rona, reacia a mantenerlo confinado durante largos periodos de tiempo—. ¿Veis lo fuerte que es? —Hizo una mueca cuando el bebé dio un tirón vigoroso y luego retiró suavemente su cabello de los dedos del niño.

—No digáis tales cosas —susurró Dhespina—. Tentáis a los ladrones de niños. Aún no ha cumplido los cuarenta días y debe ser protegido. *La tumba de una mujer en parto y su hijo está abierta durante cuarenta días* —citó.

Rona miró el collar de diminutas cuentas azules que Dhespina había regalado al bebé el día que nació. Se decía que protegía contra el mal de ojo, y también le había dado uno de jaspe azul a Rona. Tocó las suaves piedras alrededor de su cuello. «Proteged a este niño». Lo inspeccionó una vez más, asegurándose de que su piel estaba limpia y seca, y luego lo envolvió hábilmente en suave lana. Acunándolo en sus brazos, lo meció suavemente mientras cantaba una suave nana.

Arrorró, pajarito, arrorró,
Las ovejas se han ido al bosque plateado,
Y las vacas se han ido al brezo, brezo.
Es bonito ordeñar el ganado, el ganado,
Es bonito ordeñarlo.
Los pájaros cantan, las campanas suenan,
Y los ciervos salvajes pasan galopando.

Arrorró, pajarito, arrorró,
Arrorró, pajarito, arrorró, mi vida,
Las cabras se han ido a la montaña alta,
Y no volverán hasta el mediodía.

Resistió unos minutos antes de que sus párpados se cerraran, pero pronto se quedó profundamente dormido.

—Bebed vuestro té antes de que se enfríe. Volveré en un rato. —Dhespina señaló la pequeña tetera.

Rona saboreó la cálida bebida, y luego, con un paso lento y balanceante, siguió el pasillo hasta la oficina de Pedr. Este último levantó la vista cuando Rona apareció en la puerta. Una sonrisa se extendió por su rostro al ver al bebé en los brazos de su esposa.

—¿Cómo está Wynn?

—Está bien. Perfecto, de hecho. Me encanta la idea de que tenga el nombre de vuestra madre. —Rona besó la mejilla de Pedr.

—Si. A mi madre le encantará. Pronto debería saber de él y deseará que estuviésemos en casa para poder malcriarlo.

—Quizá Alejandro y Peigi le den nietos pronto. Puede que pase un tiempo antes de que volvamos a Escocia.

—He querido hablaros de esto.

—Dormirá un rato. ¿Qué deseáis discutir? —Rona colocó al bebé en el pliegue del brazo de Pedr, disfrutando de la imagen.

—No estoy de acuerdo con quedarnos aquí mucho más tiempo. La inestabilidad me preocupa, y creo que es hora de considerar regresar a casa.

—No he escuchado una repetición del alboroto del mes pasado, aunque no he salido más allá de estos muros. Estoy lista para viajar de nuevo, a pesar de la restricción de cuarenta días impuesta a las mujeres que acaban de dar a luz, pero me había imaginado que continuaríamos navegando por las rutas comerciales durante un tiempo. —Rona meditó sobre esto por un momento.

—Lo entiendo, *mo chroi*, y había pensado en comerciar entre las Islas Griegas, quizás incluso más allá de Constantinopla hasta puertos en el Mar Negro. —Pedr pasó la yema de un dedo por la diminuta nariz de su hijo y por una mejilla regordeta y rosada para luego mirar a Rona—. Pero debo pensar en vos y en Wynn. Mis prioridades han cambiado. Teneros conmigo es muy importante, y no os pediré que os quedéis atrás cuando navegue, pero debo encontrar formas de protegeros.

—Estoy ansiosa por volver a sentir las tablas y el mar bajo mis pies. Sin embargo, no había pensado en la inestabilidad política de la zona, ni en lo extendida que está. —Rona asintió lentamente. Seguidamente, acarició la fina lana que envolvía el diminuto cuerpo de su hijo, una oleada de protección, diferente a cualquier cosa que hubiese experimentado antes, hizo que las lágrimas afloraran a sus ojos.

—Daría mi vida por la suya. Sin embargo, preferiría vivir lo suficiente para darle hermanos y hermanas, y para sostener a nuestros nietos en mis brazos.

Pedr la atrajo fuertemente hacia él, enterrando su rostro en su cabello. Su aliento cálido se deslizó contra su oreja.

—No hay mercancías en este puerto ni en ningún otro que valgan el riesgo de vuestra vida, *leannan*.

—¿Qué noticias traen Haldor y Brant?

—Impuestos asfixiantes y brotes de enfrentamientos entre los latinos que quedan, los *ghazis* turcos, los mongoles y los mamelucos. Disrupciones en la cosecha, y probablemente en la temporada de siembra que se avecina a causa de las rebeliones. La Ruta de la Seda sigue abierta, aunque las caravanas deben gastar mucho oro para contratar mercenarios que las protejan, y esperar que nadie les pague más para que los traicionen.

—El riesgo es enorme. No hay garantía de lo que encontraremos en un puerto, incluso si el

comercio está confirmado con antelación. —Rona suspiró.

—Es mi temor también. ¿Estáis de acuerdo en que ha llegado la hora de volver a casa?

—Si, esposo. Es hora.

—Tan pronto como sea seguro para vos y Wynn viajar, haremos planes. Creo que lo mejor es que no nos quedemos demasiado tiempo. —Pedr le besó la mejilla.

—Dhespina y Sabi-Melek insisten en que nos confinemos en la *zenana* al menos una semana más, aunque no he visto a una mujer estar inactiva tanto tiempo a menos que estuviera gravemente enferma. Han pasado poco más de un mes desde el nacimiento de Wynn, y él y yo estamos muy bien.

—Entonces comenzaremos a organizar la carga del *Dùdach Mara*. Quizás podamos zarpar dentro de una quincena. Algunas cosas tendrán que cargarse en el próximo barco. Las frutas y verduras aún no están listas, aunque tomaremos algunas para nuestro uso personal de los jardines protegidos aquí. —Tocó su frente con la de ella—. Haced lo que debáis para prepararos.

—Estaré encantada de teneros para mí sola otra vez —susurró, anhelando sentir sus brazos a su alrededor, volver a las intimidades que compartían antes del nacimiento de Wynn. Sabía las razones por las que Sabi-Melek le aconsejaba no salir de la *zenana* ni hacer el amor con su esposo hasta que pasara el tiempo prescrito, pero el consejo de la partera se le hacía difícil de soportar.

—Habrá muchas cosas que nos distraerán a bordo del barco, incluso sin nuestro hijo.

—Pedr se rio.

—Desearía…

—¿Qué deseáis, *mo chroi*?

—Quiero estar en vuestros brazos, aunque…

—No apresuréis las cosas. Me contento con tenerte a vos y a Wynn y contar mis muchas bendiciones.

El pecho de Rona se apretó, primero con lágrimas, luego con una sensación de euforia. El cansancio la siguió rápidamente. ¿Volverían alguna vez sus sentimientos tumultuosos a ser normales?

Un golpecito en la puerta los interrumpió. Cyrus estaba en el umbral, con una expresión de preocupación en el rostro. Pedr lo invitó a pasar con un gesto de la mano.

—Por favor, sentaos.

—Temo que traigo malas noticias.

Pedr le entregó a Wynn a Rona y luego tomó el mensaje de la mano de Cyrus. Acto seguido, desplegó el pequeño paquete. Revisó el contenido, traduciendo el guion griego mientras leía.

A mi amigo Cyrus,

Rezo para que esto os encuentre a salvo y bien, y que vuestra familia esté bajo la bendición de Dios. Me encuentro en una posición precaria y debo suplicaros un favor tremendo, cuya concesión podría poneros en peligro.

La situación en Constantinopla es tal que se ha vuelto imperativo que mi hija y yo abandonemos la ciudad de inmediato. Desde el fallecimiento de mi esposa, las relaciones entre su familia y yo se han vuelto tensas, y ya no podemos contar con su protección. A medida que las dificultades continúan escalando entre Roma y Constantinopla, noto que mis vecinos se muestran cada vez más hostiles hacia aquellos que siguen la Iglesia Romana, y moverse por la ciudad es una tarea peligrosa que empeora cada día.

Hace dos días, otra familia en mi situación fue atacada en su hogar, la madre y el padre

dejados por muertos, y sus tres hijas secuestradas… solo se puede imaginar su destino mientras los mercados de esclavos prosperan.

Cyrus, temo no poder salir de Constantinopla y debo tomar una decisión difícil. He encargado a mi guardia personal, un hombre de gran honestidad y lealtad, que saque a mi hija Aelia de la ciudad esta misma noche, mientras yo permanezco atrás para desviar la sospecha. Debe viajar a Esmirna y esperar allí nuevas órdenes. Esmirna es un puerto bien conocido, al que podríais llegar con solo un esfuerzo mínimo y en un plazo de una semana, si todo va bien.

Para compensar vuestros costos, he adjuntado monedas de oro y un collar que perteneció a mi esposa. Es todo lo que puedo reunir en este momento. Si hay un barco de los MacLean en la zona, o uno que esté programado para llegar pronto, os ruego que reservéis pasaje para Aelia hacia Inglaterra, donde podría encontrar refugio con mi familia en Maldon. No os preocupéis por mí. Forjaré mi propio destino en los próximos días. Lo haré en paz, sabiendo que mi hija cuenta con vuestra ayuda.

Los MacLean no rechazarán mi súplica. Reclaman una deuda por las acciones rápidas de mi abuelo en nombre de Donal hace más de cincuenta años, y aunque no lo pediría para mí, lo haría por la vida de mi hija.

Cuidaos, amigo mío. Si logro llegar a Batroun, os deberé más de lo que jamás podré pagar.

Mihal Maldes.

Pedr leyó la misiva una vez más en silencio, mientras su sentido del honor luchaba con la importancia de lo que podría estar por venir.

—No podemos permitir que su hija sufra daño. Puedo tener nuestras cosas listas en unos días… menos si es necesario. —Rona tocó su mano. Sus cálidos dedos rozaban su piel.

—Podría ir solo.

—No. No me separaré de vos. Ni en esta vida ni en la próxima.

—Esto podría ser algo simple, o podría ser una batalla por nuestras vidas. —Pedr negó con la cabeza.

—Entonces, será bueno tener a una pirata a bordo, ¿no? —Rona sonrió.

Puerto de Batroun
Principios de febrero de 1302

Brant y Haldor los recibieron en el muelle, con amplias sonrisas mientras saludaban a Rona y a su nuevo sobrino. Los ojos de Wynn se abrieron con sorpresa ante el fuerte chasquido de las velas, y su boca se redondeó al oír el sonido. Movió sus piernecitas dentro de la pesada manta y soltó una risita.

—Es un verdadero MacLean —aprobó Haldor—. Se adaptará al mar como un pájaro al cielo.

Rona sonrió ante la cálida bienvenida. Aunque el futuro inmediato parecía estar lleno de peligros, no podía imaginar vivir sin el vaivén del mar bajo sus pies ni sin la presencia de su familia MacLean. No importaba hacia dónde soplara el viento, a bordo del *Dùdach Mara* era donde pertenecía. Rona inhaló profundamente, aspirando el frío aire salado. El grito de las aves y los gritos de los marineros en los barcos vecinos llenaban sus oídos, ahuyentando sus temores y llenándola de emoción. Era bueno estar en casa.

—¿Permiso para subir a bordo? —preguntó Rona. En cuanto a Murdo, corrió por la

cubierta, ladrando su saludo, con su cola corta moviéndose furiosamente. Saltó con facilidad desde la cubierta al muelle, con el hocico pegado a las tablas mientras daba vueltas alrededor de los pies de Rona. Tras un ladrido de reconocimiento, se sentó, mirando a la madre de Wynn mientras todo su trasero se agitaba de emoción. Por su parte, Haldor inclinó la cabeza.

—Permiso concedido.

FIN

Notas de las Autora

Nos divertimos mucho escribiendo este libro. Originalmente fue escrito para un conjunto de relatos navideños titulado *Merry Mayhem: A Yuletide Collection of Rogues and Outlaws*, una premisa que no pudimos resistir.

Como siempre, los primeros años de 1300 estuvieron llenos de intrigantes tramas y contratramas. Aquí os dejamos un poco de la historia detrás de la historia de Pedr y Rona.

En primer lugar, Pedr y Alex fueron introducidos en *La novia galesa del Highlander*. Si os gustaría leer más historias de mujeres inteligentes y valientes, encontraréis las historias de Hanna y Arbela en *La novia nórdica del Highlander* y *La novia cruzada del Highlander*, y en el resto de la serie *Fuertes heroínas*.

Barco Nyvaig: La galera de las Hébridas (también conocida como *birlinn*) era un excelente barco de comercio costero, pero a menudo caía presa de los *drakkars* vikingos. El barco *nyvaig* fue un nuevo diseño creado por Somerled (rey de las islas), que incorporaba innovaciones como un timón articulado para hacer que el *birlinn* fuera capaz de maniobrar mejor que los *drakkars* en combates cercanos.

Murdo: cuyo nombre significa «guerrero del mar», era un *terrier* de una raza que eventualmente se convertiría en el *West Highland White Terrier*. El *Westie*, como se le conoce cariñosamente, se originó hace cientos de años en Argyllshire, y venía en una variedad de colores, ya que solo los mejores cazadores, independientemente de su color, eran seleccionados para la cría. Sin embargo, en el siglo XIX, el coronel Edward Donald Malcolm, 16º lord de Poltalloch, perdió a su mejor *terrier* en un accidente de caza cuando el perro de pelaje rojizo fue confundido con un zorro. Decidió que eso no volvería a suceder y comenzó a criar solo perros de color blanco o crema, que llegaron a ser conocidos como *Poltalloch Terrier*. El moderno *West Highland White Terrier* es una combinación del *Poltalloch Terrier*, el *Pittenweem Terrier* y el *Roseneath Terrier*.

Mushegh: es un *gampr*, una antigua raza de perro conocida principalmente como perro pastor o de protección de ganado, muy similar al gran pirineo, una raza que quizá os sea familiar. *Gampr* significa «gran bestia peluda», y también se les conocía como *Gelkheght*, que significa «estrangulador de lobos». Son un poco más bajos que un pastor alemán, con un pelaje corto y denso que los protege tanto de los fríos inviernos como de los calurosos veranos, y una larga cola que se enrosca en la punta.

Los gatos de Cyrus: son *angoras*, con raíces que se remontan al pasado. Son increíblemente sociables, se llevan bien con otros gatos y con perros, y crean un fuerte vínculo con su familia humana. Los *angoras* también son conocidos por su carácter juguetón y son una de las pocas razas de gatos domésticos que disfrutan nadando. La sordera es común en los gatos *angoras* turcos y parece estar relacionada con el color azul de sus ojos y su pelaje blanco.

Raki: es una bebida destilada elaborada a partir de los subproductos de las uvas (normalmente pieles y tallos) que ya han sido utilizados para hacer vino, y aromatizada con anís.

Las bombas y la pólvora: fueron inventadas por los chinos y utilizadas contra los invasores mongoles ya en el año 904 d.C. El «fuego volador», un tubo de pólvora unido a una flecha -muy similar a los cohetes que puedes disparar en las festividades- las primeras formas de granadas de mano, incendiarios, minas terrestres y otras armas sorprendieron bastante a los

invasores. Para el siglo XIII, los chinos ya llenaban ollas de barro -o bombas- con pólvora y las disparaban desde catapultas. Los mongoles difundieron este conocimiento hacia el oeste mientras conquistaban tierras desde Asia hasta Oriente Medio. A pesar de los esfuerzos por mantener en secreto los ingredientes de la pólvora, en 1280 ya se habían publicado recetas en Occidente, y se menciona un juguete infantil que se asemejaba a un pequeño petardo en 1267, y dibujos de un cañón europeo por Walter de Milemete en 1326. Estas armas llevaban descripciones coloridas -y a menudo intimidantes- como lanzas de fuego, «meteoro de fuego mágico que va contra el viento» y «bomba de trueno».

Aonghus Og MacDonnell: podríamos escribir una historia entera sobre el ascenso del clan MacDonald y los señores de las islas. El vínculo que más nos fascinó nos llevó a Finlaggan y al corazón mismo de los MacDonald.

Embarcaciones MacLean y Levante: La historia original de los MacLean *(La novia cruzada del Highlander)* sentó las bases para una familia con raíces en Escocia y lazos con Tierra Santa. Sin embargo, hacia 1300, el Estado Cruzado de Trípoli había caído, primero en manos de los mongoles y luego de los mamelucos. Los musulmanes chiíes y los drusos estaban en rebelión contra los mamelucos, que estaban ocupados luchando contra los cruzados europeos que intentaban retomar Acre, y contra los mongoles que invadían sus fronteras del norte y el este. Con la pérdida de casi todo lo que Donal MacLean habría dejado atrás cuando regresó a Escocia, decidimos que la baronía de los MacLean en Batroun (un título ficticio) habría desaparecido alrededor del momento en que Trípoli fue conquistada por los mongoles.

Agradecimientos

Nos alegra contar nuevamente con Lane McFarland y Cate Parke como compañeras de crítica y lectoras beta para esta historia. No hay manera posible de escribir estos relatos sin ellas.

Y un enorme agradecimiento a nuestra artista de portadas, Dar Albert, quien tomó nuestras ideas, habiendo dicho que «tenía una idea» ¡y creó una portada fantástica!

BIOGRAFÍAS Y ENLACES DE LAS AUTORAS

Cathy MacRae vive detrás de la cortina de queso en el hermoso Wisconsin, donde ella y su esposo leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto.

Puedes visitarla en *Facebook*, o leer sus *blogs* y conocer sus libros en *www.cathymacraeauthor.com*. ¡Escríbele una línea, le encanta saber de sus lectores!

Para estar al tanto de nuevos lanzamientos y otras cosas divertidas, ¡suscríbete a su boletín! (¡Allí también encontrarás noticias de DD!)

Otras formas de conectar con Cathy:

- Facebook
- Twitter: @CMacRaeAuthor
- Instagram: cathymacrae_author
- Página de autora en Amazon
- Pinterest

BookBub: *https://www.bookbub.com/authors/cathy-macrae*

DD MacRae disfruta trayendo la historia a la vida y considera la investigación una de las mejores cosas de escribir una historia. Con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta acción emocionante a los relatos.

Puedes conectar con DD a través de *www.cathymacraeauthor.com*. ¡Siempre es emocionante saber de los lectores!